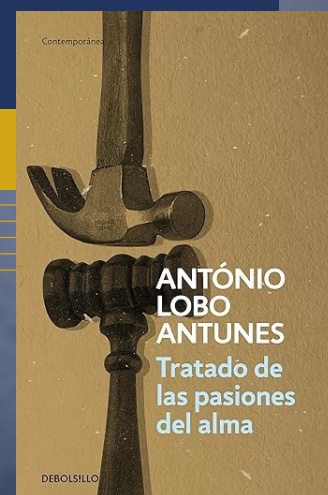


Visita  
al territorio de

# António Lobo Antunes



*La familia del Juez de Instrucción vivía al otro lado de la plaza de la feria (que visitada años después era mucho más pequeña de lo que de niño le parecía), más allá de los cipreses del colegio y de la casa del médico amparada por sombras y alhelíos, en la parte de la villa que creció, frente a las nieblas del Caramulo, en callejuelas más estrechas todavía, ahogando las ruinas de la sinagoga en un laberinto de pajares. Los inviernos lluviosos traían a la noche el paso menudo de los lobos de la sierra, de párpados angustiados de eremita, que olisqueaban vacilantes los orines de cordero en los fragmentos de la muralla y en los arcos torcidos de los corrales. En el apartamento de Miratejo o en el gabinete de la Policía Judicial, interrogando a un preso, el Juez se acordaba a veces de las puertas cerradas de enero, de los pabilos de aceite que acrecían el volumen de la miseria y de las santas de escayola, de ver en los callejones veloz el viento arrastrando hojas, pedazos de papel, pinochas, desperdicios, nadie, y de pronto el loco de barba desmesurada subiendo la travesía, descalzo, arrimado a los alabeos de las paredes, con su bastón de peregrino y sus harapos de náufrago, parándose a gritar al temporal en las esquinas desiertas:*

*—Yo soy Don Juan, emperador de todos los reinos del mundo.*

*—Haga el favor de sentarse aquí, señor doctor, en esta silla.*

*El Juez de Instrucción tocó con la punta de las nalgas el vértice del sillón que el Secretario de Estado le ofrecía, encima del Cais das Colunas, de la fatiga de los acordeones de los ciegos y del cangilón de los barcos de Cacilhas, y era la época de las vendimias ahora, las mujeres, de negro bajo la crudeza del sol, transportaban los cestos a los barriles que los bueyes llevaban al lagar, el patrón, con sombrero de paja, gesticulaba órdenes desde los bancales, y el loco surgía a grandes pasos, con la manta al hombro, de los gallineros vacíos, señalando con el dedo convulso la*

miseria de la villa, las cabras que pastaban guijarros, el vaho de talla de los ángeles de la capilla y el humo del tren de la Guarda en la linde del valle, tras los olivos del ingeniero que iban disminuyendo a la distancia:

—Yo soy Don Juan, emperador de todos los reinos del mundo.

El Secretario de Estado, valsando en sus zapatitos de charol con la extraña levedad de los gordos, se acercó a las botellas y a las copas de un aparatoso bar de cristales violetas engastado en un armario lleno de expedientes:

—El médico recurrió al pretexto del hígado para ponerme a dieta de hojas tiernas y agua mineral. ¿Quiere una? —preguntó él encogiendo el cuello resignado al Juez de Instrucción que se negó con una mueca difícil

porque el whisky lo ofrece a las visitas importantes, pensó el Ilustrísimo perdido en una sala enorme, de techos altos con azafates de estuco roto en los ángulos, muebles taraceados, cortinas solemnes, una lámpara, ya torcida, despegándose: apuesto a que no le faltan puros de Venezuela ni cuchillos de plata de cortar papel. El idiota tratándose a cuerpo de rey y yo que me las arregle en un cuartucho minúsculo, lidiando con carteristas de tres al cuarto y navajazos de chulos caboverdianos en Intendente.

Los lobos, con el lomo erizado por la lluvia, surgían en manadas de siete u ocho bolineando por las negruras del pinar de Zé Rebelo, daban un giro lento en el zaguán midiendo el pavor de los animales encerrados y el sobresalto de los perros, escrutaban el granero del mudo y el alambre de los palomares, y desaparecían al trote, cabizbajos, en una mata de zarzas, esquivando al loco que soltaba discursos en los escalones de la picota, repitiendo sus títulos en la bruma. Roncaba en las zanjas y comía de las limosnas aunque la feligresía entera fuese suya, con sus áridos campos de patatas y cebollas y los fantasmas de los caserones abandonados, en cuyos vestíbulos desfallecían las fogatas de los gitanos. Los vagabundos preferían el convento en ruinas, con mártires desvaídos en las hornacinas de los altares, y elegían para dormir los túmulos de las infantas con trenzas y escarpines picudos esculpidas en las faces de la caliza, con hierba que les crecía, suelta, en los agujeros de las orejas. Antes de extenderse en un sofá con ramajes el Secretario de Estado puso una carpeta de cartón y un vaso

*de gaseosa en una mesita de mimbre que tenía encima un jarrón con flores de tela:*

*—Soy incapaz de discutir de cosas serias sin un mínimo de comodidad y el Juez de Instrucción imaginó al abstemio en una vivienda del Réstelo frente al río y a sus asmas de desaguadero, una casa con galería, palmeras enanas, antepasados de anticuario y leones de basalto en el pórtico, sin la densa respiración de las mulas de mi infancia en la planta baja justo debajo de mi cuarto, que calentaban la tarima con los belfos ardiendo. Claro que no viajó a Lisboa a los nueve años, como yo, al mando del patrón, no el joven, de bigotitos, que llegaba a Nelas en agosto, uniformado, en un automóvil descapotable repleto de bolsas y maletas, y pasaba el verano en la Urgeiriça jugando al tenis con los ingleses del tungsteno, sino el tío, que habitaba en la Beira el año entero quejándose de la helada, quejándose de los tordos de la huerta, quejándose de la vesícula, quejándose de la artrosis, que entraba de mañana por el anís después del café y las tostadas, y se quedaba quieto horas y horas, acodado en el mantel de hule, mirando el níspero del patio con una melancolía feroz. El Secretario de Estado, con gafas sujetas a una cadena sobre la nariz, subrayaba con lápiz rojo un informe obeso:*

*—Tengo aquí, en su currículum, una documentación que no se acaba nunca —le dijo al Juez balanceando el vaso entre los dedos y observando el aluvión de burbujas que subía del fondo—. En el Ministerio tienen muy buen concepto de usted, los resultados de las inspecciones son excelentes y ninguno de nosotros desea, Dios me libre, que su reputación sufra la menor mella. Hay muchísimo que esperar de magistrados como el señor doctor y puede usted creer que el Consejo, donde no son todos tontos, se ha dado cuenta de ello: por ejemplo, mire, esta misma semana, en una recepción aburridísima en la Embajada Argentina, un juez de cámara me aseguró que, en los tiempos que corren, con media docena de muchachos así, iríamos lejos.*

*—Al final siempre acepto su agua —dijo el Juez de Instrucción pensando Qué conversación más tonta, y en ese momento le vino a la mente el patrón viejo tambaleándose en el pomar con un puro entre los dientes, mezclando el azúcar del anís con el olor de los cerezos. Vivía a cinco*

minutos de la estación en un edificio murmurador y oscuro, con veranda en semicírculo, en el cual los resplandores de lata de los santos de oratorio centelleaban en los anaqueles de los rellanos. Le vino a la mente el patrón viejo, ya instalado en el mantel de hule, con la miosotis de la copa de licor titilando en la palma, que les enviara, a las seis de la madrugada de un domingo defería, a la criada con quien dormía sin vergüenza, hace veinte o treinta años, en la cama adamascada de los abuelos, y que les desembarcó en la puerta antes del estruendo de los morteros y de la filarmónica de Mortágua, tocando pasodobles heroicos en un tinglado improvisado. Del lado de la Serra da Estrela comenzaba a clarear, y se percibían las luces de los pueblos, heladas y fijas, en los recodos de los montes. La tísica tosía en el sótano vecino, con palangana de esmalte en las rodillas y un pañuelo de alcanfor apretado en la boca.

—¿Lo mismo que yo? —se alegró el Secretario de Estado garrapateando cruces en un bloc—. Ahora bien, el Gobierno sabe, y no interesa la fuente, que la Judicial pescó por azar en Campolide, armado y todo, al militante de una red de terroristas: atentados a vehículos del Estado, asesinato de funcionarios públicos superiores, dinamita olvidada a la entrada de los puestos policiales, víctimas desprevenidas en la población civil. La televisión y los periódicos informan, el Ejército se alarma, las personas hablan y los partidos de la oposición, claro, nos acusan de no actuar.

Se detuvo a corregir un párrafo y el Juez de Instrucción vio a la criada, en Nelas, rodeando charcos, ahuyentando perros, evitando arroyos, hasta salvar las escaleras de granito con una prisa viril, agobiada por el cuello de baquelita y el delantal almidonado, y golpeando con la mano abierta en las tablas desgoznadas de la puerta, unidas unas a otras por trozos de cuerda y atadijos de pastor. Fuera las fachadas se separaban a duras penas de las neblinas de la aurora y los árboles, consumidos en ese mes del año, se elevaban de las tinieblas con sus muñones al hombro. Dentro de poco llegarían los orfebres, vestidos con franela negra fuese julio o diciembre, con pinzas de ropa para sujetar el dobladillo de los pantalones, bufando entre las ruedas desiguales de las bicicletas antiguas, que transportaban los cofres abollados, de candado doble, de las pulseras, de los anillos y de

los pendientes, sujetos en la parte trasera del sillín. Vendrían enseguida las vendedoras de cántaros, de sartenes, de candeleros de barro dispersos y confundidos en una planicie de lonas, los comerciantes de lechones, ovejas, cabritos, animales de corral, los falsos curas en andrajos de los cuadros piadosos y de las molduras de milagros, los farmacéuticos de bata blanca que endilgaban jarabes contra las lombrices intestinales y los males de la memoria, y por fin los tristes niños acróbatas que desplegaron la alfombra deshilachada de sus pinos, el dueño del burro sabio que resolvía a patadas las cuatro operaciones aritméticas, y los gitanos íntimos de los misterios del futuro, acucillados bajo un plátano en conversaciones sigilosas. Una de las tres telas del Secretario de Estado, con marco de caoba, representaba un paisaje de Lisboa (balcones, tórtolas, palacetes, cúpulas de iglesia, el Tajo), tal vez Lapa por los colores suaves, casi de vidrio, de las fachadas y del aire.

—Es evidente que el proceso del presunto terrorista —dijo el gobernante comparando fotocopias—, se encuentra, como es obvio, bajo secreto de sumario, y no hay nada que la democracia precie más que la independencia de los tribunales y el secreto de sumario. El programa de la mayoría es explícito en ese sentido.

A pesar de la dieta era un hombre corpulento y alegre, con tirantes, siempre dispuesto a glosar los lemas de su partido con frases de una vulgaridad dolorosa o que por lo menos me dolían a mí, pensó el Juez de Instrucción explorando con la lengua el espacio entre dos dientes, como me dolieron los golpes de la criada a la puerta de mis padres: nosotros durmiendo en la única habitación de la casa, mezclados con las gallinas, los patos y el pavo de Navidad, mi madrina inválida estremeciéndose en su chal con flecos, hilos de luz plateada en las rendijas de los postigos, y el olor de la respiración y de la cagarruta doméstica de la ternera y de las mulas en la planta baja, tan familiar y tibia como si fuera nuestra. Nosotros durmiendo y los golpes que nos sacaban sin clemencia del sueño, mi madre, sentada en la cama, preguntando ¿Es un incendio?, mi hermana que se asombraba No se oyen las campanas, mi padre levantándose, atarantado, en calzoncillos y camiseta, a ciegas, al azar, entre gente tumbada, pisando un tobillo o un pecho que gemían, y yo tenía la impresión de estar echado

sobre las heces húmedas de las vacas, amasadas con paja y barbas de maíz, bajo un gran vientre que me volcaba leche en los ojos. El segundo cuadro, una acuarela violenta con marco de aluminio, representaba torsos de mujeres aplanados en cojines orientales en una atmósfera de serrallo, bajo bóvedas coloridas y cortinas de rayas. Los frenos de un tranvía fallaron en la calle, un oficinista desesperado llamaba Estácio, Estácio, en el pasillo. El Secretario de Estado sacó pecho e hinchó el labio inferior como los gallos de pelea:

—Hasta aquí completamente de acuerdo: independencia de los tribunales, secreto de sumario, respeto integral por la democracia, siempre que todo eso, óigame, no ponga en peligro el orden público y la tranquilidad y seguridad de los ciudadanos. Y henos aquí en el meollo del problema, señor doctor: el orden y la tranquilidad de los ciudadanos se encuentran en este preciso momento seriamente amenazados por una organización subversiva que desde el otoño hasta ahora ha desintegrado la paz social del país, y desintegrar la paz social no es siquiera, por desgracia, una expresión exagerada.

La paz social de mi casa, pensó el Juez de Instrucción, se desintegró hace cuarenta años, meses más meses menos, cuando mi padre alcanzó la puerta con un último tropiezo, corrió el óxido del cerrojo, levantó la aldaba y se alborotaron las gallinas, una lluvia fría entró en el cuarto con los abetos del cementerio y los castaños silvestres del atajo de Viseu, y con la lluvia vino la criada del patrón, con blusa negra, alzacuello de baquelita y delantal de faralás, El señor arquitecto quiere verlo arriba dentro de cinco minutos a más tardar.

La paz social de mi casa, pensó el Juez punzándose la lengua con las burbujas del agua, era dormir con el asma de un ganso en el cojín, espiar la silueta de mis hermanas que se desvestían bajo la claridad de una teja que faltaba, cenar en un ángulo de la habitación, envenenados de petróleo, entre confusos retratos de circunstancias y un aparato de radio, con un tapete de croché encima, que jamás funcionó por no haber corriente en esa zona de la villa, una caja de madera que mi madre lustraba con amor y cuyos botones hacía girar un buen rato, apasionada por la aguja que viajaba a sacudidas a lo largo de un bosque de números, y orgullosa de la

*música y de las voces enmudecidas que contenía. La paz social de mi casa consistía en las borracheras de los sábados por la noche de mi padre, en mi tía que, a su espera en la calle, oculta en el pañuelo, amenazada por perros vagabundos y por las órbitas de fósforo de la oscuridad, le limpiaba el vómito de la barbilla sentada en un escalón, le soportaba las bofetadas inciertas, lo ayudaba, levantándolo por los sobacos, subía las escaleras, le quitaba, con las demás mujeres de la familia, el pebete de orina y vinagre de las botas, la camisa, los calzoncillos, y lo dejaba roncar, con los brazos en cruz, después de hacer caer dos o tres sillas y tirar una zapatilla contra el Santo Expedito de loza, con una lamparilla a sus pies, que nos asistía en las enfermedades y en los sueños. La paz social de mi casa era mi padre roncando, echando gargajos, en el colchón donde los festivos, con gorra de visera en la coronilla y los pantalones por las rodillas, nos fabricó a todos, resoplando entre asaltos graznados de pavo real.*

*—En la reunión del martes —dijo el Secretario de Estado pasando con el meñique unas páginas manuscritas—, se decidió poner término a esta broma macabra de ametralladoras y pistolas: que hablen, que desfilen, que reciten a Lenin a coro, que concurran a las elecciones pero que no maten. Y es justamente para impedir idioteces peligrosas que necesitamos de la colaboración discreta del señor doctor: ocurre que la policía ha pillado en Campolide a un tarambana del Movimiento Popular Diecisiete de Octubre (vaya nombre, ¿no?), y a usted, amigo, le ha encargado quien corresponde, y sin interferencia nuestra, que instruya el proceso. Secreto de sumario, déjenme que me ría: no hay bicho viviente que no hable de las maravillas del secreto de sumario y se olvidan de que Portugal es una aldea, ¿se da cuenta? Un tipo con granadas en los bolsillos mirando escaparates de ropa de señora sólo se ve en Lisboa, palabra.*

*El tercer cuadro del despacho, una naturaleza muerta de tonos grises, abundante en pepinos, zanahorias, ajos, liebres y un jarrón con flores roto en medio con una torsión cruel, se disolvía en el granulado de la pared, alejada de las manchas de sol que animaban el retrato oficial del Presidente de la República, y de una cómoda Imperio con una colección de cristales facetados en el mármol que multiplicaban la luz en pequeñas escamas agudas.*



—Yendo directamente al grano —continuó el Secretario de Estado, con las piernas cruzadas, mostrando unos calcetines lilas que no combinaban con la corbata—, queremos que prepare con el detenido una fórmula, la mejor fórmula, no me interesa la fórmula con tal de capturar a sus cómplices, sin sangre o con sangre siempre que sea la de ellos, y es para tratar con usted de esos detalles técnicos que la Brigada Especial lo visitará la semana que viene: en el momento presente, señor doctor, al Gobierno sólo le interesan los resultados porque los resultados son los que conquistan votos, y el país no puede darse el lujo, con Europa al lado, de perder la mayoría que lo sirve.

Abandonó las páginas manuscritas y el agua vibraba al escurrirse por su mano, como la lamparilla de San Expedito en la mañana de lluvia en que mi padre se puso el ceremonioso traje lúgubre, de párroco de paisano, de las bodas, entierros y convocatorias del patrón, sepultado entre hojas de papel de seda y muñecas de espliego en el baúl con tachas de los tesoros de la tribu: cirios de bautismo, una niña de porcelana sin brazos, cartuchos de collaritos de cobre con adornos de marfil, menudencias de encaje, pobres maravillas robadas aprisa, como los mendigos de las playas, al reflujó del pasado. Aturdido por los cohetes de la feria que reventaban en la niebla, cambió la radiante dentadura postiza por la hilera de muelas de mi abuela, una cardada al lado de la otra, riendo a carcajadas durante la noche, en el vasar de la harina y del azúcar, y sus berridos de jabalí nos desnortaron a todos por no encontrar uno de los zapatos de lujo, rojos y blancos, con cordones de payaso, que una de las primas, la que murió de tifus al otoño siguiente, acabó por descubrir, roído de encías, con las borlas desgarradas y la suela abierta, debajo de la almohada de la inválida que mordía a chillidos lo que la rozaba. Mi padre, a quien el chaleco no le servía desde hacía años ni la chaqueta le abotonaba por la tripa, se precipitó hasta la puerta rechazando ayudas, empujó a mi madre de un sopapo que falló el blanco y volcó la lata de arroz, se desequilibró, metió la pierna en una palangana con lejía, y se evaporó cojeando, por un surco de espuma de jabón, en dirección a la criada, a la lluvia y a los orfebres que exhibían su oro de galeones castellanos en tenderetes de tela estampada. El temporal agitaba los castaños y las acacias, un pájaro se escondió, con las plumas

*mojadas, en un hueco de piedra. El Secretario de Estado asestó un golpe autoritario en la carpeta:*

*—Considere lo que le he dicho como una orden —suspiró al Juez de Instrucción apretando el vaso en el pecho como los celebrantes de las misas—. Evidentemente el señor doctor puede negarse, presentar excusas y certificados, operarse el apéndice, desistir del proceso, solicitar un puesto en Macau, lo que dadas las circunstancias se me antoja, al menos, desaconsejable. Del mismo modo, pensó el Juez, que se le antojaba desaconsejable a mi padre contrariar al patrón, y allí estaba él de pie, rodeado de aparadores trabajados, enrollando la boina en las muñecas frente al viejo que sujetaba la botella de anís como un cetro, diluyendo los cristales de azúcar del fondo. Yo tenía diez años, frecuentaba las clases de catequesis de la amiga del prior, quería ser bombero y casarme con la profesora de gimnasia, y me cambiaron al día siguiente la vida y las esperanzas al encajarnos, con una maleta y un arcón de mimbre, en el coche de tercera clase de un tren de mercancías hada Lisboa, que atravesó pinares y más pinares con una lentitud interminable, pasos a nivel donde aguardaban bicicletas y carretas, puentes sobre ríos obstruidos, invernaderos, salinas, aldeas olvidadas en los fondillos de la tierra. Un empleado de uniforme nos pedía de vez en cuando los billetes, haciendo sonar la articulación del alicata. Nos demoramos en apeaderos desiertos, construcciones de planchas con bancos de ripias de jardín y anuncios despedazados, en espera del Rápido del Norte o del Internacional de España, mi hermana menor, privada del balanceo de las ruedas, se echaba a llorar, un guardia fiscal delante de nosotros, con una costra de mugre en la solapa, leía el periódico y dormía, y esto dieciocho horas seguidas con una estación de muchas vías en el extremo, furgones deteriorándose en carriles secundarios, edificios altos y parduscos, almacenes hediondos, muelles de cemento desportillado, el mar cuajado de nubes y de líquenes, boyas, cuerdas, el reflejo omnipresente del castillo, pescadores de mariscos en canoas inmóviles, pájaros que yo desconocía volando en círculo sobre la estela de gasolina negra de los barcos, los pasajeros que amontonaban los bultos del equipaje y un conductor de uniforme azul y botones de metal haciéndonos señas, llevándonos a un automóvil inmenso molesto con*

nuestras ropas, nuestro olor, las bolsas con nuestros restos de comida, nuestra manera de hablar, nuestro asombro, y poco después, a los dos lados del coche, la misma lluvia de la Beira cayendo ahora en una geometría de fincas muertas, de iglesias barrocas con mártires y símbolos de navegantes en las ojivas, de merceros abarrotados, de abacerías suburbanas, de farmacias recónditas, de camionetas que descargaban en los paseos de las tabernas, y el portal, y el patio, y la rosaleta, y narices que espiaban desde las cortinas, y una cabaña de tres divisiones pegada a la jaula de los dóbermans que se daban con furia contra las rejas, y salas de trastos mancos, y una tina descascarillada, y hongos en los desagües, y la cocinera, solícita, limpiándose las manos en el delantal, Mañana el Señor Profesor y la Señora les explican todo, si quieren orinar háganlo en la pila del cobertizo.

—El viernes los de la Brigada vendrán a buscarlo para ultimar detalles.

Mientras caminaba, por la alfombra, hacia los acordeones desastrados del Terreiro do Paço, el Juez de Instrucción sintió inclinarse la tarima como las travesías de la Beira, los nabos deshojarse en la huerta, el viento bramar en los intervalos de los muebles arrastrando heces pedazos de periódico, pinochas, desperdicios, los cedros desramados por la lluvia. Llegó hasta la picota del cuadro de las zanahorias y los pepinos, y se volvió para encarar al Secretario de Estado que con su barba de oráculo y sus pingajos terribles gritaba a los relámpagos y a la noche de la villa, a la hora en que los orfebres, con el cofre abollado en la parte trasera del sillín y pinzas de madera en el dobladillo de los pantalones pedaleaban como un enjambre de cuervos funerarios por la carretera de Canas:

—Yo soy Donjuán, emperador de todos los reinos del mundo.

**1**

Se acordó de cuando tenía doce o trece años, le robaba cigarrillos al abuelo, los repartía con el hijo del guardés y se echaban ambos en el césped, fumando, viendo el cielo de septiembre en el intervalo de las acacias. Sonrió al impulso del lago y a los bancos de azulejos que separaban el jardín de la rosaleda, y el Juez de Instrucción se inclinó de inmediato hacia delante, con las manos extendidas en medio de una confusión de papeles:

—¿Qué?

—No he dicho nada, son cosas antiguas que me vienen a la cabeza, no me haga caso.

El abuelo abajo, con chaqueta de verano, en la silla de lona protegida por el quitasol descolorido, sentado en los ladrillos donde los domingos, después del almuerzo, la familia montaba las mesas de la canasta, y ellos aquí, junto a los gladiolos, chupando colillas clandestinas con la caja de fósforos de la cocina en el bolsillo, observando la rueda del molino que bailaba a derecha e izquierda en busca del viento. Ellos aquí, mucho después, uno preguntando y el otro respondiendo en este cuartucho de policía abarrotado de sumarios (una gabardina de niño colgaba de un clavo), con un guardia en la puerta y un tubo fluorescente nublándole los ojos:

—Vamos a comenzar la declaración desde el principio: la tarde en que acabaron con el ingeniero cuántos eran, dígame.

Basta un mes en los calabozos de la Policía Judicial, sin postigo y con la verruga de una bombilla en el techo, y los días y las noches se transforman en un único crepúsculo pesaroso que sólo el abrir de la celda para las comidas o las visitas del subinspector interrumpían. Visitas y comidas casi siempre cuando el Hombre acababa de dormirse, dormía o creía dormir, y una tos, pegada a su oreja, lo desmoronaba del susto: la comida, chaval,

buen provecho, y ya los goznes cerrados, un silbido lejano, nadie, la bandeja de la sopa y del arroz en el suelo.

—Yo, por mí, aguanto lo que sea —dijo el Juez de Instrucción aflojándose el nudo de la corbata con un cuidado de araña—. Hasta saber cómo liquidaron al ingeniero no me muevo.

Y no se movía de verdad, pequeñito, calvo, oscuro, peludo, expectante, fumando los cigarrillos de mi abuelo mientras el guardés, su padre, cortaba arbustos abrazado a una estatua de porcelana en equilibrio en un parapeto de piedra. Los edificios desiguales de la Rua Gomes Freire se amontonaban por detrás del Magistrado: placas de abogados y de peluqueras, dentistas, papelerías, un ruido descaecido de tráfico, de cocinas de restaurantes, de voces. El Hombre pensó Cuántos éramos realmente, cuatro, cinco, seis, aunque yo quisiese decírselo la bombilla encendida, clavada en los huesos de la cabeza, me ha cegado el raciocinio y la memoria. Recordaba fragmentos, episodios inconexos, vagas remembranzas que surgían y reaparecían, la Rua Padre Manuel da Nóbrega bajando del Areeiro con sus stands de automóviles japoneses, una silueta que caminaba deprisa con un paquetito de confitería en la mano. El Artista, que conducía la furgoneta de la Compañía del Gas, avisó Es él, las ametralladoras checoslovacas salieron a sacudidas de debajo del asiento, el Sacerdote, con gafas redondas de mica, gritó Ahora, olor de cartuchos, humo, gente en fuga, una vidriera hecha astillas, la silueta con el paquete que se desploma en el paseo, el Estudiante al Artista, que movía los cambios, Acelera esa mierda, joder, y de inmediato la Avenida de Roma, librerías, discotecas, cacharrereros, establecimientos de pretaporté, la paz de gorriones de la tarde, el viaje tranquilo, en silencio, respetuoso de los semáforos, hasta el granero de una quinta de Odivelas, con más armas y un sistema de radio ahogado en la paja. Debe de haber sido así, era así siempre, y por último el apretón de manos de despedida del religioso, Quedaos tranquilos que el contacto os buscará, quiero que cada uno se quede lo más tranquilo posible en su refugio, para la semana que viene hay novedades firmes, y en eso la mujer del guardés llamó al Hijo desde la rosaleta, Zé, ven aquí un momentito, Zé, y el Juez de Instrucción, sordo, golpeando la punta de la estilográfica en el pulgar, levantó uno de los

teléfonos de la mesita a su lado, Avísele a mi esposa que no sé a qué hora vuelvo hoy.

Debía de haber sido así, pensó el Hombre con la espiral de alambre de la bombilla hincada en la frente, en nuestro grupo de asalto nunca trabajamos de otro modo: nos daban la identificación del sujeto y un plazo para terminar la tarea, y nosotros, por turnos, confirmábamos horarios, corregíamos diagramas, alterábamos trayectos, discutíamos, en un sótano de barrio-dormitorio en Almada o en un almacén desierto de Marvila, en torno de un cenicero lleno a rebosar. El Artista quería a toda costa resolver el asunto en la madrugada siguiente arrasando con una bomba un barrio entero, el Sacerdote lo retenía tirándolo de la manga, Calma, calma, si hasta hoy no nos han detenido es porque preparamos las cosas con cuidado, y pasados los días surgían allí las escopetas y un Honda robado, Prepárense, hijos míos, éste es el momento. Una o dos veces el Hombre tuvo la certeza de que antes de empezar a disparar, ya con los caños apoyados en la ventanilla del coche y las pinas de las granadas en el bolsillo, el blanco los miraba con una pupila de gazapo acosado, una órbita de ojo de gallo, y en tales noches no lograba dormir a pesar de los sedantes, extendido boca arriba, atormentado de sudores, viendo otra vez el bulto que aparecía frente a él, el Sacerdote, con la ametralladora al hombro, insultando al moribundo, Cabrón cabrón cabrón, el Estudiante dando un golpe en la nuca del Artista, Pisa el pedal, carajo, plazas y plazas, el radar del aeropuerto, descampados con ovejas, un restaurante casi al borde de la carretera, y la Dueña de la Casa de Reposo Para, a dónde quieres ir ahora, qué locura, para. El Juez sacó del escritorio y mostró un cuaderno de apuntes:

—Doscientas páginas de confidencias de la Organización, secretos, vilezas, vergüenzas, desgracias, testimonios. Sólo me falta la historia completa por su boca.

Ni siquiera se parece a la madre, pensó el Hombre acordándose de la mujer del guardés que pedía ayuda al abuelo para los estudios de su hijo, intimidada por el peso de las cortinas y el brillo de la alpaca. La madre, con el mechón deshecho, que llamaba a gritos al Juez de Instrucción y le arrojaba los zuecos de madera, besando el anillo del viejo lloraba y reía al mismo tiempo, agradecida, y ellos fumando a escondidas en el césped, con

la nuca entre los dedos, mientras las criadas, con bata de cutí, sacudían las salitas de la primera planta. El molino se inmovilizó en una sospecha de brisa y las aspas comenzaron a girar con una lentitud herrumbrosa.

—De acuerdo con las declaraciones la base de su grupo eran cinco incluyendo a un alumno de primer año de Química —recitó el Juez de Instrucción después de una lista de nombres escritos con pluma—: el universitario, un genio frustrado, un padre que imagina que la revolución continúa, la dueña de una casa de reposo, y usted que no imagina nada pero cometió la burrada de enamorarse de esa mujer. Supongo que no le interesan las fotografías de ese sobre y es una pena: los muchachos de la Policía Judicial lo han sacado bastante favorecido, de frente y de perfil, cada cual con el numerito de orden por debajo. Y quien dice fotografías dice nombres, edades, profesiones, estado civil, yo qué sé qué más. Así de paso puedo contarle, está aquí, lo mejor que el Artista consiguió fue vivir a costa de una señora lisiada, profesora en el liceo de Oeiras. No obstante, hay unos pormenores que me intrigan, y a cambio de explicaciones sin importancia puede ocurrir que el tribunal se conmueva: los Delegados del Ministerio Público son de lo más sentimental que hay.

Mentira, pensó el Hombre, quiere hacerme entrar con el tópico de los retratos forjados y de la bondad de los acusadores, no sabe nada de nada, está de guasa conmigo: a esa hora, que ignoraba cuál era por prohibírsele los relojes, el Artista montaba por cierto uno de sus colages horrorosos en la segunda planta de la Calçada dos Mestres, rodeado por el hedor de las brochas, de los diluyentes, de los tubos de tinta, el Estudiante, en el apartamento de balcones amarillos de la Estrada das Laranjeiras, conversaba por teléfono con una amiga médica mirando las jirafas del Jardín Zoológico, con sus pescuezos erguidos muy arriba de los plátanos, la Dueña de la Casa de Reposo sumaba gastos en el despacho, el Sacerdote, con la lengua en una comisura de la boca, preparaba un mensaje en código o atravesaba el puente para encontrarse con un colega del seminario en una vivienda de la Cova da Piedade oscurecida por los vapores de las fábricas, que desaguan en el río con un silencio de pantano.

—¿Curioso? —preguntó amablemente el Juez extendiéndole el sobre. Los edificios de la Rua Gomes Freire se reducían a cuadrados de ventanas



iluminadas donde inquilinos de pijama contemplaban las ambulancias de la noche.

No lo voy a coger, decidió el Hombre, miles de veces me previnieron acerca de este estilo de ofertas y promesas, de la simpatía postiza de los policías, de los puntapiés amables, de las porras dulces, de los bofetones asestados con toda el alma y una sonrisita de estima. A la primera señal de flaqueza, le había enseñado el Banquero, hace años, en una playa desierta de la Costa de Caparica, con las olas rompiendo más allá de las dunas y perros pálidos vagando en la arena, te caen encima, te agarran del pescuezo y estás listo, y lo que se le ocurría al Hombre, al escucharlo, era que si un barquero casual o una Pandilla de adolescentes los viese, así pegados el uno al otro, con la espalda apoyada en una columna de raíces, en una zona en que los homosexuales se frotaban con cremas y se besaban en el verano, pensaría haber tropezado con una parejita de maricas arrullándose.

—¿Una ojeada, al menos? —insistió el Juez de Instrucción agitando el sobre—. Le aseguro que se va a quedar pasmado con lo que hay ahí.

En noviembre el viento del mar sopla paralelo a las olas, se dijo el Hombre, ajeno al Juez, recordando al Banquero que dibujaba espirales con un pedazo de caña didáctica, indiferente a los albatros, a las gaviotas y a lo que pudiese suponer el único obrero, encaramado en sacos de cemento, de un bar en construcción. Había entrado en el Movimiento desde el principio, con una confianza absurda impermeable a dudas y críticas. Era manso, serio, pausado, y calzaba zapatos gastados, comidos por los gusanos, que parecían de difunto con varios meses de cajón. En las pausas de descontar cheques se ocupaba de la formación teórica de los grupos de asalto, a la que dedicaba un escrúpulo minucioso de maestra de novicias, con el misal de las epístolas de Stalin en la mano.

—Desde el comienzo del interrogatorio —suspiró el Hombre sin convicción ninguna— he repetido que soy jefe de sección en una compañía de seguros. Trabajo ocho horas por día, vivo en casa de mi familia, llevo los libros de una firma porque gano poco, no me sobra tiempo para meterme en política. Y cuando descubran esto y me suelten quienes tendrán un proceso a sus espaldas serán ustedes.

Sí, pero quien vive en el sótano allí abajo soy yo, pensó: una celda revocada, las combas del colchón, el lavabo de muñecas, el cubo de las necesidades y la bombilla que me cuaja en los párpados una gotita de luz. Si me acerco a la puerta no oigo ni un paso, una respiración, una tos, una charla, y no obstante es un pasillo de cárceles que supongo más o menos como la mía, cada cual con su revolucionario preso, tentado a desistir del internacionalismo proletario. Quién sabe si el Banquero no está en una de ellas, enseñando a la Policía Judicial sus trucos de guerrilla, quién sabe si un trepador del Comité Central, harto de preguntas de policías, no ha dado mi nombre, el nombre del Artista, más nombres, a fin de poder dormir sin una sacudida en los riñones que lo despierte, Muévete que como el Juez no tiene nada que hacer quiere conversar contigo un ratito, dormir sin bombilla, en la oscuridad, pesados sueños de aljibe desprovistos de memoria y de futuro. Una tarde el Hombre y el hijo del guardés, pequeños entonces, bajaron por los escalones de hierro hasta las lagartijas y los barro secos del fondo del pozo, y todo lo que vieron fue una serpiente con rayas agitándose por los ladrillos en busca de una grieta por donde escaparse, y en lo alto, a medida que la claridad crecía, un círculo perfecto de azul incandescente que ninguna nube cruzaba.

Golpearon a la puerta, el Juez de Instrucción dijo Entre, y era la cena del Ilustrísimo que un guardia, que no paraba de pedir permiso, posó en un ángulo del escritorio con precauciones respetuosas: pollo y patatas asadas, pan, una manzana, una botellita de vino, Y todo esto por su culpa, fíjese, se lamentó el Juez separando sin apetito la piel del pollo e intentando aplastar a la serpiente con la suela, un rasgo de comprensión y ya usted estaba fuera, amigo, fumando los cigarrillos de su abuelo debajo de una estatua de loza.

Y el Hombre se acordó que uno de los primeros servicios que les correspondieron, después de quince días de entrenamientos intensivos en Almoçageme, comandados por un libio de turbante, había sido un camarada salido de la cárcel la semana anterior, un rubio palabrero e inquieto siempre con nerviosismos, siempre con vacilaciones, siempre con dudas, y que el Sacerdote afirmaba que la Brigada Antiterrorista protegía a cambio de informaciones sobre procedencia de dólares. Prepararon el trabajo de febrero a mayo, vigilando las idas y venidas del sujeto, escondido en una

casita del interior de Carcavelos, lejos del mar, con un perro minúsculo gruñendo en el Portal y matas de flores descuidadas a ambos lados de un sendero de grava. Agachados en una camioneta de mudanzas observaron, bolígrafo en ristre, al lechero, al panadero, los hábitos de los vecinos, los esclavos en harapos que componían las fisuras del asfalto dirigidos por un capataz de gorra, el instante en que la luz de la sala se apagaba, los murmullos desconocidos de las tinieblas. Lo pillaron finalmente a las ocho y media de la mañana, seguido del animalejo horroroso, a treinta metros del kiosco de periódicos, lo desplomaron a balazos que alcanzaron en el pecho a dos niñas gitanas y escaparon tocando la bocina, por travesías de dirección prohibida, hasta distinguir la corona exasperada de las gaviotas y la muralla de la Marginal que el río saltaba en abanico en las náuseas de enero. El Hombre vomitó la tarde entera, agonizando de fiebre en una quinta de Loures, con la imagen del cuerpo abatido del rubio en la cabeza, arrugado e inerte como el de los animales pequeños que aplastan en las autopistas, y las gitanillas intentando desbandarse entre lágrimas lejos de la pólvora. Las niñas acabaron escurriéndose a lo largo de las fachadas junto a una tienda de joyeros en pedazos, y el Artista lo animaba con brandis y precedentes históricos, Esto no es un juego, chaval, cuando se trata de liberar a nuestro pueblo hay siempre uno que otro inocente que arrastra la marea. Volvió a Benfica pensando en desistir, pensando No aguanto, no tengo fuerzas, no puedo. Era domingo, todos los primos y todas las criadas habían salido, los espejos de los armarios de la ropa reflejaban, en el silencio, su palidez alarmada. Le apetecía telefonar pero no sabía a quién, abrió las puertas de la sala y en el jardín las ramas estallaban bajo sus pies, se tumbó en el césped y fumó solo porque si llamaba al hijo del guardés no habría respuesta: hacía mucho que se hablaban poco y mal, un apretón de manos, una palmada en los hombros, se te ve más delgado y adiós, si llegaba a encontrarlo, en la quinta, de visita a sus padres. El amigo se había casado, usaba corbatas pomposas y vivía en un apartamento en Miratejo, pero el gusto del tabaco solitario era diferente y amargo y fue la última vez que el Juez, con pantalones cortos y uñas sucias, le hizo falta. También vagó por los arriates, se inclinó ante el lago de los peces a escuchar a los

nenúfares, deshojó la buganvilla de la pérgola, y allí estaba el pozo con el molino por encima y la gran aspa de aluminio que desprendiera el viento.

—El mes pasado bajé al pozo sin ti —dijo él, en tono de censura, al Juez de Instrucción que pelaba la manzana y se introducía los pedazos en la boca con la punta del cuchillo—. Encontré a la serpiente podrida, con manchas, en una grieta de la tierra.

El Magistrado acabó la manzana, escupió una pepita empujó el plato, y el Hombre le notó la isla más clara, de pelo ralo en la coronilla, que se extendía hasta la frente por una mancha escamosa de piel: cualquier día se haría la raya en la oreja, con mucha brillantina, para disimularla.

—Le aseguramos una ayuda eficaz y usted nos da a cambio una docena de aclaraciones de morondanga —negocio el Juez, ajeno al pozo, agitando un palillero transparente—. Y cuando hablo de ayuda hablo de francotiradores especiales, una nueva identidad, una cirugía plástica, un subsidio mensual, un viajecito discreto al extranjero. Existen ciudades en Brasil por ejemplo, que no aparecen en el mapa. Y fíjese en que no le pido que denuncie a tal o cual, no es mi estilo: sólo la confirmación de fechas, de locales de reunión, de papeleo clandestino, cartas, diarios, circulares, sólo declarar si reconoce o no esta o aquella letra. Todo impersonal, todo anodino todo sin compromiso, como ve. Y se acaba la pesadilla del calabozo, y se acaban los guardias, y se acaba la policía, y se acaba para alivio suyo y mío esta investigación pesadísima.

Y no obstante cuando el hijo, ya con las uñas limpias, ingresó en el Centro de Estudios Judiciales a aprender a condenar, el guardés continuó ocupándose de las flores y de las verduras de la huerta, y la mujer, despatarrada en un banco, desplumando las gallinas de los patrones en el patio de la cocina, sumergida en plumas que revoloteaban, subían y bajaban, peludas y blancas, como si destripase un edredón. El guardés continuaba escardando y montando en la quinta trampas con muelle para los pájaros que le roían los higos y estragaban las cerezas y las peras, aves menudas, excepto los mirlos, estranguladas en el alambre y esparcidas en la base de los troncos, destinadas al apetito de las hormigas. El hijo juez y la madre, pasmada de vergüenza, levantándose al paso del Hombre que suspendía año tras año las disciplinas del liceo, y había entrado de recadero

en la compañía de seguros de la familia. La mujer bajando la voz, saludando Hola niño, oliendo a los eucaliptos y al anisado de las aldeas sin destino de la Beira de donde venía, viviendo en una casita entre el invernadero y la jaula de los perros, engastada en el muro con fragmentos de vidrio colorido en el borde, un par de habitaciones con muebles gastados, penumbra, el óvalo súbito de un espejo, un fogón en una losa, camas moribundas porque había más hijos, dos muchachas descalzas y un muchacho ayudante de mecánico, encerrado en un enfado perpetuo entre las cejas enormes. Los días festivos el guardés dormía en una mecedora de junco, bajo el frescor del parral, con una mastina descolorida a sus pies, un animal melancólico y sin gracia, de orejas tristes, sacudiendo las moscas de octubre con la cola. El guardia fue a buscar la bandeja y la llevó como si transportase una reliquia, agitando lozas. El Juez de Instrucción seguía desde la ventana el crepúsculo que aumentaba la ciudad:

—¿No le parece una ayuda generosa? —preguntó él de espaldas al Hombre, ofreciéndole, bajo el traje, los omóplatos magros de ángel inacabado—. En este momento del proceso no hay prácticamente nada que yo no sepa, y al terminar la confesión de sus compinches prepárese para unos diez añitos, como mínimo, encuadernando libros en la oficina de la cárcel. Tal vez no esté tan mal, oiga, por lo menos aprende un oficio, que es algo que nunca le ha sucedido en su vida.

El parral, en su reverberación de hojas, se prolongaba por la quinta en dirección al establo de los cerdos y a la cabaña de los aperos, con tijeras, hoces y palas ordenadas en sus ganchos y un cono de patatas germinando en el suelo. De un lado del muro un mico sujeto a una cadena admiraba sus propios dedos con las pupilas atribuladas de los enfermos del hígado, y del otro se escuchaban a cualquier hora, desde una veranda a la que nadie se asomaba, los acordes errados de una lección de violín al tanteo con la partitura. La suegra del guardés, con negro de viuda, cosía camisas en un escalón.

—Fechas, lugares, unas pequeñas explicaciones sin importancia —dijo el Juez—, y la semana próxima lo instalamos en Brasil con una mulata en cada brazo.

Encendió una lámpara y la luz le acentuó las arrugas, cavó los huesos del mentón, aumentó la fealdad de la corbata, reveló un corte de la barba y un tic que contraía los músculos de la boca, tirados hacia atrás por el espasmo de un tendón. El brillo de las gafas impedía al Hombre descifrar la sinceridad de las promesas, de la misma forma que las órdenes y los tacos del Sacerdote, carcomido de fastidio, partían hacia un blanco, escondían la ansiedad y el miedo, los cinco apiñándose, enfadándose, sobresaltándose en el automóvil robado mientras que el traidor de la clase obrera no llegaba, ¿Y si en una de éstas, supongamos, ha ocurrido algo y el cabrón no aparece?

Encendió la lámpara y no quedaban en su cara vestigios del pasado ni semejanzas con lo que el Hombre recordaba del padre o de la madre de él, el color del pelo y de los ojos, los gestos de hurón, el formato de los pómulos. Ninguna similitud con aquellos esclavos brutos y sumisos, tallados en la provincia en tungsteno, cactus, hambre y plátanos de invierno, con quienes el abuelo conversaba a veces, con una gentileza de marqués, para enterarse de la fiebre de las acacias. Sólo las gafas serias en espera y una pluma balanceándose entre los dedos afilados:

—¿Y?

Puede ser que el Artista esté preso, pensó el Hombre, el Sacerdote vigilado, la Dueña de la Casa de Reposo vaciando el bolso en el puesto policial del Beato, el Estudiante, en la Estrada das Laranjeiras, con dos de la Secreta registrándole los cajones o pasmados ante la inocencia de las sábanas con el Snoopy estampado, porque hasta la vanguardia del proletariado tiene derecho a la infancia y a ver a las jirafas y a los mandriles entre la ropa puesta a secar en el balcón y los árboles con pico de plumín que hacen señas desde el cielo. Puede ser que del Comité Ejecutivo hubiesen murmurado Es aquél y aquél y aquél, y restasen por milagro tres o cuatro militantes fugados en la cabina de un camión, por el Alentejo, camino de España, o cruzando, deslizándose entre los setos, las jaras de la frontera, asustados por el rastrojear de un conejo, en busca de la navaja lunar del río. Pero aun así, los orangutanes de la Interpol habrían de olfatear, calle tras calle, los barrios bajos de París, y con la ladronera de la CEE ni la lluvia de Bélgica escapa a la extradición, expulsado al aeropuerto en medio de un torbellino de agentes, todo al final tan fácil como la muerte

de las niñas gitanas que trotaban, desesperadas de pánico, en la mañana de Carcavelos, por travesías y travesías sin gaviotas, alejadas del mar.

—Conozco un sitio en Carcavelos donde no se sienten las olas —dijo el Hombre de repente.

—¿Cómo? —se interesó el Juez aumentando la sonrisa, y el Hombre pensó Me tiene en sus manos, comienza a darse cuenta de que me tiene en sus manos, y de ahora en adelante basta con apretar un poco y con cuidado y ver cómo sale el pus.

—Ni el olor, ni la sombra, ni el reflejo del mar —pormenorizó el Hombre—, es como si estuviésemos en la mortaja de una aldea de la sierra, poblada de ausencias y de fantasmas moros.

Caminos difíciles, moreras, túmulos antiguos, cabras que lamen el musgo de los peñascos, una pared de castillo, gallinas que engullían barreduras en el atrio de la iglesia: los labios del Juez de Instrucción, macerados por el metal de la lámpara, se redondeaban en la arista de las mejillas:

—¿Dónde? —preguntó él buscando la goma entre los papeles del escritorio—. Calcule, fíjese, me he quedado con una pasión especial por Carcavelos. ¿No fue donde hace unos meses murieron un ministro y unas mendigas cualesquiera?

Acabar de aceitar culatas en un pinar, antes de la aurora, bajo nubes color de uniforme y una brisa cruel, los cinco (¿o seis? ¿o siete?) alrededor de un paño, sobre la pinocha, en que yacían las armas, con un bullicio de pájaros cantando por las copas y el Ford, sacado la víspera, esperándolos en una vereda de zarzas. Acabar con la tensión de la espera antes de salir, derrapando en un camino secundario, repartiendo las municiones de un cajón: el Sacerdote midiendo el tiempo, con el ojo preocupado en el reloj, el Artista que orinaba silbando, desviado unos metros de nosotros, el Estudiante llenando de cartuchos los bolsillos de la chaqueta. Acabar con el terror, con las diarreas, con los espasmos en el pecho, con el bigote que se rapa y que se deja crecer, con el peinado que se cambia, con los pelos que se tiñen, con estos ridículos disfraces de teatro. Dejar de espiar por las cortinas, de caminar lentamente, con la palma en el revólver, hacia el supermercado de las compras, de temblar si suena el timbre, de saltar si la

tarima cruje, de poner una granada al lado del vaso de agua para el maldormir de la noche. Librarse del encierro de la celda, al término de un complicado trayecto de túneles y escalones y tan silencioso y amenazador como el que sigue a los disparos, de la verruga de la bombilla que lo perseguía como el retrato del magistrado-bebé en la salita del guardés, de una ventana abierta a una brotación de magnolias que exhalaban el azúcar sin alma de los finados.

—¿Le importa que llame a un agente? —preguntó el Juez de Instrucción mientras se estiraba sobre la mesa, hacía caer un marco, levantaba el teléfono—. Se trata de solucionar un problema práctico: tengo una letra endemoniada que nadie entiende, lleva una eternidad descifrar los garabatos. Y el miércoles o el jueves usted aterriza en Sao Paulo, con pantalones blancos, panamá y camisa estampada, con una sambista en su cama del hotel.

No es malo que confiese porque están todos presos, el Sacerdote, el Estudiante, el Artista, la Dueña de la Casa de Reposo, el Banquero, metidos en diferentes agujeros por todo el país, sin derecho a visitas, por denuncia del controlador de los grupos de asalto, ahora en Suiza con una pensión del Estado. Todos presos, pensó el Hombre a medida que el agente retiraba una máquina de escribir del estuche, buscaba una silla, introducía un folio en el carro, miraba al Juez, con las manos suspendidas, como un pianista, vibrándole las solapas de la levita, miraba al maestro, ansioso por la señal de ataque. Era un sujeto frágil, de ropas modestas, un policía sin aspecto de policía, uno de esos coleccionistas menudos de langostas y de sellos, un infeliz amanuense judicial al que los compañeros tiranizan. Todos presos, pensó el Hombre, discurseando en gabinetes así para jueces y dactilógrafos así, separando fotografías, elucidando detalles, afirmando, negando, aceptando un *brandy*, diciendo que no señor, no era en el Algarve donde el barco de pesca marroquí tiraba la dinamita y las bazucas, era en la costa de España y cruzaban la frontera en camionetas de transporte de electrodomésticos y de ganado. Todos presos acusándome, triunfales, furibundos, desorbitados, pensó el Hombre, Fue él solo quien mató a las gitanas, quien hizo pedazos al ministro, quien ejecutó al rubio, encajaba el arma en el hombro, nos ordenaba No disparéis y limpiaba las avenidas a



balazos, de haber podido habría colgado las cabelleras del cinturón y acabado con los moribundos a cuchillo. Una vez me escupió en la cara sin ningún motivo, reveló el Artista, y los otros Es verdad, Me quiso violar en un matorral, se quejó la Dueña de la Casa de Reposo, me soltó tacos, me rasgó el vestido, mire, No respetaba a la jerarquía, vociferó el Sacerdote, no obedecía a los jefes, perdió la noción de la ética marxista, y el Banquero Una tarde, en el Guincho, intentó acabar con el último surfista para afinar la puntería, que yo sepa nunca le descubrí ningún sentimiento, teníamos listo un plan, con el auxilio de los camaradas vascos, para librarnos de él. Al sacar los cigarrillos del abuelo del bolsillo del pantalón el cielo permanecía azul sobre las acacias, y el Hombre sonrió al surtidor del lago con sus anguilas transparentes y sus lotos descompuestos, y a los bancos de azulejos del jardín:

—Voy a contarte una cosa que te dejará tres días con la boca abierta —dijo él al Juez de Instrucción que limpiaba sus gafas con un trapito y lo miraba, desprovisto de los lentes, con la expresión desnuda y sufrida de los niños de provincia, sentados en la paja, los domingos, entre barros de feria y gimoteos de lechones—. A pesar de las fumadas en el césped, de las correrías por la quinta y de las indigestiones de fruta verde, nunca me gustaste.

El abuelo abajo, en la silla de lona bajo el quitasol descolorido, se teñía del humor de los agapantos. La mujer del guardés gritaba desde el parral llamando al hijo juez, que se desabrochó el chaleco en gestos murmurados y alzó la mano fina, de dentro del puño de la camisa, rechazando el tabaco. El pianista de la máquina de escribir probó con el anular la tecla de una nota, y los labios del Ilustrísimo se torcieron de lado en la mueca del padre, cuando cortaba los rosales que maltrataban con sus espinas las estatuas de loza del jardín:

—Y yo, a cambio, te ofrezco un secreto aún más secreto —dijo él volviéndose a poner con cautela el metal de la montura en las orejas—. No te imaginas lo que he gastado en grasa para untar las escaleras del pozo, con la esperanza de verte caer.

En Benfica, los sábados, dijo el Juez de Instrucción, que era el día de la semana en que su abuelo llenaba la mesa de la cena con curas, canónigos y tacitas de almendras para conversaciones de santísimo sacramento en torno de la ternera asada, solíamos trepar, por el plátano mayor, al tejado del cuarto de baño de las criadas, que debía de haber sido un antiguo almacén construido por detrás de la casa principal y oculto del jardín por franjas de viña virgen, y nos apretábamos contra el rectángulo de la claraboya sofocando la risita excitada en las manos. Los cristales reflejaban un pedazo de los gallineros y el inicio de la quinta, y justo debajo de nosotros quedaba el patio para matar al cerdo, en octubre, sangrándolo, colgado del cogote, en cubetas de roble, rodeado de sirvientes de delantal y botellones de vino tinto. La vivienda de las lecciones de violín, de estores oblicuos, a los que nadie se asomaba, naufragaba en una mata de abandono: una de las cercas, derruida, caía al patio de recreo de la escuela que cada hora badajeaba una campanilla mustia. Y cuando escuchábamos, más o menos a las cinco de la tarde calculadas por el vuelo de las cigüeñas, los gemidos de afinación del instrumento, intentábamos sin éxito localizar la veranda de donde provenía el sonido y nos imaginábamos recorriendo con miedo salas y más salas irrespirables de polvo, pesadas de muebles enormes y de relojes antiguos hasta encontrarnos, en una mecedora, un esqueleto de mujer de falda larga, con hebras de pelo agarradas al cráneo, irguiendo el arco del violín dispuesta a un vals espectral cuyas notas empañaban las teteras y marchitaban las corolas de los geranios.

—Si eran así de amigos de pequeños —dijo el caballero de la Brigada Especial mirando la ventana de la callista del edificio de enfrente, encima de la entrada a una juguetería—, apuesto a que el señor doctor debe de conocerlo bien.

Se encontraban en el despacho del Juez de Instrucción, entre procesos de gallineras y un olor de rehogado frío, y muy pronto desde el escritorio, en el cual se rellenaban intimaciones y se secretaban ficheros, llegaba un ruido de conversaciones y la fricción de los cajones alabeados. La callista, de bata junto a un estante de limas y de pinzas, se inclinaba ante los pies de una señora rubia que le señalaba un defecto en las uñas.

—¿Amigos? —se asombró el Juez—. Nos tratamos hasta la época de la mili, nada más. Desde entonces hasta hoy me casé, anduve de un punto al otro del país trabajando, a veces lo encontraba en el jardín de su abuelo, siempre preocupado, siempre solo, de paseo con la nariz apuntando al suelo por la hilera de los narcisos.

Agachados en el tejado, acechando por una cicatriz de la claraboya, esperaban entre carcajadas y cigarrillos que la criada nueva, llegada semanas antes de Alcobaça, que se equivocaba con los cubiertos y derramaba las lonchas doradas de la fuente, entrase en el almacén, colgase el uniforme en una percha, se sujetase el pelo en la nuca con una multitud de horquillas y abriese el grifo del agua caliente primero y el del agua fría después palpando la temperatura con el brazo: una flor líquida se abría del tallo de la ducha, los pétalos se transformaban en espiras de vapor apenas tocaban las paredes, y los azulejos se turbaban al rato como las gafas con lágrimas de los viejos.

—Sea como fuere —dijo el caballero interesado en la callista que, blandiendo una especie de alicate, discutía con la dama rubia un pormenor del tobillo—, las personas no cambian tanto con el paso del tiempo.

Y realmente, pensó con envidia el Juez de Instrucción, mientras yo me gastaba en comarcas olvidadas, Ourique, Loulé, Vila Viçosa, matriculando a los pequeños de escuela en escuela y conversando por la noche, en los fondos de la farmacia, con las amargas del notario y las desilusiones del presidente de la Cámara, el Hombre, señores, no se alteró casi nada: a pesar de unas arruguitas aquí y allá, de unos pelitos blancos y de la cara un poco más redonda, era fácil imaginarlo todavía, con pantalones cortos, estirado sobre hojas secas y excrementos de palomo, buscando distinguir el cuerpo de la criada que se enjabonaba en medio de una neblina tibia, percibiendo su pubis diminuto, sus hombros gruesos, sus muslos oscuros, el desagüe

donde el agua se precipitaba espumajante, los hongos ocre del techo. Yo sudando en los cachemires, en los rubores del Alentejo, de regreso del tribunal para sufrir la lata de mis hijos y los no-aguanto-más de mi mujer, y el gandul en Lisboa dándose a la buena vida, terrazas, cines, ligues, teatros, quién sabe si encaramado los sábados en el tejado del depósito, espiando con un cigarrillo en el morro la desnudez de las sirvientas. La callista acomodó un foco pequeño y se curvó, atareada, con el talón de la otra en sus rodillas.

—El señor doctor —dijo el caballero despegándose una película del labio— sin duda lo convence de colaborar con nosotros. Porque si el fulano no nos ayuda, el resto de la pandilla continuará por ahí a tiros y el Secretario de Estado es capaz de pillarse una furia de mil demonios contra usted.

—Allí está ella, allí está ella —susurró el Hombre pellizcando al Juez ocupado en limpiar con la manga, aprisa, un trozo de cristal—. Apenas aparece una nueva, pumba.

—Una palabrita oportuna —sugirió el caballero—, una patada en el momento justo y me temo que cantará como un canario.

Una rama de plátano rozaba el canalón, sombras de sombras bailaban por el muro. La criada, envuelta en la toalla, con hombros radiantes, miraba a la cocinera de brazos cruzados bajo el pecho en el marco de la puerta, plantada en sus chinelas deformes. Una mancha de sol o el reflejo de las hojas oscilaban en la pared en el instante en que la callista desviaba el foco, se enderezaba, la señora rubia se estudiaba las uñas, indecisa, antes de sumergirlas en una palangana, y en la esquina de la Rua Gomes Freire con Conde Redondo, un policía de ronda se irritaba con un vendedor de lotería en andrajos, amenazando con la porra a un camionero que había tomado el partido del mendigo.

—¿Piensa que ver a una pareja de cocineras a besos es suficiente para conocer a una persona? —preguntó el Juez enrollando y desenrollando en el puño una goma elástica—. A los niños siempre les da vergüenza asistir solos a ese tipo de cosas. En el cuarto de baño desierto quedaba un copo de jabón que cristalizaba en las fracturas del cemento, el trapo de la toalla en la percha, la marca embarrada de un tacón de zapato y los últimos vapores que

resaltaban en volutas tenues bajo la alcachofa de la ducha. En la vivienda deshabitada de las lecciones de música una claridad sin peso se deslizaba de cortina en cortina, navegando en las ripias de las persianas astilladas por las espinas de los arbustos. La tijera del guardés afeitaba el césped del jardín, las fincas de la Pontinha anochecían, y el caballero de la Brigada Especial hizo restallar las articulaciones de los dedos y elevó hacia el Ilustrísimo un párpado cansado de lagarto:

—Como ha de suponer, esta misión no le ha sido asignada por casualidad, nos convenía alguien que conociese al tipo, lo conmoviese, lo hiciese hablar con argumentos de infancia. (Y el Juez se acordó del dueño del mico, un cojo frenético y colero, corriéndolos a palos un martes de Pascua en que saltaron los vidrios del muro a fin de observar de cerca las aflicciones del animal). En estas cosas no hay como la ternura y unos golpes en medio para llevar a una persona a simpatizar con nosotros.

Con la prisa me he lastimado, me está saliendo sangre de la rodilla, ¿qué hago? —lloró el Hombre mostrando la pierna, aferrándose a un tronco de parra, mientras el dueño del mono, que hasta corriendo, encorvado y entre chillidos se parecía al animal, los insultaba por encima de los fragmentos de cristal que chispeaban al sol—. No te vayas, no me dejes, ayúdame, quiero desinfectarme esto con yodo.

—Nunca he visto a nadie tan cagueta, tan melindroso, se caía por todo y por nada, no se tenía en pie —dijo la voz del Juez, venida de los limbos del pasado, al mismo tiempo que reaparecía la callista con una nueva cliente, esta vez una vejancona que engordó en la silla como las gallinas en los nidos, cacareando reumas.

—No consigo moverme —sollozó el Hombre—, apuesto a que me he partido un hueso, que me he hecho daño en la rótula, que van a escayolarme en el hospital. Si no me sostienes le cuento a mi abuela que trepas a la claraboya para espiar el baño de las criadas.

Mi padre y yo, dijo el Juez de Instrucción, deshacíamos los bultos del viaje, mi madre, en la cocina, con la radio muda bajo el brazo, abría el armario con reja de los platos y el cajón de los cubiertos y se extasiaba con los interruptores eléctricos, y en esto la Señora se nos apareció en la barraca, Buenas tardes, una sonrisa, falanges llenas de anillos, un perfume

intenso que alteró de inmediato la suciedad, el mohó y el carbón de las paredes, Estoy segura de que nos llevaremos bien, Aurelio, antes de meteros en el tren, me habló muy bien de vosotros. Y sólo varios años después, ya en la Facultad, cuando el anís acabó con la vesícula del viejo, entendí que Aurelio era el patrón anciano de Nelas, el que conversaba desde el comedor con el níspero del patio y caminaba por las terrazas, en las vendimias, con sombrero de paja en la cabeza, en un vagar asmático de buey, oliendo a flores de fieltro y a insomnio.

—Yo soy Don Juan, emperador de todos los reinos del mundo —dijo el caballero avanzando a grandes pasos, rodeado de lobos, por un pinar desierto.

Apenas descubrió las gafas en el bolso, la Señora se puso a pasear por las habitaciones, con el cuello estirado, avizorándonos a nosotros y a los muebles con la curiosidad con que se visitan rescoldos de incendio. Prometió un lavabo en condiciones y periódicos para forrar los armarios, dobló un billete ostensiblemente discreto en la palma de mi padre, afirmó Me gusta mucho la Beira, en cuanto surja una semana tranquila me meto en el coche y voy ahí arriba, pero las devociones, la caridad, los anticuarios y el *bridge* la ocupaban por entero, el chaquete y la iglesia la extenuaban, la elección de los menús le aumentaba la tensión. Su marido regresaba ya de noche de la compañía de seguros, atravesaba la cocina, con el abrigo sobre los hombros, elegante como un ilusionista, ciego a los saludos de las criadas y a los hervores de las ollas, y el patrón anciano, por fin con corbata y sin sombrero de paja, viajó a su muerte solo, abandonado de los amigos, en la sacristía de una iglesia helada, escuchando el rezongo del viento en los álamos de la plaza.

—¿Estás seguro de que no me he roto nada? —se asombró el Hombre palpando el araño—. ¿Y no hace falta desinfectarlo con yodo, que se deja debajo del grifo y pasa? En ese caso trepamos otra vez el muro y le tiramos piedras al mono.

—Un histérico —garantizó el caballero—, con un pellizcón en serio nos dice todo. La verdad es que en esta tierra hasta los que ponen bombas son unos miedicas.

Pero el cojo aún estaba allí, al cuidado del mico, rumiando indignaciones armado de una azada enorme, de modo, contó el Juez de Instrucción, que nos entretuvimos en los gallineros incitando a la pelea a dos gallos de sitios diferentes hasta que mi madre me gritó desde el parral Zé, le has dado el maíz a los palomos, Zé, y yo haciéndome el sordo y recordando el día tremendo en que ella acabó de lustrar la radio con una pomada especial que costó como mínimo la mitad del sueldo de mi padre, acomodó el aparato sobre el mantel del ajuar, con figuritas y pájaros, de la mesa del comedor, lo tocó con un tapete almidonado y la fotografía del padrino en la época en que sentó Plaza en Viseu, con las piernas cruzadas en un banco de jardín delante de un telón de la Torre Eiffel, y giró el botón de las voces y de la música amordazadas por la falta de electricidad de Nelas, y dispuestas a empujarse para salir de la caja de resonancia en un flujo feroz de anuncios de grageas para la tos y de marchas militares. El dial se iluminó, mudó del negro al rosa y del rosa al dorado vivo de las aureolas de los santos, un aullido de faro creció de las entrañas de la emisora anunciando neblinas hertzianas, mi padre y nosotros nos sentábamos frente a la radio como en la platea del cine, el macaco se hizo más alto acompañado de ronquidos y escupitajos, mi madre, roja de decepción, movió la antena en busca de un punto más benigno, una tráquea enferma silabeó un discurso incomprensible y naufragó en un vendaval de graznidos, pronto sustituida por un fragmento de vals y una segunda garganta que parecía dialogar con la primera y que un ruido de fritura o de leche derramada sumió en un desorden de chispas.

—Apágala —pidió mi padre, inquieto, mirando la radio que sobresalía de la mesa—. Dentro de poco te cargas los fusibles de la ciudad.

—Ha llegado otra cocinera —dijo el Hombre, exaltadísimo, pellizcando al Juez que limpiaba la jaula de los periquitos del jardín—. El sábado que viene estamos de fiesta.

Y realmente al atardecer allí estábamos ambos, dijo el Juez de Instrucción al caballero, con el párpado en la claraboya observando el pelo corto de una adolescente regordeta, y frotábamos los cristales con el pañuelo para distinguir mejor los senos, la piel del vientre, los dedos de los pies separados como los de los sapos, los gestos que el vapor de agua

borraba, la ropa en la percha, el picaporte de la puerta. Allí estábamos en espera de la cocinera de delantal, con los brazos trazados en el umbral, que caminaba sin prisa por el suelo mojado librándose de la blusa y de la falda, sonriendo como una planta carnívora, ofreciendo uno de los pechos a la boca de la criada al mismo tiempo que la apretaba contra la barriga con la tenaza del codo, sólo que aquella vez no fue la cocinera quien entró, dijo el Juez al caballero distraído con los manejos de la callista y los utensilios de retocar talones que nacían bajo el foco, fue la Señora con abrigo de zorro, con el peinado compuesto y las uñas largas y rojas, la Señora, con zapatos de tacón alto de charol, arrodillada en el cemento, imagínese, delante de la criada, echando la cabeza hacia atrás, exhibiendo el escote, las perlas, los tendones arrugados del cuello, la Señora arrimando el cuerpo a las piernas de la muchacha que le clavaba los dedos en la laca de los cabellos, la obligaba a rozarle el ombligo con el carmín morado de los labios, la sujetaba, casi rasgándolo, por el forro del vestido para sentir la piel de las axilas en las caderas, y yo, dijo el Juez, moviéndome incómodo, apagando el cigarrillo en las tejas, susurrando Vámonos, intentando empañar los cristales con el aliento y nada, ya que él permanecía inmóvil, con la mandíbula caída, agarrado con tanta fuerza al tejeroz que los pulgares se le ponían blancos, y yo insistiendo Vámonos y él Déjame en paz, vete tú si quieres, déjame en paz, él que no acertaba con el bolsillo de los fósforos, que encendía cigarrillos, que se olvidaba de fumar, que veía, con un empecinamiento dolorido, a la criada y a la Señora que rodaban, desnudas, en la toalla, que veía las caricias de ellas, los besos de ellas, los movimientos de émbolo de ellas, y se deslizaba al fin plátano abajo murmurando Te odio, puedes irte al carajo, nunca he sido tu amigo, a mí que no hice nada, Señor, salvo acompañarlo porque él me invitó, porque me calentó la cabeza toda la semana, trastornado, Es medio rubia, chaval, ¿sabes acaso lo que es una rubia desnuda? a mí que necesitaba estudiar Geografía, saber Australia de memoria para la prueba del martes, y el idiota caminando sobre las ramas secas, con sus espaldas cóncavas, hacia la vivienda de la música, Te odio, vete de mi vista, no te atrevas a hablarme, el pelma cayendo de bruces en el césped, mirando sin una lágrima en una extraña expresión distraída, el estanque de los peces, y levantándose,



minutos después, con hierbas y hojas pegadas al jersey, como si yo no hubiese existido todo ese tiempo Mostrándole mi preocupación allí a su vera, y trotando hacia casa, ahuyentando avispas con las mangas, sin ofrecerme siquiera la miseria de un cigarrillo de despedida.

—Como ve lo tiene en sus manos, es un hecho —dijo el caballero sonándose, doblando el pañuelo por las rayas, guardándolo con cuidado en el interior de la chaqueta, como los sacristanes guardan los paramentos—. Nada más lejos de mí, señor doctor, que tener que molestarlo en su vida personal, yo qué sé, el traslado de su mujer a Monçáo, problemas complicados con el fisco, aquella secretaria viuda lenguaraz que quedó preñada de usted y que se niega al aborto, ese tipo de cosas que desarmonizan las familias. Menciónale al hombre su abuelita lesbiana, sugiera testigos, e insinúe una noticia en los periódicos que suele tener mucho efecto y da que hablar para rato.

La callista, con la lámpara del techo encendida, se quitaba la bata, se cepillaba el pelo, buscaba la gabardina y al rato surgía en la calle en medio de los clientes del fotomatón, de carrerilla, con el paraguas cerrado, hacia la parada del tranvía. Un Renault estacionó en el patio de la Policía Judicial y tres agentes de paisano le dieron puntapiés a un negro rumbo al mostrador de la entrada. El caballero, que desenvolvía un caramelo destinado a los espasmos de los pulmones (una brisa de bosque impregnó la sala), miraba la ventana oscura chupando la medicina entre chasquidos:

—La lesbiana —dijo él—, la lesbiana es la clave, joder. Investígueme a fondo lo de la lesbiana y ya está.

—Oiga, madre —dijo la hermana mayor del Juez de Instrucción—, que está saliendo humo de la radio.

—Le ando diciendo desde el principio que no se salva ni un fusible —dijo mi padre desde su rincón, tanteando una botella de tinto en el sofá.

Y entonces, explicó el Ilustrísimo, mi madre corrió hacia la radio con idea de mover la aguja del dial por el Tedeum de la emisora católica, que con el auxilio de la Virgen le salvaría el tesoro de las llamas, mi padre derribó un hipopótamo niquelado lamentándose Nunca hay vino en esta casa, qué mierda, quiero ver qué pasa aquí con esas patatas y esas judías que no alimentan a nadie, y en eso una bobina o una resistencia cualquiera

explotó en los intestinos del aparato, mis hermanas revolotearon a gritos hacia fuera de la sala, y una segunda resistencia fulminó las lámparas en el instante en que los deditos indagadores de mi padre alcanzaban un gollete de aguapié oculto detrás del frigorífico. Un pasodoble torero irrumpió con una majestad litúrgica y falleció en claridades de magnesio, y de súbito, dijo el Juez, la caja se transformó en una pirotecnia de centellas, de cohetes de lágrimas, de relámpagos, de petardos, de zigzags de muelles, de madera quemada, de metales que se derretían, mi madre, armada de una almohada de paja, apagaba las llamas que surgían sobre la mesa, soplabá un tapete en torreznos, vaciaba una cafetera de agua en la radio deshecha, pisaba el retrato de la Torre Eiffel que había caído al suelo con un centellear de yodo, y al volver la luz la vimos juntar en el delantal los pedazos calcinados de lo que durante tantos años, en la Beira, la hiciera soñar, inviernos e inviernos, con fox-trots de cenador y fandangos de verbena, y colocar los carbones en el croché agujereado, la vimos lanzar por la ventana las cenizas de la fotografía, y la vimos sentarse en la platea, con la mano a guisa de concha en el oído, al lado de mi hermana mayor, escuchando embelesada a los inaudibles locutores de siempre, que desde su boda musitaban, sólo para ella, un impetuoso amor hecho de noticias de descarrilamientos de trenes en Polonia, de tifones en las Antillas y de escándalos financieros en Japón, mientras mi padre, de bruces en la tarima, peroraba, con las nalgas al aire, en la gruesa paz del vino, poblada de vez en cuando por sustos de arañas y de ratones. El caballero, semejante a un huérfano de internado al ver que la ventana de la callista se había oscurecido, extendió la palma en la rodilla, observando una verruga, para decir con mansedumbre:

—El problema de mi viejo era que no aguantaba una copa más. Pasé mis años de chaval llevándolo a cuestras al hospital de Faro.

El Juez de Instrucción abrió y cerró un cajón, apiló expedientes, mudó un pisapapeles de la derecha a la izquierda y de la izquierda a la derecha, acomodó la goma al borde del papel secante, Conde Redondo se animaba de sexagenarios alunados, el escaparate de una pastelería destellaba constelaciones geométricas de aristas de cristal, y él y el caballero se me figuraban, a mí, a quien mandaban en autocar, desde el Ministerio, a taquigrafiarles los diálogos, instalado en una silla sin brazos junto a la

mesilla de los teléfonos, una pareja de adolescentes serondos, de tristes niños viejos que caminaban solos, tras las camillas de sus padres, por pasillos de enfermerías, llantos y desgracias, hasta desaparecer en una confusión de biombos donde una señora con abrigo de zorro y pendientes largos extendía las uñas rojas y los vértigos del escote a un pubis de criada.

—¿Cómo podré acordarme de tal cosa —dijo la callista—, si ha pasado ya tanto tiempo?

Podríamos haber dejado el automóvil en el parque de la Judicial pero no quise correr el riesgo de toparme con el monigote con quien mi mujer se fugó hace dos años y medio, un subinspector esquelético, con la barbilla de objetor de conciencia, consumido por porros de hachís y filosofías hindúes, que la llevó a Tailandia, en las vacaciones, con pífano de encantador de serpientes. Un buen día al llegar a casa, la encontré, de rodillas en la alfombra, haciendo la maleta, rodeada de blusas y sostenes, mientras el gurú, con las manos en los bolsillos, repantigado en mi sillón, le admiraba el trasero de vaca sagrada y aconsejaba, Lleva sólo las bragas negras, amor, que son las que más me gustan, y los imaginé con las persianas bajas, saturados de incienso en una planta baja de la Bobadela, besándose desafortunadamente, en mis horas de servicio, en cojines estampados y falsos tapetes indonesios, bajo el vaivén de sombras de una multitud de cirios que se derretían en platillos de postre. Llegué a preguntar, señalando al energúmeno con el periódico doblado, Qué es lo que tiene ese oso que yo no tenga, y mi mujer, muy serena, dejó de amontonar transparencias de nailon, se quitó la alianza, la puso sobre la cómoda y respondió Marcha, y seguí argumentando, viéndola cerrar la maleta, con la rodilla doblada encima, ajustando con fuerza las correas de cuero, Ese sujeto es la vergüenza de la policía, Manuela, incluso pensé en abofetear al objetor de conciencia que golpeaba el cigarrillo en la cajetilla, con la nariz en una Última Cena esmaltada, pero el tipo me pidió fuego, y yo, sin pensar, le extendí un fósforo encendido, con las palmas en taza porque soplaba una corriente de aire traicionera entre la cocina y la sala (siempre insistí en que los cristales del mirador nunca cerraron bien), y mientras yo protegía la llama se fueron por el pasillo, mi mujer se despidió desde el vestíbulo Chao

Alberto, felicidades, la puerta se cerró de un golpe y yo sentí las falanges que comenzaron a arder y corrí a gritos hacia el cuarto de baño a aplacar el dolor en agua fría.

Por tanto, para no toparme con el animal que me obligó a andar una semana con los dedos untados de mantequilla (y que me contaron también ahora que abandonó la policía, cada vez más oriental y más delgado, para montar una industria de cuernos de marfil, pulseras sagradas y serpientes venenosas de Ceilán, óptimas para sustituir a los pececillos de acuario que no ladran a los rateros), paramos el Fiat a veinte metros de la finca de la callista, detrás de una camioneta que descargaba aguas bicarbonatadas para confortar la vesícula y refrescos de limón para desconsolarla, le dijimos al Mulato Aguanta tranquilo al volante que dentro de cinco minutos te traemos al pájaro de prenda, y entramos los dos, es decir, el Super-Rato y yo, en un edificio lacrimoso al que faltaban azulejos en la fachada y cuyo vestíbulo, a oscuras, donde se percibían vagamente buzones de correo y escalones desportillados, olía a empanadillas y a ceiba. Trepamos las escaleras pisándonos los talones y susurrando alternadamente Joder y Disculpa, y en eso distinguimos una lamparilla en un rellano que palidecía resignaciones de anemia, una placa metálica, desencantada de honduras oceánicas, con letras comidas por el óxido, y un haz de claridad por debajo de la puerta, que atravesaba en diagonal el pelo del felpudo.

—¿Hace veinticinco años, ha dicho? —preguntó la callista, sorprendida—. ¿Está seguro de que no se equivocaron de persona?

Mi colega pulsó el botón bajo la placa y un timbre tan intenso como una sirena de bomberos arrancó la finca de los cimientos, sacudiendo los ladrillos de las paredes con una furia de extracción dentaria. Super-Rato y yo, abrazados del pánico, aguardamos con los ojos cerrados, en medio del silencio de catástrofe que sobrevino, que una viga del techo o una lluvia de tejas se nos despeñase en la cabeza con una polvareda de estuco, pero lo único que ocurrió fue que saltó la cerradura eléctrica de la puerta como la tapa de un reloj de bolsillo, y dimos, justo después de una bastonera cromada (que en las muestras de las mueblerías se suele hacer acompañar de un tigre de porcelana de metro y medio de altura), con una salita de espera con sillas de napa en que una pareja de viejos con anteojos bifocales,

cada cual con su revista en las rodillas, nos contemplaba las mejillas unidas y el entrelazarse de nuestros muslos con una reprobación infinita.

—¿Si he trabajado en Benfica, de pequeña? —repitió la callista, con el ceño fruncido, registrando las baldas de la memoria—. Tal vez sí, los primeros cuatro o cinco meses, cuando desembarqué recién llegada de Tomar.

Avancé con un bamboleo macho de pistolero de saloon destinado a disipar sospechas, y ocupamos un sofacito de mimbre por lo menos tan vetusto como el apartamento, delante de una mesa con un cenicero de lata y revistas de peluquero apiladas encima, de ésas que entusiasman a Carnide con las bodas de las princesas. Una ventana se abría a un patio rodeado de galerías y de cuerdas de ropa, con el agua de diciembre antiguos evaporándose en los tiestos, y había cuadros con vistas de playas, de botes y de olas inmovilizadas en medio de su vuelo en un friso de espumas coloridas. Una cortina que separaba la habitación contigua se apartó sacudiendo argollas y la callista surgió en el umbral, mirándonos con una desconfianza severa:

—¿Han pedido hora?

Super-Rato alzó hacia ella, pestañeando pasiones, la más amigable de las sonrisas:

—No, señora, sólo queríamos hablar un rato en privado, podemos esperar.

Ella vaciló, Super-Rato abrió la sonrisa hasta los colmillos mal puestos, el viejo baló, tosiendo, Hace cuarenta y cinco minutos que estoy aquí, doña Fernanda, la callista nos miró a nosotros, lo miró a él, nos miró a nosotros, intrigada, se ordenó un mechón suelto, Super-Rato seguía sonriendo, cremallera al cielo, inalterable de inocencia, una voz más allá de la cortina preguntó ¿Me quito el algodón de la uña, querida?, la callista sin volver la cabeza respondió Un momento, señor Bénard, hace falta que la infección remita, y previno a Super-Rato, entretenido en ablandarla con soslayos seductores, Si son de Hacienda tengo todo en orden, en cuanto acabe mi trabajo les muestro los libros de cuentas. Super-Rato, galante, musitó admirando sus medias de descanso Nosotros esperamos aquí, no cuesta nada, el viejo gimió Cuarenta y cinco minutos, doña Fernanda, tengo que

volver a casa dentro de poco para tomar las gotas de la tensión, Super-Rato, con las pupilas encendidas, lamía despacio el filtro del cigarrillo, y la callista desapareció tras la cortina, piando como una lechuza en la bruma, Ahora doble el dedo, señor Bénard, ¿ve cómo se ha desprendido sola?

—¿Para esto me trajeron aquí, para contarles mi vida de hace veinticinco años? —protestó ella, indignada, revolviéndose en el cojín del asiento—. Nunca me he metido en líos con la policía, no me doy cuenta de qué les interesa del pasado.

De modo que nos quedamos los cuatro en la salita de espera, en medio de las litografías marítimas donde enmarcaran, en madera biselada, hasta el viento, la luz y el olor del océano, con la puerta de la calle a la derecha, el cortinaje en las espaldas y a la izquierda la ventana de los tiestos en los cuales quedaban, a flor del agua estancada, tristes esterlicias de velatorio, y cuando hablo de cuatro hablo de Super-Rato, seguro de sus poderes magnéticos, que perfeccionaba la melena con un peine demorado, apartando mejor la raya y rizando las patillas, de mí que le seguía los gestos con envidia pensando Acaso fue eso lo que me faltó con Manuela, acaso por no poseer esos encantos los viernes por la noche voy a ese bar del Poço dos Negros, pido una ginebra solitaria y veo a los clientes bailar rumbas con las muchachas del establecimiento, del viejo de los cuarenta y cinco minutos que se palpaba el zapato con una mueca dolorida, preocupado por una ampolla o una hinchazón cualquiera, y de la esposa del susodicho, una dama casi calva, con una docena de pelos en la nuca y alrededor de las orejas, sujetando uno de esos perritos pequineses de hocico de recién nacido que no miden más de dieciséis centímetros de altura, que trepaba constantemente por encima de sus collares para lamer los dobles mentones de su cuello. Nos quedamos los cuatro, jefe, Super-Rato, que entretanto había ajustado su corbata con un toque certero, aplastando colillas en el cenicero de lata, yo, decidido a comprarme un peine en la primera mercería que encontrase, estudiando la ropa carmín de mi socio con la esperanza de descubrir un traje igual en la Calçada do Combro, el viejo que se quitaba el zapato y tiraba del calcetín para masajearse el tobillo, y la esposa con el perro que perneaba suspendido de los tendones de sus fauces, amonestando al marido Quédate tranquilo, Ramiro, que doña Fernanda va a cortarte el

absceso. El sol navegaba sobre el balcón de fuera y las esterilcias moribundas, la cortina hizo sonar latones, y un hombre semejante a un soldado vencido, con una pantufla en un pie y una bota en el otro, se arrastró por la sala cojeando, amparado en el remo de gondolero del bastón, camino de la escalera.

—El próximo —llamó la callista en medio de un estrépito de hierros.

El viejo, que siguió con la mirada al lisiado hasta que la puerta se cerró tras él como la tapa de un cajón definitivo, se encogió de pavor en la silla de napa, agarrado con toda su energía a las barras de madera, y fue necesario que Super-Rato y yo lo transportásemos en brazos, aún instalado en el ciento y cacareando No quiero, lo pasásemos a la fuerza a una especie de silla articulada, avisásemos a la callista, que limpiaba los utensilios con alcohol, Aquí lo tiene, señora, no acabe con sus huesos de una vez, y antes de irnos, alentando al viejo que suspiraba Un momento más y soy hombre muerto, con palmaditas comprensivas en las mejillas, Super-Rato estiró los puños de su camisa, hinchó el pecho, enderezó las hombreras y lanzó a la callista, que lo miraba sin comprender, una carantoña definitiva en que se adivinaban sábanas humedecidas por sucesivos éxtasis y cuerpos descuartizados en el reflujo de la almohada.

—He trabajado en esta casa, sí —admitió ella mirando una fotografía con un número y un matasellos de la Policía Judicial en el reverso—. Comencé sirviendo como criada, y no me avergüenzo.

Regresamos a la salita de espera y a los barcos anclados en los marcos, donde la esposa del viejo, con el índice erguido, reprendía con voz de bebé al perrito que orinaba sin respeto en los flecos de la alfombra. Anochecía en los balcones y en los tiestos de agua muerta, grisuras trapezoidales se espesaban en las esquinas de las casas, Super-Rato lamía el filtro de otro cigarrillo haciéndolo girar en la lengua, la esposa sacó el pañuelo de la cartera, enjugó el vientre del perro y lo apretó contra su escote, y yo pensé, recordando mi boda, Ni un perro compramos, joder, un animal que la acompañase con correa a la droguería y a la plaza o para que diéramos un paseo, después de cenar, digiriendo el sargo en los árboles de la plaza, un perro, caramba, cualquier cosa de órbitas peludas y estúpidas durmiendo en la despensa en un cajoncito con serrín y que gruñese, desconfiado, ante los



cambios de humor del frigorífico, que diese al apartamento una apariencia de hogar y a nuestros tantos años de veladas, alejados por kilómetros de aislamiento e indiferencia, una semblanza de pareja. Te compraba un perro, Manuela, y tú a cambio te interesabas por mí, me respondías, sin palabras, con grandes pupilas mojadas, sumisas, agradecidas, humanas, escalabas mis piernas para ensuciarme la corbata y lográbamos, de esa forma, devanar el tiempo sin que tropezases con el primer objetor de conciencia tumbado en la alfombra y partieses con él, junto con tu ropa y mis candelabros de plata, hacia una India imposible en cuyos ríos de barro se bañan seres de turbante que flotan a la deriva bajo un cielo de bronce labrado.

—Espere que hay por aquí más retratos —dijo el jefe separando papeles, alineando películas, señalando rostros y más rostros con una regla transparente—. Este rubio es el niño de la casa, ahora ya ha crecido un poco pero qué quiere, la vida pasa, este flaco con una cruz por debajo el hijo del guardés en medio de su familia, también debe de recordarlo, vaya, uno no se olvida tan deprisa de los amigos, ésta mal encarada la cocinera, estas de al lado las criadas de la quinta, este atildado de polainas el patrón que se fue hace tres años de cáncer, pobre, siete meses a suero en el hospital, una muerte fea, ¿no le parece?, la de plumas su mujer, que tuvo la lucidez de diñarla antes para no soportarle los cólicos, los vómitos, los tubos en la boca y el pebete de las tripas, y ahora las cartas sobre la mesa, muchacha, que yo no sé jugar de otra manera: tengo aquí la grabadora conectada y voy a darle al botón de este trasto para oírla hablar de aquella época.

Super-Rato encendía el sexto cigarrillo, con un mechero de gasolina que humeaba como un remolcador, cuando el viejo se puso a gritar atormentando al mar domesticado de las paredes, seguido por los aullidos del perrito pequinés estrangulado en los collares de la mujer, y de la esposa que se debatía, sofocada por el animal, con sus perlas de quiromántica, sus cadenas de novia del Miño, sus medallitas benditas y sus esmeraldas de faquir, levantando el mentón como los ahorcados y cayendo despacio de lado, desorbitada, con la cera de una lágrima final que corría oreja abajo con un trazo oscuro de rímel. El sol no iluminaba ya las esterlicias de los tiestos, idénticas a las plantas de cementerio después de decenas de crueles inviernos, y mujeres con bata se inclinaban desde los alféizares hacia

calzoncillos que se secaban en un pentagrama de alambres. Una ambulancia que cantaba en la calle llamadas urgentes de trainera se apagó al rato, lejos, con la sordina del tráfico. El viejo dejó de aullar de repente y Super-Rato, a caballo en la silla de napa de la esposa, intentaba librar su garganta del perrito y de las joyas asesinas.

—Vaya a ver si no le ha dado un patatús al marido —ordenó él mientras rompía una sarta de rubíes gitanos que rodaron por el parque como un granizo de chispas, cortaba una cadena de plata con higas, corazoncitos, siluetas de la Virgen y medialunas de nácar, sujetaba al animal por el rabo, lo tiraba a un rincón y sacudía a la esposa que se tanteaba las clavículas, preocupada por sus tesoros perdidos.

—Volvamos a la patrona, a la abuela del niño —dijo el jefe con la nariz en la grabadora para aumentar el volumen del sonido y regular los agudos—. Cuando usted fue a trabajar allí, la Señora ya era talludita, ¿no? Según mis cálculos al borde de los sesenta, sesenta y cinco, creo yo.

—Mis diamantes —le exigió la esposa a Super-Rato, aferrándosele a las solapas de la chaqueta—. ¿Dónde han ido a parar mis diamantes, estafador?

Fui deprisa hacia el gabinete de los suplicios, aplastando topacios de carnaval, que crujían bajo mis suelas, en espera de un cadáver de pelo blanco con juanetes en una palangana de jabón, y di con la callista ordenando tranquilamente las pinzas, y el viejo, con el tobillo envuelto en compresas, mirando el reloj de pulsera y protestando Hace cinco minutos que debería haber tomado la pastilla de la tensión, doña Fernanda, si se me aflojan las piernas ¿qué hago?

—Sabemos que fue amante de la patrona y que ella la echó por celos, no vale la pena negarlo —dijo el jefe, con los párpados bajos, probando la manivela de un sacapuntas—. Sólo queremos que declare eso por escrito, tenemos aquí el papel bien pasado a máquina para ahorrarle molestias, basta firmar al pie y se acabó.

La ventana de la callista, sin cortinas, no daba a la parte trasera ni a las hojas de las esterlicias que la lluvia malsana había secado, sino a la Rua Gomes Freire y al edificio de la Policía Judicial en la acera de enfrente, donde mi mujer trabajó de primer oficial en los servicios administrativos y en cuyo bar conoció al amigo del Ganges, levitando delante del caldo verde

entre meditaciones misteriosas. Si me dejases recomenzar desde el principio, pensé, si pudiese borrar las cosas imperfectas de nuestra historia y diseñarla de nuevo, te compraría un anillo de coral y el cartel de tu signo, y comería, lo juro, de lunes a vienes contigo, repartido entre la chuleta y el periódico deportivo, transido de amor, aturdido por las complicaciones de los cubiertos. Estoy casi seguro de que me alegraría si leyese el fútbol antes que yo siempre que me contases los títulos, estoy casi seguro de que no saldría de noche, por las cervecerías de la Penha de França, comiendo mariscos con los colegas, rodeado de travestís y de jarras vacías, y te ayudaría a levantar la mesa, a lavar la vajilla y a guardar los platos y los tenedores en el armario, estoy casi seguro de que metería la servilleta enrollada en el aro y aprendería ganchillo para impregnarme de la inmensa soledad de las casas, pescando redes con una agujita de anzuelo. La callista señaló al viejo con la lima. Éste chilló como un cabrito apenas le toqué el absceso, por lo menos aún puede gritar, y yo pensé, acordándome mosqueado de ti, Hasta las uñas de los pies me cortabas y ahora le recortas las pieles a ese imbécil, el viejo metió los dedos en el bolsillo de los pantalones ¿Cuánto le debo, doña Fernanda? y ella, muy rápida, quitándose la bata, Quinientos escudos por la gritería, en el momento en que la esposa amenazaba a Super-Rato Si no me entregas mis collares cojo el teléfono, me quejo a la Guardia y te denuncio, y fue entonces cuando lo vi a gatas recogiendo cascos en una tapa de revista, buscándolos debajo de la mesa y de las sillas, deslizando el pulgar exploratorio en el parqué, y fue entonces cuando lo vi ganar rodilleras en la tela suntuosa de los pantalones, arrebuja el chaleco, desordenar el peinado trabajoso, y por encima de su espalda doblada estaban los balcones, los tiestos de cemento y los pliegues de la noche que caían sobre las esterilicias a guisa de vestido abandonado.

—Si usted se niega a escribir el nombre ahí será un fastidio tremendo — se entristeció el jefe dolorido y, extendiendo la mano hacia el papel, lo dobló y lo guardó en el cajón—, porque me obliga a incautarle el material y a cerrar el establecimiento, ¿y después dónde consigue empleo? Toda la gente pretende vivir en paz con nosotros, nadie desea complicaciones con la policía, cancelaciones de permisos de trabajo, antecedentes penales manchados, préstamos que los bancos rechazan, trabas y más trabas, y

como si eso fuera poco entrar en casa y dar con ella vacía, que no faltan ladrones sueltos por Lisboa. Es verdad, hablando de casa, nos consta que hipotecó su piso y tiene problemas para cubrir los intereses, ¿lo confirma?

—¿Quiere los libros de contabilidad? —me preguntó la callista abriendo un armarito cerrado con llave con tinas de estaño, un enema antiguo, zapatos de goma desemparejados, cacerolas y un cazo oxidado por dentro—. Sólo le pido que no se demore mucho, tengo que tomar el barco de las nueve a Almada.

—Entre personas inteligentes el buen sentido acaba triunfando, es inevitable —sentenció el jefe recogiendo los papeles que la callista firmaba por duplicado con una lentitud penosa—. Y ahora este otro documento, señora, donde testifica por su honor que asistió, casi diariamente, a actos contra natura practicados por el hijo del guardés y el niño: pro forma, claro, dado que al fin de cuentas no vamos a utilizar ninguno de ellos. El nombre completo después de esta marca a lápiz, muchas gracias, y puede quedarse tranquila que a partir del mes que viene le reducen los intereses de la hipoteca: nos encanta ser útiles a quien es simpático con nosotros, claro. Hay un agente con un coche esperando, no permitiremos que gaste un dineral en taxis, mucho gusto en conocerla, Super-Rato la acompaña hasta la puerta.

Esperó a que ellos saliesen para juntar los papeles, graparlos, decirle al Mulato Haz que esto siga su curso más arriba, y cuando se instaló de nuevo ante el escritorio (debían de ser las dos o tres de la mañana) le crecían bolsas violáceas debajo de los párpados y el rostro hueco contemplaba la pared de enfrente con la rígida y distraída indiferencia de los muertos. Pidió por teléfono que alguien de la guardia le trajese café, se limpió las mejillas con el pañuelo y apoyó los codos en la tabla metálica, sin brillo y raspada por el uso como la noche de julio de afuera:

—No nos van a agradecer la tarea, la declarante no era muy dura de roer y cedió enseguida —musitó él entre los dientes en piña, como los de los conejos, bajo el bigote grisáceo—. Lo único que no entiendo es por qué han tardado tanto tiempo en llegar.

Pero casi no lo oí, Manuela: imaginaba al faquir por quien me reemplazaste entrando en el cuarto con un lunar en la frente y tú y yo, con

la maleta preparada, diciéndole adiós con los candelabros de plata y viajando en autobús, abrazados, hacia las tres habitaciones de la Brandoa donde un perrito pequinés te esperaba en una caja de cartón con orificios atada con una cinta verde, ansioso por lamerte la nariz en un raptó de ternura oriental cuando la voz del Mulato, apoyado en la entrada, vociferó de repente como en el despacho de la callista, A ver cuándo se acaba el cachondeo y traen a la muchacha al puesto.

—Hará cuatro años en octubre que me adherí al Movimiento —dijo el Hombre—. Y por casualidad, mira, como casi todo lo que me ha sucedido en la vida.

Y el Juez de Instrucción se acordó del principio de la adolescencia, hace tiempo, cuando ni uno ni otro tenían un solo pelo de barba y rondaban en las vacaciones la Quinta das Pedralvas, entre la Venda Nova y Benfica, una colina boscosa con casas de madera sumidas entre la hierba y los arbustos, una finca en ruinas, con galería de columnas, en el extremo, y un viejo fumando en pipa en la mecedora del pórtico y presidiendo su cuesta de piedras, pasto y chozas de prostitutas de camioneros, prostitutas desalentadas, justo encima de la carretera militar, secando ropa en las zarzas o bajando al talud del arcén a fin de aguardar, quietas como hitos kilométricos, que parase un motor, sudando, diez o quince pasos adelante, y un conductor se extendiese en el asiento para abrirlas la puerta y sonreír, ¿Hacerlo conmigo y mi colega cuánto es?

El viejo, rodeado de gatos persas sin rabo, había dejado de preocuparse por la quinta desde la muerte de la mujer, señora piadosa y enferma, mucho del padre, que acortaba las tardes en el piano de la sala en que nacían ahora, de las tripas de los sonidos, pasas de amapolas, y cenaba muy de vez en cuando en casa de los abuelos del Hombre, con el alzacuello de baquelita cerrado por un botón de oro, pantalones de levita y zapatos de charol puntiagudos como lapiceros, seguido por un perdiguero legañoso que se abotagaba en el portón, observando con pupilas de una amargura de cáncer los edificios fronteros. Esos días pensó el Hombre, el viejo colocaba la pipa al lado de los cuchillos y de los tenedores como un cubierto adicional, y escandalizó en una ocasión a mi familia entera al responder a una de las primas que le preguntó, entre el melón y el bacalao, qué criaba él en una propiedad tan grande, extendida casi hasta el Paiá y las fincas clandestinas

que se elevaban en medio de una polvareda gruesa, sin agua, desagües o luz, después de la vía del tren:

—Cardos y putas, niña, que rinden más que las berzas. Y entonces, al comienzo de la adolescencia, antes de que la Quinta das Pedralvas se transformase en barrio y la vivienda de las columnas, ya casi enteramente comida por las trepadoras, desapareciese en un remolino concéntrico de plazoletas y de calles en el tiempo de las procesiones de la Virgen del Amparo y de los rebaños que atravesaban Benfica remeciendo balidos el Hombre y el Juez de Instrucción se escapaban hacia la colina boscosa que rodeaba las barracas de las mujeres, se arrodillaban en tierra como los grillos del verano y conversaban con las prostitutas que daban de comer a sus hijos sentadas en piedras o en banquitos de cuerda trenzada, con una o dos gallinas escarbando alrededor, antes de pintarse los labios y los párpados, de pasarse un cepillo rápido por el pelo y de encantar a los camioneros con sus nalgas inmensas. Los martes el viejo, con la calva sudada, cobraba los alquileres acompañado por el perdiguero canceroso, decenas de insectos zumbaban sobre desperdicios y muladares, las mujeres traían un sillón de terciopelo donde el criador de cardos se instalaba como un rey africano en medio de su ejército de criaturas miserables y daba cuerda a un gramófono con bocina para hablarles de Mozart y de Bach cuyas sinfonías aventaban, a cada salto de la aguja, gemidos desamparados de cuna. El Hombre, terminado un cigarrillo del otro lado del escritorio del Juez de Instrucción, se deformó con una mueca infantil que le tiraba hacia atrás los cartílagos de las orejas:

—Cuatro años por ahí a tiros sin saber por qué —dijo él palpándose una costilla entre los botones de la camisa—. Y en fin de cuentas entré en el baile distraídamente, de la misma manera que me acosté contigo en la cama de la Zarolha.

Lo que de hecho había ocurrido poco antes de comenzar las clases, en octubre, debían de tener ambos trece o catorce años, en el otoño de la muerte del padrino del Hombre encontrado por las criadas, medio desnudo, encima de la costurera que aullaba de pavor en el sofá de una de las habitaciones del fondo, sin atreverse a bajarse la falda, a mover un dedo, a huir. El Juez se acordaba del calor desalmado de ese verano que había

enloquecido a las plantas de los arriates a pesar de la manguera del padre, se acordaba del cielo blanco, liso y plano como una chapa de fogón, de las hojas de los árboles que se trastornaban y caían, del patrón disolviéndose, con la brillantina que se le escurría de las cejas, en los trajes de chevió oscuro. Se acordaba del viejo aguantando cuarenta grados con un jarro de limonada en su mano, mordido por moscardones y por abejas en la veranda de la finca de las Pedralvas, y se acordaba de ellos dos, de nosotros dos, de ellos dos rondando, en el enrarecido, irrespirable, compacto silencio de septiembre, las cabañas de las mujeres, no las de la parte baja y de menos bosque de la quinta, desde donde se veía la carretera y los edificios de la Damaia nacidos de las crestas de la tierra como dientes de leche, sino aquellas que casi rozaban las esquinas de la vivienda de columnas que finalmente, de cerca, eran de yeso desconchado por la impiedad de la lluvia, las casas de las prostitutas sin hijos, las más viejas, más solitarias y más gordas, con mechones sueltos y gruesos troncos de barril, que ya no bajaban al arcén y cocinaban una tras otra sus gallinas, sin desplumarlas, en una fogata sobre una losa de cementerio antiguo en la que se distinguía apenas una cruz y un nombre, la mulata de Santo Tomé que se envolvía en alambre de púas para escapar a los tiburones de su infancia, y la mujer con el párpado izquierdo metido en la órbita y cosido con nudos groseros de hilo de saco, moviéndose como un gorila, con las muñecas a ras de suelo, para cultivar un metro de maíz y treinta centímetros de apio, musculosa, pardusca, enorme, con tobillos tan espesos como los muslos, y que vivía en una ruina sin ventanas ni postigos, sólo el agujero de la puerta abierto hacia una penumbra confusa presidida por una santa de cartón recortada con tijera y una cama de boliches enarenados ahogada en la hierba, en los lagartos, en los sapos y en las espiras de zarcillo de una trepadora salvaje,

y nosotros dos, es decir, y ellos dos, según se redactó en los autos y aquí queda escrito, observándola, fascinados, primero desde el cañaveral lodoso a veinte pasos de la barraca, después desde el rastrojo a doce o quince y luego detrás de un gallinero de mimbre con una pareja de codornices enfermas amontonadas sobre sus propias plumas como canónigos que cabecean durante las homilías,



ellos dos mirando y remirando el círculo de la era, hoy desierto, donde la cabaña se derruía, hasta que la Zarolha, llegada sin ruido a sus espaldas, los agarró de la nuca con uñas feroces, les aplastó el mentón en un talud, marchó a rastras con nosotros, sin una palabra, hacia el hueco de la puerta, la cama de los boliches se aproximó, la santa bendecía las sombras, el Juez de Instrucción tropezó con bultos blandos, tropezó con un caballo de pasta, tropezó con un bidé, olía a moho, olía a heces de cigüeña, olía a loción de afeitar del señorío de las putas, la mujer los echó como sacos sobre la barriga de paja del colchón, ordenó Desnúdense, se liberó a tirones de un camisón sin color y sin mangas, empujó la falda con las rodillas,

y nosotros, extendidos lado a lado en una manta de rayas, escondiendo las vergüenzas con los brazos, la vimos encender la lamparilla de la buena suerte bajo una imagen cualquiera, dar un salto, badajeando las montañas de los senos, al jergón de hambre, caer en medio de nosotros riéndose con el párpado cosido de momia, sujetándonos por el cuello, doblándonos contra el vientre hinchado, enterrándonos en sucesivos pliegues de carne mientras nos lastimaba la espalda con los dedos, el calor aumentaba, la bendición de la santa crecía y ocupaba por entero la única habitación de la cabaña, el Hombre se sintió absorbido por una raja de gruta que se dilataba y encogía, el hijo del guardés luchaba con un pezón, en movimientos espasmódicos de bebé, bajo las manchas encendidas de las paredes, y el viejo se inclinó hacia ellos con la pipa en los dientes y el vaso de limonada en la mano, farfullando sonriente Cardos y furcias, mi niña, cardos y furcias, que es lo que a tu primo le gusta.

—Con el Movimiento fue más o menos así—dijo el Hombre al Juez de Instrucción y al mecanógrafo, royendo el respigón de una uña—. Conocí al Artista por un azar y cuando me quise acordar tenía un fusil del Ejército en mis manos.

El genio trabajaba con él, hacía años, en la misma compañía de seguros, aunque en tanto tiempo nunca les ocurriese, palabra, cruzarse en el ascensor, en la tesorería, en las escaleras, o en el café del Campo Pequeño, repleto de banderillas coloridas y de carteles de corridas de toros, donde la mayoría de los empleados almorzaba de pie, en la barra, con cerveza y bocadillos, y lo encontró por primera vez al bajar a la planta del ramo

automóviles para enmendar un error en la póliza del coche y un sujeto de traje completo se levantó de su rincón para atenderlo, serio, minucioso, amable, preocupado, con bigote, paseando en los ficheros el meñique sin prisa, Ha dicho Antunes, ¿no? Amadeu, Amadeu, Amáncio, Ambrosio, Antunes, Antunes, Antunes, eureka, vamos ahora a rehacer la ficha y a ver si es que hay algún malentendido.

Volvió a sentarse a la mesa para pulsar los botones de la máquina calculadora, y el Hombre, admirado con el calendario de una muchacha en bikini que se levantaba el pelo con las palmas, comprendió que jamás podría haber reparado en él por tratarse de una criatura tan común que no existía siquiera, que no debía poseer ni el haz de una silueta si caminase en la calle, cuyas sílabas se evaporaban en cuanto terminaba las frases y cuyos gestos morían antes de comenzar, un fulano sin carne con quien acabó compartiendo un pastel aceitoso y bebiendo una cerveza de barril al terminar el trabajo, y transcurrida una semana de pasteles y cervezas, instalados, con los codos en la barra, frente a las etiquetas de las botellas de licor en los anaqueles y a las palancas de la máquina de café que goteaba espuma castaña, color de barro, en las tazas alineadas bajo cuatro picos torcidos, el fulano invisible, raspando en la rodilla una mancha de huevo seco, explicó que el próximo verano a lo sumo, después de una ida a Peñafiel a visitar a su tía, mandaría los seguros al cuerno a fin de preparar una muestra de tapices, cerámicas, dibujos, colages, estatuas de mármol y pinturas al óleo que ninguna galería de arte sensata se atrevería a rechazar (en realidad necesitaba de dos o tres en simultánea para exhibir a la crítica y al público una pequeña, casi insignificante parte de diez años de investigaciones), y pasadas unas semanas más de pasteles y cervezas, ahora acompañadas de platitos de caracoles y de asaduras en vinagre, llevó al Hombre a una segunda planta microscópica de la Calçada dos Mestres que olía pavorosamente a diluyentes, anilinas y tubos de tinta, con pilas de telas arrimadas a las paredes, bustos estrangulados con arpilleras, una niebla de polvos de tiza suspendida entre el techo y el suelo y que ocultaba vasijas, caballitos de barro al galope y jarros incompletos, frascos sucios, paños, bosquejos clavados con chinchetas en un panel de corcho, un caballete semejante al trípode de una máquina fotográfica antigua, una mesa repleta

de botecitos de acuarela y de ovillos de rafia, un telar descoyuntado y una señora vestida de negro, fumando en un banco de cocina, encajada entre el cubo de la basura y el fogón prehistórico en un cuchitril abarrotado de loza sin lavar, con una escoba en el rincón de la ventana y un atlas de manchas de humedad y hollín esparcidas como archipiélago a lo largo de la chimenea del calentador.

—Mi parienta —presentó el genio apuntando con el mentón a la señora del cigarrillo que continuaba fumando en espera de que una cafetera hirviese a la lumbre para una tisana, porque un olor de menta, de tila o de toronjil salía con el vapor de la punta de aluminio. El Hombre pensó, sorprendido, Cómo se puede tratar el día entero de seguros de automóviles cuando se vive en un antro como éste, y el Juez de Instrucción, con una vocecita celosa, Apuesto a que os hicisteis íntimos enseguida, nunca he conocido a un idiota como tú.

—Me trató bien, me ofreció una infusión, quiso una opinión sobre los guaches —se disculpó el Hombre encendiendo y apagando el mechero de plástico—. Te aseguro que eran las figuras más feas que he visto en mi vida.

Pero sólo las vio después, cuando posó la taza (las tres tazas y los tres platillos eran diferentes) en el fregadero en desorden que la mujer, abanicándose con un abanico de madrina, miraba de vez en cuando con un suspiro exhausto. El Artista se dirigió al taller de los tubos, de las anilinas y de los potes, miró en torno calculando la luz ya insegura que las fincas vecinas reflejaban, concluyó No es gran cosa pero a falta de algo mejor sirve, y para mí, dijo el Hombre, hasta era demasiada claridad ya que se puso a encajar en el caballete y a colocar en un torno de alfarero sin pedal óleos de conejitos, niños de alambre abrazados a ositos de felpa, un payaso pobre llorando, Cristos de pasamanería, cocodrilos, mártires, elefantes, mientras unía las cejas en una mueca severa, ordenaba Atención e iba comentando las obras, Esta jirafa la copié de una postal, este desnudo no vais a creerlo pero apenas me llevó cuarenta y cinco minutos, Aquí utilicé una técnica de mezclar las tintas completamente nueva y que tal vez un día divulgue en un folleto, y yo, con la boca abierta, aterrado ante delirios creativos que se sucedían con una rapidez de vértigo dado que la tarde se cerraba con tonos oscuros y la noche se difundía deprisa en la tarima y

subía hasta fermentar en las paredes ocultando las espátulas y los bosquejos a lápiz, ocultando la arpillera de los bustos, ocultando las botellas y los frascos de pinceles, ocultando de seguro mi temblor de pánico dado que el Artista me preguntó ¿Y, burgués, tú qué piensas de esto? un segundo antes de que la mujer encendiera el fluorescente de la cocina, con la intención de ocuparse de las cacerolas de varios meses, que apestaban a morgue entre las tisanas milagrosas.

—Viví dieciséis años en un cuarto alquilado de la Calçada dos Mestres —musitó el mecanógrafo, como si hablase solo, cambiando la cinta de la máquina—. Eramos dos en aquella planta, un negro que trabajaba en Hacienda y roncaba con la modorra de las sabanas en las películas y yo, y me mudé cuando la patrona falleció y el negro me propuso que comiésemos la mitad del cadáver para que la familia, pobre, ahorrara algún dinero en el entierro.

—¿Y cómo encaja el Movimiento en todo eso? —se impacientó el Juez de Instrucción, aún irritado, ahuyentando con el dorso de la mano el moscón de las saudades del otro—. Hasta ahora sólo he oído historias de antropófagos y de cuadros.

—Encaja —dijo el Hombre—, porque al empujar una carpeta de grabados atada con una cuerda fina, gritando, ultrajado, en dirección a la cocina, Apaga ese chisme, Clotilde, que no tienes ningún respeto por el arte, el genio hizo caer un rollo de papeles, acrílicos y cristales de cuadro que se estrellaron en el suelo como los suicidas de reloj de bolsillo que se arrojan de los viaductos, y vi, arrimada al rodapié, una pistola-ametralladora sobre un cajón de granadas, mientras el creador, que barría cascos a escobazos, se disculpaba, vacilando en las frases, Uno tiene que defenderse de los ladrones, ¿no?, sólo en paisajes hay aquí una fortuna. El halo de flúor de la cocina se desvaneció y él se puso a gritar en medio de las tinieblas Enciende esa condenada luz, idiota, por tu culpa ya me he cortado con una astilla. El Hombre, que patinaba entre destrozos, oyó a la mujer responder desde el fregadero No encuentro el interruptor, Arnaldo, dónde has metido los fósforos del gas, y pensó aterrado Si llego a dar una patada en la dinamita se va todo el barrio al carajo.

—Lo que no entiendo es cómo no acabaste con la ciudad —se admiró el Juez de Instrucción atormentando el oído con el capuchón de la pluma—. Eres el tío más desmañado que conozco.

—Si supiese lo que sé hoy me tragaba una falange o dos y listo —se lamentó el mecanógrafo recordando a la patrona en su cama de encajes, con un crucifijo de cobre que se le oxidaba en el pecho—. Mire, me salvaba de vivir ahora encima de los bomberos de Graça, despertándome de noche con el barullo de los coches de los incendios.

La mujer debe de haber descubierto los fósforos porque la luz volvió, pestañeando, segundos después de que el Hombre, que comenzaba a distinguir las cortinitas de las ventanas y un perfil de tejados, rompiese la escuadra de ripias de un aguafuerte, y de inmediato el aplique del vestíbulo entornó en el taller un aura enrojecida, en cuyo interior el Artista se debatía con movimientos curvos de pez, evitando los corales de sus estatuas terribles.

—¿No tropezaste con las granadas, Arnaldo? —dijo la mujer acercándose con un pasito medroso, con una vela de estearina en la mano, y fue con esa frase, dijo el Hombre al Juez, como lo sentí igual a mí, entiendes, torpe, desastrado, simplote, imprevisor, fue con la pregunta de ella como nuestra amistad comenzó.

—La Calçada dos Mestres —repitió el mecanógrafo, nostálgico, pupilas en el techo, olvidado de su piano de acentos y de letras—. Bajaba siempre a pie, saludando a los vecinos, hasta la Praça de Espanha, y nunca me sacó de quicio ningún camión de bomberos.

—Para mi gusto es la parte más fea de Lisboa —dijo el Juez de Instrucción, enfurruñado—. Además la Policía Judicial te cazó por ahí, debías de volver tú de las excreciones de tu querido: el amor a la pintura te llamó al orden, angelito.

Pero no, pensó el Hombre, se equivocó, está harto de saber las instrucciones del Movimiento y no se acuerda de ellas: nada de visitarnos, nada de salir juntos, nada de telefonazos, nada de cartas, nada de conversaciones a no ser cuando el Sacerdote nos mandaba reunir, por el mensajero, en una plaza del Barreiro, en un cine de Carnaxide o en un café de la Amadora, para comunicar Es viernes, os quiero a las siete de la

mañana en aquel hotel de Colares, un chalé abandonado, con una mesa de billar en la planta baja, sillas de mimbre, postigos de cristales coloridos, fragmentos de muebles aquí y allá, mierda de rata y el viento que toca el clarinete en los huecos de las paredes. Los pasos retumbaban en la parte alta, los gorriones que dormían en los espejos de las consolas se asustaban, los caracateyes del sótano agitaban las plumas, y ellos confabulando en un cuarto desierto, rayando con flechas el diagrama de un banco. Cuando un policía de paisano de la Judicial le apretó el pulmón con la pistola, Quietecito, y distinguió tres o cuatro bultos más que se dirigían hacia él y un automóvil en espera, con las ruedas en el paseo, hacía meses que no veía al Artista ni siquiera en los intervalos de la comida de la compañía de seguros porque ambos evitaban la cafetería de los pasteles, no surgían errores en las pólizas del coche y el otro había empezado a usar las escaleras en lugar del ascensor. Al principio sí, iba bastante a Campolide para medir los progresos de los colages y los platos que rozaban el techo en el fregadero insensato, soportar discursos interminables sobre exposiciones y galerías, beber las tisanas de la mujer de negro que aguantaba telas, tacos y granadas, y se despegaba del banco para sumergir saquitos de plantas digestivas en teteras de agua hirviendo.

—¿Clotilde, dices tú? —preguntó el Juez de Instrucción repasando las prosas repolludas de la Judicial—. ¿Estás seguro de que era Clotilde, estás seguro de que no te equivocaste en el nombre? No hay nadie con ese mote aquí, voy a meter a dos jefes de brigada a que me investiguen la historia. A propósito, ¿cómo era ella físicamente?

—Gorducha, pequeña, ni guapa ni fea, siempre de luto, sin edad — describió el Hombre viéndola disponer en la tabla de planchar las tres tazas desparejadas, robadas con habilidad a la confusión de las ollas y echándoles dentro un vapor de botica.

—¿Altura, peso, apellido, domicilio? —dijo el Juez de Instrucción alisando la página de un bloc de liceo—. Cómo es que la tipa se nos escapó, caramba, mañana el director de este cuchitril me las pagará.

—Fíjate en que también escapó del Artista —lo tranquilizó el Hombre sonándose—. Un buen día, después del trabajo, llegué con él a la Calçada dos Mestres, subimos las escaleras mientras el revolucionario vociferaba

contra el Gobierno que se negaba a proteger la cultura y contra la perfidia de las galerías que sólo exponían aberraciones de subnormales profundos y le despreciaban sus trabajos por ignorancia y mala uva, gritando en los rellanos Es una conjura Antunes, te aseguro que es una conjura, hasta Clotilde no se da cuenta de nada, mira que ayer le mostré una vaca recién dibujada y esa estúpida, desde el pasillo, Pero qué bonita yegua, Arnaldo, ¿prefieres cenar croquetas o salchichas con huevos?, fíjate en qué estupidez, carajo, se calló eligiendo la llave en un manojo, rezongó en voz baja Burgueses de mierda, giró la llave y se quedó quieto en el vestíbulo, sin volverse, sin desmayar, sin estremecer un músculo, tan quieto como nunca lo supuse, excepto las manos que se abrían y cerraban con los espasmos de los muñecos mecánicos. Pensé Se siente mal, se le fue la sangre de la mollera, tiene el corazón débil, y en eso el Artista hipó Antunes con un estertor moribundo y yo miré por encima de su hombro y vi lo que nunca había visto en aquel apartamento hasta entonces, es decir, la casa inmaculadamente limpia, sin un vestigio de polvo siquiera en el rodapié, todas las luces encendidas, el fregadero, vacío, despidiendo chispas lustrosas, y ningún mueble, ningún pincel, ningún caballete, ninguna espátula, ningún busto, ningún telar, ningún marco, nada, nada de nada, lo que se llama nada a no ser las bombillas sin pantalla pendientes de la trenza de sus cables, y la ausencia de la señora de negro que había partido en busca de otro genio colérico y de otros saquitos de hierbas, a un barrio diferente de la ciudad.

—¿Sin ningún aviso, ningún mensaje, ningún recado, tío? —se admiró el Juez de Instrucción, emborronando cada vez más deprisa su bloc escolar—. Tal vez sea el submarino de una organización rival, vosotros no tenéis el monopolio de las bombas. Y él, tu amigo, ¿qué fue lo que hizo?

—No se mantenía en pie, pobre, así que fui abajo, a la lechería, a buscar un poco de orujo para levantarle los ánimos con miedo de que reventase allí mismo —dijo el Hombre—, y al volver arriba, con el alcohol y vasitos de plástico, lo encontré frente a la puerta, sentado en el suelo como si abrazase su propia sombra con las piernas, arrugando la boca con una sonrisa esperanzada:

—¿Mañana me ayudas a comprar un caballete nuevo? —dijo él al Hombre extendiendo lenta la mano hacia el aguardiente—. Mientras te esperaba tuve una idea para una serie de guaches que no te imaginas.



¿No sería mejor suavizar los interrogatorios, cambiarlo de celda, alimentarlo como se debe, no seguir despertándolo a cualquier hora de la noche, dejarlo en paz por unos días? sugirió el Juez aturdido, probando la resistencia de un botón que se desprendía de la camisa. Con tanto apremio el fulano está cada vez más delgado, más confuso, mezcla la infancia con el presente y su vida con la de los demás, estoy siempre temiendo que se ponga a delirar. Y si el tío enloquece, ¿me puede decir para qué nos sirve?

—¿Te acuerdas de cuando tu abuela apareció muerta —se animó el Hombre—, ahorcada en el manzano por encima de una escalera caída en el huerto, y que casi chocamos con los zapatos, colgados de una rama como frutas maduras? ¿Te acuerdas de las medias tejidas que usaba, te acuerdas que nos quedamos no sé cuánto tiempo mirándola, con la mastina de la quinta lamiéndonos las piernas, antes de llamar a tus padres? Teníamos miedo de que el dueño del mono apareciese en el velatorio y se quejase de nosotros por tirarle al mico latas de conserva vacías y envases de raticida, teníamos miedo de que la finada se instalase en la vivienda de la música, poblada de difuntos que nos lanzaban adioses demorados por detrás del barniz de los marcos. Si soñaba con ellos descuidaba la vejiga durante el sueño, me despertaba rehogando amoníaco en las sábanas mojadas y la cocinera amenazaba con sujetarme el pájaro con una pinza de la ropa para que no le germinase el relleno de los colchones.

El guardés, venido del establo de los cerdos, posó el cubo del lavado, enterró la pala en el suelo, y armó un cigarrillo, en silencio, observando las órbitas azules y la lengua morada del cadáver, ya impregnado del olor de los limoneros, anocheciendo despacito como anohecen los árboles, en medio de un murmullo de voces y de mochuelos, mientras la mujer salía de casa al trote, con las manos en la cabeza, a gritos. Alguien, de puntillas, cortó la cuerda con navaja, alguien trajo una manta para cubrir el cuerpo, y

así la llevaron, en medio de una procesión de sollozos, hacia el diván de un cuartito abuhardillado, nauseabundo de velas, donde formas oscuras, arrimadas a las paredes, se sonaban de disgusto con pañuelos bordados. El guardés se quedó un tiempo enorme con nosotros, con ganas de beber vino, ahuyentando con las botas las caricias de la mastina, y tú y yo, sentados en el saliente de una raíz, veíamos a través de las berzas un alboroto de chales y de delantales de criada junto a la puerta, el patético frenesí inútil de la tristeza, la costurera que traía una botella de madroño a tu padre, el líquido escurriéndosele por el mentón, por los relieves del cuello, por la garganta, por la pechera de la camisa, hasta desaparecer en los pelos del tórax, evaporado, dos señores de negro que iban hacia la puerta transportando el ataúd, y tu padre, indiferente a la perra que ahora le gruñía, caminó al tuntún en el pomar con el cubo del lavado en la mano, pisó las tomateras, tropezó con los alambres que separaban las nabizas, cayó en el canal de cemento del agua, y al acercarnos a él lo encontramos de bruces ante el perejil, sangrando del labio y de la frente, cantando siempre, con los dientes bien visibles, en medio de una inmensa alegría.

—Ah, qué fuertes son las amistades que uno tiene de muchacho —dijo el caballero, con el ceño fruncido, abriendo en vuelo de milano los brazos resignados—. Aún hoy, pasados tantos años cuando voy a Boliqueime entro en la pastelería y me demoro la tarde entera en conversar con el dueño sobre nuestro profesor de la escuela.

Después de la cena los abuelos del Hombre le mandaron cambiarse de ropa y peinarse, le prestaron una corbata y lo escoltaron a la barraca del guardés donde sólo las hileras de las flores irradiaban en las tinieblas la claridad fija de los estambres. En el interior del palomar se sentía el rumor de un batir de alas sin motivo, y en los gallineros se adivinaba el movimiento de anémonas de los animales que se zafan de la angustia del insomnio. Se oía el menstro de las gatas en los arbustos y el musgo del plátano en el cielo que no había. Rodearon el invernadero y sus plantas monstruosas sudando despacio, se agacharon bajo un arco de muro, la nariz mojada de la mastina apareció olisqueándolos, y allí estaba la casita, con las ventanas iluminadas, pegada a la jaula de los pastores alemanes, con un racimo de parientes consternados que fumaban a la puerta.

—¿Se ha fijado en qué tontería? —dijo el caballero, indignado, entrelazando los dedos en la nuca—. Voy una semana por año al Algarve a visitar a la familia y acabo gastándola en compartir con un individuo calvo saudades de afluentes y de sierras.

—Uno casi nunca se ocupa de tales pequeñeces —protestó el Ilustrísimo con una vocecita disgustada—, a mí me gusta hablar de esas travesuras de chavales. El problema es que si lo exprimimos mucho el infeliz se deshace, y sin testigo cómo nos manejamos, dígame.

—¿Y del velatorio? —preguntó el Hombre al Juez de Instrucción, adelantando el cuello, contento con los recuerdos—. ¿Te acuerdas del velatorio, Zé?

Los parientes que fumaban se alejaron, ceremoniosos, empujándose unos a otros en las penumbras, ciertamente vestidos de rigor, con bolitas de naftalina aún en los bolsillos, con el traje de los regocijos y las desdichas, y nosotros bajamos a una salita en la cual roncaba un frigorífico antiguo con una morsa de conchas y un cestito de gardenias de baquelita encima, además de bancos, del hornillo de petróleo en una lámina de pizarra, del desagüe barroso de la pila, de una sirena de alambre entre las cajas de papel de un vasar alto, de más parientes, enmascarados de domingo, comiendo pastelillos, bebiendo a toda hora, enjugándose las mejillas con la manga, saludándonos, hinchados de alcohol, con reverencias infinitas, de cavernas exiguas hacia la derecha y hacia la izquierda donde se sospechaban jergones, ropa por lavar, bacinillas, un pasillo muy estrecho con niños que jugaban en el suelo, un paralítico, con un rosario al cuello, amparado en las muletas, y, pasando un recodo con un retrete roto, un cuarto con una cama de metal en el centro, rebosante de camelias, dos manos atadas al ombligo por un rosario de cristal, una multitud de pabilos consumiéndose, goteando pus, sobre una cómoda coja, e incontables rostros de mujer, con pañuelo atado a la garganta, ondulando con una palidez sofocante.

—¿Por qué lo ocurrido en la infancia permanece tan vivo en nosotros? —inquirió el caballero haciendo girar la alianza en el dedo, indiferente a los argumentos del Juez de Instrucción—. Conozco de memoria las piedrecitas del patio de la escuela y en cambio se me fue de la cabeza lo que sucedió después.

—Nunca había visto a mi padre borracho como esa noche —dijo el Ilustrísimo, estirado en la silla, mirando el pasado con un gesto vago—. Él de rodillas, silbando y vomitando encima del cadáver, y yo que sólo pensaba Si llega el dueño del mono estoy perdido.

La abuela del Hombre, despintada y sin joyas, besó a la mujer del guardés que expresaba su pesar, a gritos, en un sofá, asistida por comadres que le alimentaban las náuseas con licores y galletas, saludó a cinco o seis personas más al azar y se retrajo, con el misal abierto, en un rincón del cuarto donde le ofrecieron un sillón con pedazos de periódico que cubrían los rasgones, mientras el abuelo, muy digno, con bufanda de seda en los hombros y luto en la solapa, andando por la espesura del humo y de los olores de las camelias, avanzó hacia el guardés que se apoyaba como en un alféizar en los muslos de la difunta, y ahogaba el llanto de los asistentes desgañitándose, con una cantilena interminable, contentísimo, con una botella bajo el brazo.

—Lo que más me impresionó en aquella confusión fue el rumor de la trepadora de fuera —dijo el Hombre al Juez de Instrucción, mirando a su alrededor en busca de velas, de flores y de semblantes luctuosos en el despacho de la policía, temiendo que la mastina le lamiese los dedos con su satisfacción efusiva. El rumor de las hojas de la trepadora que se alzaba desde la ventana en los intersticios del silencio, el rumor continuo de las plantas y de los árboles de la quinta, el rumor del barro del pozo, el fatigado rumor de los mínimos insectos bajo la tierra, vibrantes sus antenas, agitándose, llamándonos.

—Suavizar los interrogatorios, cambiarlo de celda, mejorarle la comida, ni hablar —dijo el caballero con el mismo tono leve con que se refería a los viajes al sur, a la pastelería de Boliqueime y al colega con quien compartiera, años atrás, las dificultades de la gramática—. Tenemos poquísimo tiempo por delante, señor doctor, si por mí fuera trabajaba con el pájaro veinticuatro horas por día, arreglaba todo con él en un instante y lo soltaba de prisa, antes de que sus compinches lo echaran en falta. Cada minuto cuenta, entiende, se trata de una cuestión de rapidez, los mismos servicios sospechan que tienen su casa vigilada, no hay semana en que los

superiores no me fastidien con impacencias y telefonazos, A ver cuándo es que sale el tipo, hombre, a ver cuándo resuelves esa gaita.

—La trepadora —hizo eco el Juez de Instrucción como una concha marina habituada a la pulsación de las olas—. A veces me ocurría despertar, alarmado, perseguido por racimos de pétalos lilas que atravesaban sibilando la masa de los cristales, y yacía con los ojos cerrados, hasta la madrugada, intentando descifrar lo que decían. Y en Miratejo me levanto de la cama y me siento en el despacho, sin encender ninguna lámpara, mirando los estores con la esperanza de que los racimos aparezcan con la aurora y se mezan entre los alambres de la ropa, desperezando sus adioses de pulpo.

—Ellos me fastidian a mí y yo lo fastidio a usted, es simple —explicó el caballero probándose la alianza en el medio— Y vea de evitar que su amigo pierda la cabeza porque la responsabilidad es suya.

—¿Está servido, patrón? —dijo el guardés al abuelo del Hombre extendiéndole la botella.

La hermana menor del Ilustrísimo intentó quitar el vino de manos de su padre, que la amenazó de inmediato con el puño cerrado, babeándose, una muchacha ocupada en encender los cirios apagados dijo Disculpe, señor profesor, es la tristeza, Y qué quieres tú que haga ahora que vivo solo en una casa vacía, preguntó el Hombre al Juez de Instrucción, imaginando toses y pasos que no existen en las habitaciones desiertas, inventando primos y criadas, agasajándome con las sonrisas de los álbumes, viendo los péndulos de los relojes de pared decirme no, a no ser encerrarme en mi cuarto con el teléfono que no suena nunca y una barrica de ginebra, y beber a sorbos acompasados hasta no distinguir el polvo sobre los muebles, las pilas de revistas en el suelo, el montón de chaquetas detrás de la puerta, hasta no distinguir sino el silbido del guardés que escandaliza a los abuelos, escandaliza al velatorio, y una botella en el aire que ofrece el madroño a la desesperación de los vivos.

—Cambiarlo de celda y dejarlo dormir ya serviría de algo —propuso el Magistrado, con la palma en la oreja, atento al susurro de la trepadora—. Si el tío se vuelve loco, la culpa no es nuestra, probablemente nunca estuvo bien de la cabeza.

—Si le funcionase bien, no se metería en follones —asintió el caballero con voz gruesa—, pero lo hecho hecho está, así que todo lo que podamos decir es puro blablá para ocupar a los tontos. Deme lo que precisamos, señor doctor, deme resultados prácticos y si no quiere Suiza ni Brasil no hay problema, lo nombramos juez de cámara en un santiamén.

—¿Te has puesto a pensar —dijo el Hombre—, en la duración de los domingos en aquel caserón enorme, en el futuro enrarecido, inmovilizado en las consolas y en los bargueños chinos como un carguero en arrecifes de playa, en el lunes más lejano que el primer asombro de chaval? Jugaba al chaquete contra mí mismo y perdía, intentaba un solitario y me aburría enseguida, los libros me agobiaban, compraba el periódico y no lo leía, paseaba por el jardín después de la lluvia, entre los narcisos, insultando al invierno, abrí la jaula de los periquitos y ninguno de ellos escapó, me encerraba en el cuarto de baño a las seis a tomar las píldoras para dormir, sentado en el bidé, frente al espejo, observando mis colmillos de Drácula, y con dos dedos de ginebra encima de las pastillas me iba desenfocando a mí mismo. Fue una suerte que la Organización colocase a la dueña del hogar de ancianos en mi grupo.

—Apuesto a que nunca ha probado un madroño como éste, patrón —afirmó el padre del Ilustrísimo deshojando los crisantemos de la muerta—. No se preocupe que tengo nueve frascas más escondidas en el corral de las gallinas.

Intentó levantarse, cayó de rodillas y se perdió en un discurso rezongón, sin nexos, furioso con los llantos y los cirios, de la misma manera que yo me ofendía, dijo el Hombre al Juez de Instrucción, con mi soledad en medio de anaqueles amortajados en salas sin luz porque las lámparas se apagaban una a una, las porcelanas se agrietaban en las vitrinas, las cisternas sin reparar no me arrastraban el alma al Tajo, las bombonas de gas se acumulaban en la despensa, el calentador explotaba, un tubo roto difundía manchas de vitiligo en la marquesina, y yo miraba desde la ventana la Estrada de Benfica, los candiles del zaguán de las viviendas de enfrente y los mártires de mosaico de las fachadas. La mujer de la Casa de Reposo tenía diecisiete años más que yo, usaba pendientes, se teñía el pelo de violeta, había sido ayudante de masajista en Amora, se había entusiasmado por venganza con el

internacionalismo proletario después de ser engañada, durante varios meses, por el canto de sirena de un arquitecto mulato, y me obligaba a cambiarme de camisa de vez en cuando, a comer pescado, a enderezarme la corbata, a prometerle que dejaría la ginebra, la única persona, en tanto tiempo, que se acercó a mí con cariño.

—¿Quién es la muchacha, cómo encontraste a un ángel así? —se apresuró el Juez de Instrucción haciéndole señas al mecanógrafo—. Una ayudante de masajista, Antunes, lo único que te faltaba.

—Además de eso no vale la pena plantearse el problema del cambio de celda —carraspeó el caballero consultando la agenda—. El sábado, a más tardar, quiero al pájaro fuera, no se olvide de que el tiempo juega en contra nuestra.

—Vive en la propia clínica —dijo el Hombre-Junto al estadio del Sporting. Los días de fútbol los paseos se llenan de automóviles, de vendedores de baratijas y de banderines de clubes, de tiendas de pepitos, altramuces y cerveza tibia, de taquillas improvisadas, de hinchas con bufandas de color y el transistor pegado al oído como una venda, y durante los partidos, aun en el cuarto de ella que era de cortinas pesadas, escuchábamos los aplausos, los silbidos, las desilusiones colectivas, las incitaciones, el clamor profundo de los goles.

Un pariente cualquiera agarró por la cintura al guardés, que agitaba en protesta los brazos, y lo arrastró hacia la quinta donde sólo se distinguían las órbitas preocupadas del mico, además de las lechugas, en la espesura de la noche. Las órbitas del mico y las ventanas de la colina de la Brandoa, inalcanzables como estrellas que un cielo denso de nubes ocultaba y descubría.

—Un madroño como ése —balaba el guardés, haciendo equilibrio, tirado, rumbo a un escalón de piedra, por varias manos compasivas—. Un madroño como ése no se siente en la lengua.

—El sábado —ordenó el caballero guardando su agenda en los pantalones—, se suelta al terrorista y comenzamos el baile. El señor doctor va a funcionar como contacto de él y nuestro, los planes y las informaciones pasan por usted.

—Háblame de cosas concretas —exigió el Ilustrísimo—, una clínica en Alvalade es un dato muy vago. Así de repente, sin esfuerzo, me acuerdo enseguida de media docena por lo menos.

—Es una planta baja por detrás del estadio —detalló el Hombre—, sé ir allí pero no sé el número de bloque, hay que girar después de la Churrasqueira y se ve un letrero pequeño a unos cincuenta metros, al lado de un taller de neumáticos. La madrina de ella, después de enviudar, tuvo la idea de la Casa de Reposo, cuartos con tres y cuatro camas y una decena de viejos flaquísimos que se orinaban en la colcha, criadas que les ponían la chata entre las piernas y un vapor de fritos en la cocina, que oxidaba los cobres del fogón.

—La ahijada —dijo el Juez de Instrucción al caballero—, heredó el negocio de los moribundos y les aumentó la agonía, puede leer los datos de la propietaria sobre los enfermos, desmenuzados en este cuaderno. Cincuenta y seis años, imagínese, y se viste como una adolescente de dieciocho, faldas cortas, escotes, la tira de collares y de pulseras, el pelo suelto por la espalda, y el oso no ve otra cosa fuera de ella.

Depositaron al guardés donde se inicia el parral y el padre del Magistrado se libró de la botella y fue andando, con el cinturón flojo y la chaqueta torcida, por el túnel de las parras, hacia el establo de los cerdos y las ventanas de la Brandoa, con la perra que bailaba a su alrededor, divertida. Tal vez consiguiese distinguir los árboles del pomar, tal vez lograse ver los pedazos de cuerda de la ahorcada atados con un nudo al manzano grande, que reverdecía, rama a rama, con frutos minúsculos. Los cerdos roncaban junto al muro, con el hocico atento, percibiendo las tinieblas de la quinta con sus pestañas albinas. Eran diez u once, un macho, una hembra joven, otra con el vientre dilatado, a punto de parir, con las tetas gordas y duras, y el Hombre y el Juez de Instrucción no se atrevían a mover los goznes de la cancela, temerosos de los suspiros casi humanos, del volumen de los cuerpos y de las encías afiladas, de los morros que lamían el suelo de cemento en busca de cáscaras perdidas.

—A propósito —dijo de súbito el Hombre, atizada su curiosidad infantil—. Después de que mis abuelos me echaron, ¿apareció el dueño del mono en el velatorio?



El guardés cogió una escoba de alambre del quartucho de las herramientas, fatigándose en medio de un ruido de metales al derribar rastrillos y tijeras, y se arrimó a la pocilga, con las pupilas bizcas, abrazado a las rejas de una divisoria porque se le aflojaban las piernas, el corazón latía desacompasado, los pulmones se despojaban de aire, y el cuerpo se escurría a lo largo de los huesos, como el de las serpientes, en un desnudamiento lento de la piel. Las ventanas de los edificios de la Brandoa, sitiados por tiendas de gitanos y construcciones de pobres, surgían en la mancha de las nubes a punto de romperse en llagas de agua que alcanzaban la Pontinha con relámpagos de fotógrafo. Las plantas de la huerta, trémulas, se humedecían con una esperanza de lluvia, los olmos se inclinaban bajo una brisa ocre, la tierra olía a pelo mojado y a azufre.

—Fuera, cabrones, fuera —vociferó el guardés descorriendo el cerrojo, dando puntapiés a la cancela, echando a los animales, que se dispersaron por el parral, con la escoba de alambre—. Quiero que todos estén allí abajo, cantando y bebiendo madroño, en el funeral de mi madre.

—Para serle franco, señor, ya no sé quién pregunta ni quién responde, es una confusión total —dijo el mecanógrafo, aturdido, entregando al caballero un mazo de fotocopias pasadas a máquina—. Uno a otro se cuentan sus vidas, hablan al mismo tiempo, se irritan, se enfadan, se reconcilian, el Juez levanta el teléfono y manda traer bocadillos y cafés, pasan la noche comiendo y acordándose de los castaños de la Beira, en una ocasión el Hombre se enfureció de tal modo que dio un puñetazo en la mesa y se puso a gritar, está escrito, Siempre serás una mierda, un provinciano, un paleta, nunca saldrás de pobre, pedazo de animal.

—Exactamente como los enamorados, como los novios que riñen —dijo el caballero, sonriendo, sellando las páginas escritas—. Ni siquiera tienen pudor, ni siquiera tienen la discreción de no besarse delante de extraños. Van a su aire por el mundo, ¿comprende?

—Y tal vez te gusta vivir en Miratejo —añadió el Hombre con una risita perversa—, te gustan los atascos durante horas en el puente respirando la gasolina de los escapes, te gustan esas fincas horribles abarrotadas de hindúes y de negros siniestros, los ascensores averiados, la basura por todas partes, los surtidores sobre el césped muerto, el viento que empuja las fábricas del Barreiro hacia el interior de las casas.

No es tan así —contradijo el mecanógrafo sumido en su vocecita humilde—. Cuando comienzan esas guerras, elevando el tono e insultándose, cada cual quejándose de las pequeñas traiciones del otro, el Juez siempre me advierte Tranquilo, Martins, que éstos son asuntos personales, no son cosas que deban figurar en el sumario, el declarante y yo tenemos cuentas antiguas que saldar.

—Apuesto que te casastes en los Jerónimos en domingo, con levita y pajarita —bromeó el Hombre con regodeo maligno—, apuesto a que te regalaron unos muebles de dormitorio imitando bambú y una perra gorda,

con collar encarnado, a la que hay que pasear de noche para que orine en los neumáticos de los automóviles de los vecinos, ladrando al cielo color malva gemidos tristísimos.

—Espere, espere, ¿qué hay de malo en casarse en los Jerónimo? —preguntó el caballero sorprendido—. Mi hermano, por ejemplo, se casó en los Jerónimos y luego sacamos un montón de fotos en la Torre de Belém, sin hablar de una de ellas, con el mar al fondo, estuvo no sé cuanto tiempo en un escaparate de la Almirante Reis, no veo dónde está el ridículo de eso.

—Te mande una invitación y ni siquiera me respondiste, me pasé casi un año odiándote —dijo el Juez de instrucción haciendo girar la cucharilla en la taza—. En cuanto a la perra desapareció hace seis meses, uno de los chicos dejó la puerta abierta y nunca más la vimos. Mi mujer llegó a poner anuncios en el periódico, era un animal dulce, muy limpio, lo más seguro es que lo hayan atropellado, yo qué sé, como vosotros atropellasteis al banquero.

—Ése fue uno del otro grupo —se justificó el Hombre—, te aseguro que no tuve nada que ver con esa historia.

—¿Ve? ¿Ve? —dijo triunfante el mecanógrafo mirando los párrafos de lejos—. Lo mezclan todo, lo confunden todo, tal vez usted comprenda este follón.

Y el caballero imaginó a la perra de collar rojo o al banquero barrigón, con cartera en la mano, atravesando sin prisa, hacia el portal de la vivienda, la calle de plátanos de Estoril, y el todo-terreno que conducía el Sacerdote que arrancaba de golpe en la esquina, y crecía, con los faros encendidos, en el asfalto que el reflejo de las hojas asemejaba a una lámina de agua, imaginó el ruido de los frenos y la ebullición del motor, imaginó al banquero aún encogido, con las palmas abiertas, retrocediendo un paso, imaginó las rodillas que se doblaban, la frente deformada por el susto, y de inmediato el cuerpo derribado por el morro del capó, la cartera por los aires, un torbellino de ropa, el todo-terreno que rápido giraba para tocar por segunda vez el cuerpo ya extendido, las ruedas que trituraban huesos, que trituraban telas, que trituraban un brazo desarticulado y blando, una camioneta de carga que se acercaba en sentido contrario, el Sacerdote que aceleraba por el bordillo para esquivarla, y se cruzaba con un vespino, se

estrellaba contra un pilar, huía hacia el Casino, el conductor de la camioneta se apeó y fue a inclinarse ante el banquero, una adolescente desde la ventana de su casa gritaba ¿Qué le ha pasado a mi padre, qué le ha pasado a mi padre? y la policía diez minutos después, una piña de curiosos, guardias con cinta métrica que calculaban distancias, camilleros que metían al difunto en una ambulancia con luces parpadeantes en el tejadillo, el dueño de la moto que intentaba poner de pie, sin resultado, sus hierros inútiles.

—¿Y mi perra? —preguntó el Juez de Instrucción, furioso, sacudiendo al Hombre por las solapas de la chaqueta, tirando de su camisa, golpeándolo en la boca—. ¿Cuál de vosotros vino en un todo-terreno desde Miratejo para acabar con ella?

—Los separé a la fuerza —dijo el mecanógrafo, asustado—, los empujé a codazos, acabé metiéndome entre los dos. Si los interrogatorios duran mucho más tiempo, un día de éstos se matan.

—Es un hábito antiguo —respondió el caballero acabando de sellar las fotocopias—. Llegada la ocasión se acuchillan como todas las parejas y continúan vivos y con buena salud, no se preocupe.

—Disculpa, perdí los estribos, fue sin querer, no quería hacerte daño, tío —se afligió el Juez de Instrucción inclinado ante el Hombre sentado en el suelo al lado de la silla caída, cogiendo el pañuelo para restañar la sangre de la lengua—. Hay momentos en que un hombre se descontrola, qué quieres, se le va la mano y punto.

—¿No le decía —explicó el caballero al mecanógrafo— que las peleas de los enamorados no duran un minuto?

Puede ser que sí pero con la desaparición de la perra la esposa del Ilustrísimo dejó de hablarle a su marido durante varios meses, moviéndose sin sustancia por los cuartos, con pantuflas y los párpados desmayados, amortajada en una bata descolorida, enarbolando ante las riñas de los hijos la indiferencia etérea de los espectros, y yo, pensó el Juez, que se ocupase de la cena, que pusiese la mesa, que diese de comer al más pequeño, que les quitase la ropa, que los obligase a cepillarse los dientes, que los acostase entre muñecos y libros de cuentos, que les soportase los mocos y los miedos, mientras ella se quedaba sentada, desfalleciente entre cojines, frente al halo del televisor, suspirando saudades de animalucho obeso. El

Magistrado acabó ordenando en la despensa el cajón de paja y los cuencos del agua y del arroz, y a pesar de eso se tropezó con ella un día, ya tarde, chancleteando en camisón en la cocina, con la correa en una mano y la llave de casa en la otra, dispuesta a pasear alrededor de la finca su nostalgia de ladridos.

—¿Y no consultaste a un psiquiatra y se puso enferma para siempre? — se interesó el Hombre examinando la mancha del pañuelo.

—Cuando la conocí ya sufría de los nervios —dijo el Juez de Instrucción preocupado por la herida del interrogado—. Estábamos por ejemplo pasándolo muy bien en la sala de sus padres y la tía se interrumpía en mitad de una frase como los albatros demorados se suspenden, con las órbitas redondas, en un escalón de nubes. Yo la sacudía, ¿Qué pasa, qué tienes? y los hombros me badajeaban en los dedos, la madre acudía a la carrera desde dentro, Espere, espere, no la mueva, un comprimido de éstos y se le pasa. Le metían la gragea en la garganta y un traguito encima, y segundos después la pequeña reanudaba la frase donde la dejara, sin notar siquiera mi inquietud o el celo desordenado de la madre, sólo mirándonos levemente, imponderable, con el cansancio de quien regresa de las antípodas.

—Es la epilepsia —explicaba el padrastro alzando, como si amaneciese, la calva tranquila del periódico—. No querrá creer el dineral que hemos gastado en radiografías y en médicos. Y quitando los ataques, fíjese, no existe una persona tan normal.

—¿Te acuerdas de cuando supimos quién vivía en la casa del violín? — dijo el Ilustrísimo con una lucecita en las mejillas—, ¿Te acuerdas de cómo te pusiste en ese momento?

La casa, con tejados de pizarra negra, se caía como una construcción de dominó desde los dos o tres últimos eneros: la piel de las esquinas se descascarillaba en anchas láminas mustias, una de las verandas, derruida, inclinaba las tablas hacia el matorral de la cerca, las cortinas se destrozaban a través de los agujeros de los cristales, los pabilos de navegación de los fantasmas difuntos, a la deriva de ventana en ventana, se volvían dispersos y tenues, y la música se tambaleaba vacilante en los desniveles de las notas, al borde de una dolorosa agonía. El césped devoraba el vallado, ahora

completamente caído, que separaba el edificio de la escuela, y donde los gatos se buscaban con una ebullición de celo. Pájaros de órbitas dementes echaban a volar rumores de diccionario de los postigos del zaguán, y un bulto claro asomaba de tiempo en tiempo a un alféizar de hierro, acechando el desorden de los alhelíes en el pasmo de loza de las estatuas.

—He visto a una persona aquí al lado, ¿la conoce? —susurraba el Hombre al abuelo que cambiaba enseguida de tema, incómodo, diciendo muy deprisa que se hacía necesario revocar las caballerizas, ampliar el garaje, acabar con los cerdos que sólo traían gastos y perjuicios, cambiar los muebles del comedor, ¿no te parece? y la abuela diciendo que sí con la cabeza, indolente también—, si quieres hacer obras, Fernando, por el amor de Dios comienza por la terraza de arriba que está hecha una pena, los dos indecisos —contó el Juez de Instrucción al caballero—, los dos alarmados, los dos prohibiéndole, sin motivo, que se acercase a la vivienda, que empujase el portón deshecho, que caminase entre misterios y begonias, que tocase la campanilla plana del pórtico, que aguardase a ver bajar las escaleras y surgir frente a él al espectro, con el violín en la mano, mirándolo, sin una palabra, con una indiferencia torva.

—Y no obstante procedemos exactamente al contrario —recordó el Magistrado—, y no obstante todos los días nos echábamos en los arriates a vigilar el sótano y las ventanas, y a la semana siguiente entramos allí cuando descubrimos que al atardecer la cocinera rondaba la escuela, cargando una tartera con comida, abría la cancela de la parte de atrás, la música cesaba, la luz de la planta baja crecía, y nos topamos con la mujer, desenfocada por un tul de polvo, vaciando el contenido de la marmita en un plato, obligando al bulto a sentarse, quitándole el violín y posándolo en una especie de aparador descoyuntado del que caían páginas sueltas de música, presidiendo la comida de pie, apoyada en la mesa, con una autoridad desdeñosa.

—Un recluso en un calabozo miserable —comentó el caballero, divertido, mostrando los incisivos con una risita ácida—. Y quiere el señor doctor meter al terrorista, con una botella de champán, en un hotel de cinco estrellas, vaya idiotez. Y él, desembuche, ¿no tuvo el valor de preguntarle a

la abuela por qué razón la cocinera iba todas las tardes, con la marmita, a esa vivienda?

—Me dijo que me ocupase de mi vida, que me quitase de su vista que tenía otras cosas que hacer —se indignó el Hombre atormentando a una gallina enferma con un pedazo de caña—. Se puso morada, no te imaginas, hubo un momento en que casi pensé que me pegaba.

Pero no le pegó, continuó el Ilustrísimo con la atención puesta en el paquete de plumas grises de la gallina, blanquinegra de pescuezo pelado que casi no se movía a pesar de ser picada por la caña, tres o cuatro pasos, a lo sumo, y hela ahí tumbada de nuevo en un desmayo blandengue, con el pico caído, mirándonos con las órbitas miopes de alienación, de cansancio. No le pegó, nunca pegaba para que no se le saltase el esmalte de las uñas larguísimas que la manicura, una morena delgada con vestidos ceñidos con cinturón, iba a arreglarle los jueves, a la hora de la siesta, ambas encerradas con llave en un bisbiseo de voces y risitas: habló del caso al marido y el abuelo llamó al Hombre al despacho que daba a la Estrada de Benfica, saturado de puros, con un escritorio abarrotado, un armario con libros y la cómoda de las fotografías de los muertos, enmarcados en plata, parientes añosos de levita y patillas, damas con falda abullonada, uno o dos bebés desenfocados a los que la cámara aterraba, la madre y el padre del Hombre, a quienes nunca conociera, fallecidos en un accidente de automóvil en España cuando el hijo tenía apenas meses, una pareja joven, tomada del brazo, apoyada en la amurada de un paquebote, él con el pelo engominado con brillantina, ella con peinado alto y blusa escotada, elegantes y alegres, una vejarrona, parecida a la gallina, en un sillón de inválida, con la frente sujeta con vendas.

—Mi abuelo dice que yo estoy chiflado, que no estoy bien de la cabeza, que nadie vive en la casa, que la cocinera sólo sale de casa dos domingos al mes, que si continuó robándole cigarrillos me saca del liceo y me emplea en la zapatería que está debajo de la iglesia y que calza a los curas con badana —se lamentó el Hombre encendiendo un fósforo húmedo y dirigiéndolo a la colilla del Juez—. El primer festivo en que el chófer los lleve a la playa iremos allí.

—Una idea extraña, ¿no es verdad, señor? —dijo el mecanógrafo al caballero, erizándose ante el proyecto—. Yo, por mí, huía a todo vapor de una casa abandonada, para colmo con un fantasma que cenaba cocido y tocaba el violín en los salones.

Y en junio, en un verano lluvioso de nubes barridas del Este por los humores del mar y la campana del cielo, color de interior de cáscara de cebolla, goteando lágrimas rosadas, en un verano de gripes melancólicas convalecientes, sin la suavidad de otras fiebres, entre chocolates y revistas antiguas, en cuartos penumbrosos, de cortinas cerradas, donde la noche se prolonga en el día en la piel trémula de alarma de los espejos, el Hombre y el Juez de Instrucción se armaron de una tijera y de una hoz en el cuartucho de las herramientas del guardés, saltaron el muro al lado del invernadero y de sus cactus barbudos y plátanos enanos, caminaron en diagonal por la senda de los Correios, pasaron tiendas de gitanos y un alambique de pobres que oxidaba una azotea, y llegaron al huerto de la vivienda por una abertura en el seto sustituido por montículos de margaritas y acederas, holladas por las suelas sin misericordia de los mendigos.

—Asalto a propiedad ajena, amigo, márqueme esas páginas con una señal al margen —se deleitó el caballero dándose palmadas satisfechas en el muslo—. En último análisis, son como virutas, por eso buscamos la manera de barrerlos.

Avanzaron por el abandono del huerto escuchando el violín que repetía un compás con una ondulación de insomnio, pasaron, agachados, bancos de madera cubiertos de aleluyas, una mesa con tapa de piedra, bajo un parral destrabado, para meriendas impensables, avenidas de ramaje seco minadas por la ruindad de las hierbas, y, ya cerca de una ventana de guillotina, un patio con una tina de lavar ropa y una pila transpirando en un cobertizo, portones que colgaban de sus goznes y un árbol sin nombre, agudo, oscuro, enorme, que ahuyentaba a los murciélagos y ocultaba el sol. Un mantel se olvidaba de sí mismo en una cuerda, oscilando despacio como las banderas de la peste.

—Y todo tan antiguo, y todo tan miserable, y todo tan cubierto de hollines de incendio, con nidos de avispas en los huecos de las hojas del tejado —recordó el Juez de Instrucción pidiendo una infusión digestiva por



teléfono—. Entramos por un hueco en los ladrillos de la despensa, amenazando a la oscuridad con la tijera y la hoz, y si hubiese sabido lo que hoy sé creo que no habría puesto los pies en ese lugar.

Pasillos y más pasillos oliendo a líquenes y a ratas, salitas de consolas destrozadas en las cuales el papel pintado se despegaba a tiras del estuco, una Virgen tallada dando luz en un nicho, una habitación mayor, que debía de haber sido una cocina a juzgar por el escurridero del agua hecho pedazos en el suelo, el lugar, ahora con cucarachas y basura, del fogón, los anaqueles vacíos con un pequeño friso de hule y un plato con sobras de salsa librada a la gula de las moscas, la habitación, dijo el Ilustrísimo, donde vimos a la cocinera dando órdenes, con el arco del violín en la mano.

—Fuimos tontos al no irnos enseguida, hermano —opinó el Juez de Instrucción entregando una taza al hombre—, al no pirarnos lo más deprisa posible por el hueco de la despensa. ¿Crees que valió la pena lo que ocurrió después?

Más salas, más cuartos desiertos e inmundos, algunos con leña de chimenea y pilas de periódicos en el suelo, un garaje con una mesa de pimpón alabeada, escalerillas a desvanes con camas, colchones destripados, el sonido del instrumento, cada vez más próximo, confundido con la lluvia en el tejado, Vámonos, cuchicheó el Ilustrísimo atacando a fantasmas con la tijera, vámonos que me dan miedo los esqueletos y las calaveras, pero el Hombre, blandiendo la hoz alcanzó una especie de vestíbulo en la base de un tramo de escalera que el salitre del tiempo osificara, perdida en la maraña de sombras de la primera planta, el violín enmudeció, la lluvia cantaba en las trepadoras y en los cristales, un reloj tintineó horas gaseosas, De un momento a otro se nos presenta un hombre lobo y nos devora, gimió el Magistrado chocando con un piano vertical, con candelabros de cobre, que retumbó con una protesta de tonel, las cortinas de un balcón abierto hacia una mata de aspidistras aumentaban y disminuían a merced del viento, un gato pequeño rozó el rodapié y se ocultó bajo un arca de alcanfor, Estamos fastidiando a los finados, argumentó el Juez en voz baja, casi sollozando de pánico, apuesto a que llega uno detrás de nosotros y nos rompe el espinazo con un cuchillo, creyeron oír un sonido de alpargatas, una fricción de lanas, una dificultad de ala, una tabla que cedía, Es un

coralillo, previno el Ilustrísimo registrando la nada con el brazo, ¿qué hacemos ahora con una serpiente aquí? y en eso la lámpara del techo se encendió y reveló un mueble de sacristía, una decena de lagartos dispersos por las paredes, un bastón y una rama de plátano pudriéndose en un jarrón chino, el Juez soltó la tijera y se arrimó al piano, despavorido, y al Hombre le bastó seguir el acimut de su espanto para encontrar a un individuo de monóculo, con franelas de cantante de tango, de pie en un escalón, que los miraba a los dos empuñando un violín.

—Parecía que lo habían operado en la cabeza o algo así —dijo el Magistrado al caballero, rascándose con la uña del dedo medio una cicatriz, de sien a sien, en la calva—. Tenía una costura en la piel, era delgadísimo, encorvado, transparente, ya viejo, se veía que había cambiado mucho, pero el Hombre entonces descubrió semejanzas con el retrato de su padre de modo que abrió con fuerza la puerta de calle y le sujetó, como a los ciegos, los cartílagos del brazo, Venga, vamos a volver a casa, a ver si en una de éstas se pilla alguna enfermedad en medio de tanto moho. Y ahora piense en el acoso que se desató después.

—¿Era entonces el padre? —preguntó el taquígrafo, incrédulo, alejando el lápiz de la libreta—. ¿El padre encerrado allí a cien metros, durante años, tocando música en una vivienda abandonada?

Se sucedió un trote de criadas, la cocinera, con la sartén suspensa, preguntando vociferante ¿Qué pasa, qué pasa, es un mendigo que ha encontrado en la calle?, mamparas que silbaban girando, pasos de susto en la alfombra, la abuela surgiendo finalmente para trabarle el hombro, con los ojos amarillos de furia, casi tan lívida como el bulto, Sáqueme de aquí esa tijera enorme, qué horror, ¿cuántas veces tengo que repetir que no lo quiero ver con extraños, dónde se me ha topado el niño con este sujeto? La cocinera se apoderó del individuo que sonreía sin hablar, indiferente, mirando sin interés el frigorífico, los metales, las lozas, Si quiere pasear conmigo nadie le roba el violín, señor teniente, propuso ella limpiándose los dedos en el delantal, y hoy le sirvo natillas en la cena, el fantasma farfulló una frase indefinida, la siguió arrastrando los tobillos, envolviendo el instrumento en el pecho, rumbo a sus salas misteriosas y a sus visillos mohosos, Al cuarto inmediatamente, gritó la abuela al Hombre,

exaltadísima, durante tres días no va a ver la televisión en castigo, una lágrima le bajaba por la rojez de la mejilla y las piernas muy finas le temblaban, espere que llegue su abuelo por la noche y ya verá lo que es bueno, y fue entonces, explicó el Ilustrísimo, cuando entendí que era de verdad el padre de él y que lo escondían de los vecinos por vergüenza, un enfermo, un anormal, un lisiado después del accidente en que falleció su mujer, un tonto, comprende, que no querían mostrar, que no querían que nadie sospechase que continuaba vivo, que nadie supiese que aún respiraba, y esa noche el abuelo le dio una zurra memorable al Hombre con la hebilla del cinturón, jurando que lo mataba, derribando quinqués y papeles. Cuando salí de Benfica, dijo el Ilustrísimo al taquígrafo que se rascaba la oreja con el lápiz, el violín sonaba de vez en cuando por detrás de un estor desatado, y acaso el loco sigue por allí, callado y flaco, en medio de sus sombras, de sus ecos y de sus muebles moribundos, ensayando hasta el infinito un compás sin nexo.

—Con el hijo en la cárcel —preguntó el caballero con un acento curioso—, ¿quién se ocupará de él, lo bañará, le aguantará las locuras, le llevará la tartera de la cena?

—Aquél ya está —informó el Sacerdote, despeinado, en busca de un banco donde sentarse—. Viajé en autocar del Cais do Sodré hasta aquí, a esta hora, qué asco, es una complicación de mil demonios, ¿no hay nada de beber en la despensa?

El Juez de Instrucción se inclinó hacia atrás en la silla, cerró los ojos, y un imbécil privado de raciocinio y de memoria, con el chaleco rasgado, surgió de pronto frente a él apretando bajo la axila un violín sin cuerdas:

—Cuando visito a los viejos los domingos —dijo el Ilustrísimo tartajeando de vergüenza—, le pido a mi madre que me prepare medio pollo, un chorizo o una tartera con patatas, invento una disculpa cualquiera y entro por el hueco de la despensa a la cocina de la vivienda. Por lo menos esos días, vio, siempre me siento seguro de que ha comido algo.

Manuela:

Como te sabía feliz en Santa Iria da Azóia, en medio de estampados indonesios y de marfiles de plástico, quemando incienso en mis candelabros de plata y compartiendo una cama de clavos con el faquir de perilla,

como el Mulato me contó que te vio, con sandalias y lunar en la frente, empujando un carrito de supermercado en busca de hierbas orientales en el estante del papel higiénico y de las galletas de vainilla,

como pasé varias veces, en los monzones lisboetas de abril, por tu finca de renta antigua, al borde de la carretera, y te imaginé allí dentro, con bragas de encaje negro, inclinada como un loto ante la pira funeraria, con cojines y jacintos, donde el Gandhi de la Judicial deambulaba desnudo, con un vaso de *whisky* en la mano,

como me asqueaba el olor a vómito de los bares de Conde Redondo y de las pensiones del Intendente en que no me descalzo nunca y me debato, con calcetines, en las manchas de alivio del caboverdiano anterior,

fui al archivo del jefe a copiar el domicilio de la callista y al sábado siguiente comí los chipirones con tinta de los días de descanso y cogí, en la Praça de Espanha, el autobús hacia Almada, porque al cabo de doscientos metros mi coche se asemeja a una máquina de coser averiada que falla en el tejido, un vapor nauseabundo se escapa de todas las ranuras de la chapa acompañado de chispas y del rímel de la goma derretida, y acabo saliendo del automóvil para aventar con la chaqueta esa especie de brasero que se consume en el arcén, con asientos reducidos a un esqueleto de muelles.

Almada, Manuela,

se esconde entera tras los rincones de los pilares de cemento de la estatua del Cristo Rey, y es una especie de enorme Santa Iria da Azóia invadida por los soplos del Tajo, con gaviotas a la deriva a las que los anuncios de los restaurantes y los colores de los semáforos alucinan,

impidiéndoles el rastro de lechuga, sopa de garbanzos y aceite de los cargueros, obligándolas a inundar las cervecerías entre graznidos desesperados de hambre, intentando posarse en la espuma de las jarras como en el visco del margen, en busca de los pequeños cangrejos que trotan entre los guijarros. Los edificios y los árboles tropiezan con surtidores de gasolina, sucursales de banco y viviendas con gárgolas en el tejado, en las cuales un brazo de río va a echar en los lavabos rotos su fetidez de pez.

En Almada hasta el centro es suburbio, me explicó Super-Rato que anduvo por allí unos meses, mejor vestido que nunca, arrastrándole el ala a una viuda. Pasados quince días ya conocía el tono de voz de todas las cisternas de la finca, y pasaba el tiempo despierto, con las manos en la nuca, escuchando las discusiones del sexto izquierda y la aspiradora del primero derecha, mientras la viuda, perfumadísima, sentada en la cama, de camisa con volantes, le preguntaba, furiosa, ¿Es para hoy o qué? recogiendo la baraja de los solitarios de la mesa de noche. Claro que lo cambió en un instante por un sargento paracaidista, siempre de uniforme de combate, tatuado en el hombro izquierdo, que prefería los sujetadores a las cisternas y le ahogaba los gritos de placer con un bofetón castrense. Como los moretones iban bien con el luto, parece que se casaron en febrero.

Por tanto, Manuela,

cansado de rondar solo en este apartamento del Cacém amueblado por el contratista, en este pequeño bosque doméstico de carteles, tazas chinas de arroz en los anaqueles de los libros y muñecos de Marruecos, hartos de esta casa que conserva tu olor hasta en la gasa repolluda de las cortinas y en las muñecas españolas, con peineta en el pelo, apoyadas, sonriendo, en la almohada, hastiado de mirar la plazuela de moreras enfermas donde se levantan troncos inacabados de fincas, reducidos a los ladrillos del esqueleto, por la que nunca paseamos, tomados del brazo, en los crepúsculos del verano, el perrito que no llegué a darte, pregunté a un hombre que chasqueaba las falanges en el escalón de una zapatería, con media cara iluminada por el fluorescente del escaparate, la dirección de la callista. El tipo me miró, miró, con el ceño fruncido en una meditación difícil, un establecimiento de pretaporté, al otro lado de la avenida, donde dos empleadas de bata intentaban en vano equilibrar a un maniquí de una

sola pieza, que se caía ya a un lado ya a otro como se inclinan las andas, y concluyó El nombre no me resulta extraño pero no consigo saber en qué calle está, socio, intente en el kiosco de periódicos de la esquina.

Y sin embargo no encontré ningún kiosco, Manuela,

sólo mucha gente, furgonetas, el letrero de una pensión miserable, Residencial California, Habitaciones, una gitana pidiendo limosna con un niño tullido en brazos, envuelto en el chal, las langostas del Tajo que trepaban por las cunetas al vado con un andar de jubilados de bastón, un garaje con un mecánico pequeñito reparando una llanta, La plaza Tal-y-Cual, por favor, y él, sin oírme, inclinado sobre la rueda,

tal como nunca nos oímos, Manuela,

en nuestras silenciosas veladas, de ganchillo y de periódico, en espera de que los platos alentejanos de la pared se nos cayesen en la cabeza. La plaza Tal-y-Cual, repetí más alto, el mecánico abandonó una cámara de aire que estaba sumergiendo en un cubo para descubrir un agujero, se enderezó, se restregó las manos en los pantalones, una marca de quemadura le arrugaba la sien y parte del párpado, apuntó una palanca en una dirección indefinida, Siga hasta el mercado, gire a la derecha, dé la vuelta por una rotonda, es allí, un compañero con botas de goma lavaba un Ford con una manguera, en una bahía de cemento, bajo una lámpara escuálida, el mecánico se hizo de nuevo un ovillo junto a la rueda, palpando la piel rosada de la goma, y olía a despecho, a resignación, a esfuerzo, debía vivir lejos de la ciudad, pensé yo, e ir al trabajo, moribundo de sueño, sacudiéndose en un autocar destartado, pero en el sentido que me señaló la avenida terminaba en un muro, en un descampado de grillos y de quintas distantes, se sentían lamentos de cordero y la respiración de los olivos, entré en una taberna con un cuervo de cola recortada arrojando plumas en el sobrado, cuatro compinches de gorra en torno de la única mesa en una brisca solemne, banderines de clubes de fútbol en el vasar de las botellas, la fotografía, orlada de negro, de un angelito de procesión, y un mostrador con una gorda de delantal que torcía el cuello hacia los dibujos animados de la tele.

La gorda, Manuela,

me sirvió con desgana un aguardiente distraído, pendiente de las figuras que se perseguían en la pantalla, uno de los jugadores de brisca hablaba a silbidos, como las flautas de barro, por un tubito del cuello, el cuervo se desplazaba como un marinero por las tablas del suelo, el segundo aguardiente se me deslizó en las amígdalas con una fosforescencia tibia y las piernas comenzaron a boyar levemente con un sosiego de canoas, la sangre latía, sin peso, al ritmo de los grillos, el del tubo en el cuello salió, desabotonándose la bragueta, a orinar en las tinieblas, los jugadores, con las cartas escondidas en el pecho, golpearon los vasos en la mesa exigiendo más vino, ya no había gaviotas posándose, con las patas extendidas, en la espuma de las cervezas, sólo el vasar de las botellas detrás de mí y la callista friendo croquetas solitarias en la cocina, el del tubo regresó, olvidado del triunfo, sacando naipes del bolsillo, una muchacha bien vestida surgió en el rectángulo del televisor y esparció su gracia, en un discurso amable, anunciando un debate político, y yo pensé que si vivieses conmigo,

Manuela,

acomodarías el ganchillo en la cestita clavando la aguja en el ovillo, me dirías Buenas noches, por la comisura de la boca, como quien saluda a un desconocido encontrado por casualidad en el mismo asiento del tren, te encerrarías a cepillarte los dientes en la cocina, te ajustarías el pelo con una cinta o lo recogerías en el gorro de baño para quitarte el rímel y el polvo de las mejillas, te pondrías una de tus camisas de franela, de listas blancas y rojas, para mí desdicha, y yo habría de escuchar el crujir de sótano del colchón en el momento de acostarte, habría de notar la claridad de la bombilla de la cama que se difundía hacia el pasillo, en el sentido de los flecos de la alfombra de la sala, y que se apagaba siempre, como si me robasen la esperanza, en cuanto yo soltaba el periódico y caminaba a tu encuentro después de un rápido vertido de aguas en el inodoro y la ropa quitada ansiosamente, tropezando con las sillas, en el ímpetu de abrazarme,

Manuela,

a tu cuerpo inmóvil, de pulmones sostenidos, que fingía dormir, enterrado en las mantas con una tenacidad de piedra, impidiéndome introducir mi pierna entre tus piernas, mi palma en el espacio excavado entre tus senos, la nariz de hurón en la cueva tierna de la nuca, apartando

por fin, sin palabras, con el codo reacio, la insistencia de mis besos, y yo que caía lentamente, abrumado por mi deseo de ti, en un coma agitado y solitario en mi mitad del edredón, viendo trotar los números eléctricos del despertador, minuto a minuto, en la dirección de la mañana. Cuando la gorda de los dibujos animados,

Manuela,

con la mandíbula hinchada por la infección de un diente, apagó el televisor en el instante en que una soprano estremecía las paredes con arrebatos líricos, una decena de vasitos vacíos se alineaban en el mostrador ahora larguísimo, los amigos de las cartas habían desaparecido en la noche abandonando la mesa en que un gato se enroscaba en su sueño con el rabo erguido, la mujer me informó No tengo permiso para después de las once, y tuvo que ayudarme con el dinero de la cartera que se me escapaba de los dedos, y tuvo que empujarme hacia la puerta seguida por el cuervo que le graznaba de celos los talones, y tuvo que cerrarme las contraventanas en la espalda para que yo no volviese, pegajoso y bebido, al olor del aguardiente, llorando las lágrimas airadas y humildes de los borrachos, de manera que me encontré de nuevo caminando a tropiezos en los paseos de Almada, adivinando en cada esquina las ventosidades del río, los gemidos de los botes, y las traineras que zarpaban, con una lámpara de petróleo en la popa, acompañadas de una corona de medusas sulfúricas.

Me encontré de nuevo en las calles de Almada, Manuela,

preguntando por la plaza de la callista a obreros perplejos, a parejas que fingían no verme, o a grupos de adolescentes que me pedían cigarrillos, me apoyaban riendo la mano en el hombro y me indicaban direcciones contradictorias, Son doscientos metros a lo sumo, tío, y yo asintiendo, al borde del vómito, transformado en una jirafa de tiovivo que subía y bajaba, estremecido, el paseo inesperadamente ondulado que circulaba bajo un estruendo de música y de lámparas, mientras deseaba,

Manuela,

que volvieses a casa porque el frigorífico se ha quedado vacío, el polvo se espesa en los muebles, quemo los pantalones con la plancha, dejé averiarse la lavadora, las flores del balcón se mustian, me olvidé de



telefonar para que traigan la bombona, el chisquero del calentador no enciende, la basura se acumula en el cubo de plástico,

deseando que vuelvas a casa para que haya otra vez jabón en la bañera, para que me mandes poner medias suelas a los zapatos, para que me cosas los botones que se desprenden, para que me arregles los calcetines que se rompen, para oler, cuando llego, el cordero asado de la cena, para que me pongas la mesa, me sirvas, me quites las espinas del pescado en pequeños, minuciosos, quirúrgicos gestos diestros, y para que te encuentres después, si quieres, con el inspector de la perilla, los días en que me manden hacer guardia, porque te prometo fingir que no entiendo, que no veo, que no noto tu falda arrugada, el cuello desabrochado de la blusa, las presillas sueltas, porque te prometo que abro el periódico, sin una palabra, en mi rincón del sofá, que me pongo las gafas de ver de cerca sobre la nariz y que me disuelvo en los títulos de las páginas sintiendo tu enfado infinito por mis tics, por mi tos, por mi manera de cruzar la pierna, por mi presencia.

Aún hoy ignoro, Manuela,

en qué momento de la noche di con la plaza de la callista porque mi sangre modifica los relojes que se inmovilizan en la muñeca en horas imposibles, pero la verdad es que acabé, abrazado a un ujier del Ministerio de Agricultura que me quería enseñar a la fuerza el himno húngaro, en un porchecito de construcciones antiguas que bordeaba un cañaveral y los efluvios de un riacho en descomposición, con un amanecer de sapos bajo un cielo de tumulto, con una única farola, redonda como la luna, cayendo a gotas de su astil blando.

¿Te acuerdas, Manuela,

de la finca de la Amadora donde vivimos después del Registro, junto a la pista de patinaje y a un jardín de columpios de niño, contiguo a un patio de planta baja, con los visillos fruncidos, habitada por viudas que cojeaban los domingos, con una avidez de petirrojos rengos, masticando caramelos y yemitas, hacia la misa de las siete? ¿Te acuerdas del retrato de nosotros dos, en un marco de lacitos y rosas de tul, y de las cosquillas que me hacías, entre diminutivos, bajo la colcha de la cama? La única diferencia es que en Almada se escuchaba el cabeceo del Tajo por detrás de unos vallados, como si sudase por las narices igual que un animal de matadero, y se adivinaban

camarones y centollos penando en el barro, semejantes al ujier y a mí, entusiastas, lentos, fraternos, vociferando himnos bajo la palidez de la farola, el tipo dirigiendo de puntillas una fanfarria inexistente, y yo, miope, intentando distinguir sin éxito el número diecisiete clavado en un círculo de fachadas que el aguardiente aceleraba, hasta que lo retuve con los ojos, me suspendí en él bailando como una rama en un remolino de cascada, me acerqué palmo a palmo a la puerta con un esfuerzo patético de náufrago, y me enderecé por fin, amparado por las sombras, en el escaloncito de piedra con felpudo, dando con los nudillos de los dedos en el postigo de madera.

—¿Mn? —preguntó el ujier en húngaro, siempre atento al himno, corrigiendo, con gestos de amonestación, un desvío de los trombones de la orquesta.

Cuando la callista, Manuela, surgió espiando con un único ojo, soñolienta, con el pelo en desorden, guiñando a la aurora párpados de lechuza, los paquebotes del río comenzaban a elevarse por encima de los vallados, humeando los cilindros de carbón de los grandes viajes, y las hélices trabajaban con un ruido de aspas de molino, de esos que tocan sus bocinas en una colina de sembrados. Para despertar a la mujer le arrimé a la nariz el carné de la policía, los goznes giraron, llamé al húngaro que aplaudía Muy bien, muy bien, el ímpetu marcial de los clarinetes, los delfines del Tajo saltaban a los árboles, las aleluyas subían despacio en espiral por las chimeneas, un petrolero rasó los tejados, oblicuos, con una estela de pez, y me encontré presentando el ujier a una criatura descalza, alarmada de espanto, que me vio instalarme en una silla de anea con la obstinación ultrajada de los borrachos, a medida que el maestro, perfilado, recomendaba silencio y retomaba su himno frente a un cortinaje con dibujos de venados.

Era una casa más pequeña y más oscura que la nuestra, Manuela, con muebles de desecho, gallos de loza y payasos de alambre, un huertecito de fresas comprimido, de ambos lados, por las fincas vecinas, el coral de un níspero y los moluscos del río metidos en las grietas del ladrillo. Una casa sumergida como una nave que se hunde, iluminada por un haz de azufre sin origen que atravesaba capas de agua de transparencia diversa hasta revelar el cadáver del almirante en el camarote del cuarto de baño,

con lapas y mejillones entumeciéndole los huesos y los alamares del uniforme que flota, junto con el último mechón, sobre mapas descoloridos y compases herrumbrosos.

Una casa, Manuela,

donde podríamos, si quisieses, envejecer felices, en el verano, escardando las medusas malditas que después de la bajamar crecían en las esquinas del muro, podando los destrozos de fragata y los esqueletos de gaviotas que se disolvían, entre calzoncillos, en las cuerdas de la ropa, ahuyentando a los peces que devoraban los cilantros con una prisa de liebres. Dormiríamos cada uno en su escafandra, roncando burbujas, agitando las sábanas con las patas de rana, subiendo o zambulléndonos en la cama según el plomo de los sueños, amenazados por meros y merluzas. Y siempre, mi amor, que nos lavásemos las manos, tropezaríamos con la calavera del almirante difunto, cuyas dragonas se despegaban despacio en limos plateados.

Y con todo me acuerdo apenas, Manuela,

de esa aurora submarina de Almada en que el ujier desapareció bogando, horizontal, sin despedirse de mí, hacia los árboles de la plaza, arrastrado por una ola de saxofones que desgoznaba los cajones y hacía vibrar de pavor las flores de tela de las jarras. Me acuerdo de la callista preguntándome, puntiaguda de furia, Qué es lo que quiere usted, diga qué es lo que quiere, no les bastó con sacarme de quicio horas y horas en la comisaría, me acuerdo de las cortinas iluminadas por las nubes de la mañana que preceden al sol y de darme cuenta enseguida de los hongos del estuco y del deterioro de los muebles, me acuerdo de su rezongo microscópico, progresivamente más alejada de mí, en una habitación donde la sangre me golpeaba, precipitada, en el estómago, me acuerdo de las figuras de un jarrón chino con plumas de ramera brotando del gollete, me acuerdo de una paz de olvido, reluciente y blanca, idéntica a la que sucede al orgasmo o a la gripe, de la mujer creciendo, Preocupada, hacia mí, con una copa de sales de fruta fermentándole en la mano, Está pálido, tiene el cuerpo helado, no se siente bien, ¿qué le pasa?

y me acuerdo que es día, Manuela,

de oler a domingo, de campanas de iglesia, del silbato de los trenes en la estación de Cacém, de los vendedores de quesadas de la carretera de Sintra extendiendo sus paquetitos de tarta a automóviles fugaces, y de llegar tú al cuarto con la claridad ofusadora de las nueve, con la bandeja del desayuno, centelleante la vajilla de alpaca, en los brazos.

—La semana antes de que me detuvieras vendí más de la mitad de lo que había en la casa —dijo el Hombre al Juez de Instrucción a quien un copo olvidado de espuma de afeitar se le adhería al ángulo de la oreja—, y si no me hubiesen encerrado ya sólo quedaría la cama y el fogón de la cocina. Mi idea era juntar un dinerillo y ponerme al fresco lo más deprisa posible.

—Se sentía acuciado —explicó el Juez—, la Organización se multiplicaba en asaltos a bancos, ráfagas de tiros a éste o a aquel otro, cargas de dinamita en el vestíbulo de los ministerios, reuniones políticas, señas y contraseñas, panfletos, amenazas, y él perdido, sin entender, en medio de ímpetus revolucionarios, con un rifle ametralladora inútil balanceándosele en el hombro.

—La dueña del hogar de ancianos —dijo el Hombre rascándose el codo en el respaldo de la silla—, tenía un hermano establecido con un restaurante en Vigo, y pensamos que el colega nos ayudaría si nos aparecíamos con alguna pasta para reforzar el negocio. Yo me dejaba crecer la barba, me ponía gafas, nos cambiábamos de nombre, y tal vez mientras tanto, con el tiempo, las bombas acabarían.

—O unos tipos encapuchados saldrían corriendo de un automóvil de matrícula francesa —sugirió el caballero con pausa cautelosa—, irrumpirían a empujones en el restaurante, derribando mesas, volcando soperas, asustando a los clientes, harían estallar con granadas, en menos de un fósforo, la cocina, la barra, los comensales, los empleados, y su amiguito y la mujer rodarían en la alfombra en medio de una masa de sangre, mezclada con astillas y pedazos de adornos de madera. Esa caterva es capaz de todo, ya se sabe.

—Tienes un poco de jabón en la oreja —dijo el Hombre señalando la espuma que hervía, helada, en el ángulo del mentón del Juez—. Parece una

enfermedad de la piel, si las mecanógrafas de la policía te ven echarán a correr a gritos por temor al contagio.

Pero el Ilustrísimo, sordo, imaginaba Vigo, una ciudad lúgubre, una tarde lluviosa, hileras de farolas encendidas, una primera planta de arrabal, tres fulanos de gabardina y manos en los bolsillos subiendo la escalera, tocando el timbre, esperando, el Hombre, en camiseta, comentando a lo lejos No me digas que encontraste la tienda de comestibles cerrada, abriendo la puerta, sonriente, con un sacacorchos y una botella de rosé en los dedos, retrayéndose de inmediato uno o dos metros, con la boca muy abierta, presa de pánico, imaginó una sala pequeña con un juego de sofás color malva y una mesita baja, uno de los fulanos agarró con fuerza el codo del Hombre, un sopapo, un rodillazo, varios sopapos, el Hombre, a gatas en el suelo, con los labios rajados, dando fe con sollozos, palpándose las encías, No he denunciado a nadie, un zapato se le acercó a la cara y le deshizo la ceja, le cegó el ojo izquierdo, le fracturó el pómulos, una bota se hundió entre sus muslos, un hilo de alambre, retirado con presteza del bolsillo, le trituraba los cartílagos de la garganta, el rostro del Hombre se fue despojando de expresión, los músculos se aflojaron, las personas dejaron de luchar, los fulanos empujaron el cuerpo hacia el balcón encristalado, colocaron el sacacorchos y la botella en la mesita baja, y se sentaron, muy tranquilos, en los sofás color malva, a esperar a la mujer.

—Y después —añadió el caballero, didáctico, representando con gestos un árbol—, tienen ramificaciones en todas partes, el señor doctor ni se imagina, en el País Vasco, en Cataluña, en Alemania, en Irlanda, se ayudan unos a otros, se conocen, se reúnen, se protegen, intercambian bazucas y favores.

Individuos parduscos, pensó el Magistrado, grandes, apenas lavados, hirsutos, desembarcados en el aeropuerto con mochila de turista a sus espaldas, escondidos en Campo de Ourique comiendo latas de conserva y aceitando culatas, acompañados por muchachas con trenzas y falda estampada llena de arrugas que se paseaban en la ciudad, mapa en ristre, calzadas de gladiadores romanos.

—Escribimos una carta a Vigo —dijo el Hombre—, estábamos en espera de la respuesta y yo ponía anuncios en el periódico para librarme del

piano, del fregaplatos, de los aparadores, de los relojes de pared, de los cuadros. Nunca pensé que hubiese tanta gente que negociara con trastos, desde los sexagenarios dignos, con chaquetón y perla en la corbata, de las empresas de subasta, a los chatarreros de gorra que se bamboleaban de cómoda en cómoda rascándose la ingle, sobre la tela, con las uñas largas.

—Por ejemplo, fíjese —adelantó el caballero dibujando flechas aclaratorias en un bloc—, si su compinche se escapase, un suponer, a Italia o a Francia, los de aquí mandarían recado por teléfono y los de allí despacharían el asunto en nombre, claro, del internacionalismo proletario. Este grupo ya se ha cargado a una media docena de revolucionarios extranjeros que decidieron colaborar con la policía y aparecieron muertos, semanas después, en esas aglomeraciones de turistas del Algarve.

—Quienes se encargaban de ese tipo de trabajos —protestó el Hombre tocándose con la pulpa del meñique una ampolla de la cabeza—, eran el Artista y el Estudiante, yo me limité a acompañarlos una vez a Lagos a fin de saldar cuentas con un holandés cualquiera, que había soplado secretos a quien no debía y se creía a salvo, en agosto, él, su mujer y un hijo pequeño, en medio de la confusión de los bañistas de la playa. Montamos una tienda en la zona de acampada, desde donde por la noche se entreveía el mar y las luces de los barcos de pesca anclados en la nada, pusimos la ciudad patas arriba y apenas cinco días tardamos en dar con su rastro, alojado con su familia en una pensión del centro, rodeada de carteles de discotecas y de bares.

Al Hombre le gustaba Lagos, le gustaban el olor de la cal, las palmeras y el agua de Lagos, las travesías de casas antiguas pulidas por el viento de Marruecos, le gustaban las olas que se reflejaban hasta en las paredes más ásperas y la carraca de los insectos de las tinieblas, y obedecía a disgusto las órdenes del Artista que lo quería vigilando al holandés el tiempo entero, tomando notas, comprobando hábitos, confirmando horarios, mientras el Estudiante llamaba a voz en cuello, desde una cabina, a los camaradas belgas, pidiendo consejo en un francés de cuarta, y la esposa del holandés, una mora enigmática, se tostaba al sol, de bruces en una estera africana.

—Después de la cena —dijo el Hombre inclinándose hacia un lado en busca de fósforos—, nos juntábamos con una lámpara de petróleo en la

tienda, hinchados de mordeduras de mosquitos, confabulando planes, ideas, estrategias, sugerencias, y nos dormíamos, exhaustos, en los muslos unos de otros, a medida que grandes mariposas verdes o listadas en plata, desprendidas de las ramas resinosas de los pinos, se consumían, chillando, en pequeñas llamaradas de quitina, en la chimenea del quinqué, y los faroles de los barcos se deslizaban a tierra a nuestro encuentro.

—Y os mandaron entonces, ignoro de dónde, cinco kilos de trotil para meter en el coche que los pobres diablos habían alquilado en Lisboa —dijo el Juez de Instrucción mostrando un sumario con el gesto con que los toreros exhiben el estoque al público—, y uno de vosotros puso el explosivo debajo del eje delantero, y uno de vosotros le dio a la palanca cuando los holandeses, en traje de baño, guardaron la sombrilla, los manteles y la cesta del almuerzo en el maletero del automóvil y se instalaron en los asientos, en medio del aparcamiento abarrotado, para regresar a la pensión, y se deduce, por lo que consta, que nunca se vio tamaño pandemonio en Lagos, por encima de treinta heridos gimientes, cadáveres desmembrados, metales por todas partes, un cráter enorme humeando, un guarda fiscal, sin gorra, con la camisa rasgada, apuntando el arma, perdido, atropellado por personas que huían, a una amalgama de chapas y un neumático despachurrado que aún giraba, sobresaltándose en medio de leves explosiones espasmódicas.

—Y sólo en Lisboa supimos que nos habíamos equivocado de hombre, unos pocos días después el Sacerdote nos comunicó, embarullado con las disculpas oficiales del Movimiento, que el auténtico traidor se encontraba en realidad, solo, en Peniche, metido en un impermeable de hule —se quejó el Hombre meneando la cabeza incrédula—, y nos retrataron entonces a un tipo en cuclillas muy encima del sifón de las olas, entretenido en clavar el cebo en el anclote del anzuelo.

—De cualquier modo —recordó el caballero abriendo los brazos como quien llega a la conclusión de una evidencia sin remedio—, los socios de su amiguito corrigieron la pifia y la Judicial encontró al pescador, con la garganta cortada, comprimido entre dos ángulos del barranco, con una de las piernas flotando en el agua, escuchando el murmullo del cielo con las órbitas huecas. Y no era holandés, era vasco, y no se había chivado con nadie porque siempre trabajó en la Interpol.



—Con que entonces sólo Lagos, idiota —rezongó el Ilustrísimo, con vértigo en las pupilas, dando un puñetazo en el escritorio con su manita de gorrión—. ¿Con que entonces sólo Lagos, sólo el Algarve, con que entonces sólo las palmeras, y la cal, y el viento de Marruecos, y el carajo? Y el vasco de Peniche, coño, el tío de la pesca, el de la tráquea reventada, ¿fuiste tú o fui yo?

—Los bomberos se las vieron moradas para llevarlo a la ambulancia, tenían miedo de patinar en el musgo, de resbalar en las escarpas, de precipitarse, en una caída de diez o quince metros, a las entrañas del mar, les daba miedo la espuma que saltaba como abanico en la caliza, las propias voces que zigzagueaban de pared a pared, los gusanos que comían el pecho del difunto, los faros de la ambulancia guiñando reflejos azulados.

Los compañeros de infancia —sentenció el caballero, muy solemne— con el tiempo se van volviendo las personas más difíciles de comprender que yo conozco.

Y el juez de Instrucción pensó en los hombres con casco en las rocas, semejantes a arañuelas mancas, en un foco iluminando un óvalo de espuma sin reposo, en el silbido de la bajamar en los guijarros, pensó en un cuerpo hinchado, al que se le pegaban conchas, subiendo oscilante, amarrado por los sobacos, en el extremo de una cuerda, imaginó la camilla, la manta por encima, las tiras de lona en los tobillos y en el pecho, cuatro o cinco mirones congelados ocultos con capuchas y bufandas, la ambulancia que se alejaba por una vereda de jaras y pedernales cargando consigo el cadáver descompuesto, mientras el Delegado de Salud, el Cabo de la Guardia y el maestro jubilado que descubriera el cadáver cuando andaba por aquellos lados en las grutas, batían el bosque rastrero a pie, camino del Citroen de la policía.

—Hablaron conmigo, en una de las reuniones, para ir a Peniche —dijo el Hombre despacio, como si contase las palabras, apartando la silla de los puñetazos—. El Sacerdote insistió una hora con argumentos libertarios, el Estudiante me acusó de desviación burguesa, el Artista farfulló desde la cocina algo que no entendí bien acerca de concesiones y de traición, y yo, a ellos, que no podía, que no conseguía, que ya me bastaba Lagos y toda esa mortandad, que si querían me diesen otra misión cualquiera pero sin

bombas ni tiros, que tomaba píldoras para dormir, que era un manojo de nervios, que la idea de equivocarnos de nuevo me hacía temblar hasta los dientes, hecho un trapo. Y el Sacerdote Qué trapo, puñetas, qué trapo, esa manía del sufrimiento individual es una noción capitalista destinada a socavar el legítimo deseo de cambio de los obreros, de la campesinos y de las masas oprimidas, acaba con esas mariconerías, agarra una caja de granadas y muévete.

—A pesar de todo, en realidad no se movió —corroboró el caballero siguiendo las líneas del cuaderno con el lápiz—, el Artista furioso, intentó golpearlo otra vez, el Estudiante juró que lo denunciaría en una carta anónima, la sesión ordinaria del Comité Central lo amonestó con severidad, y el Banquero lo llamó aparte para reprenderlo en voz baja, en una cueva de Alfama, Contamos contigo, la confianza de los camaradas es la misma pero tienes que disciplinarte y controlar la lengua, Antunes, y a medida que el revolucionario hablaba el Hombre, inclinado en la ventana, iba observando los tejados que bajaban hasta el río, el hervidero de abanicos en los palomares, el barro del margen con embarcaciones menudas en el espejo canceroso de los limos, pensando Lo escucho y no lo escucho, conozco este discurso mil veces reiterado y lo olvido enseguida, veo los anónimos, múltiples ruidos de la ciudad, porque los ruidos se ven, y el camino de agua de partida poblado de canoas, y lo que me apetece y nadie adivina es irme por él rumbo a la infancia hasta tumbarme, con un cigarrillo en los dedos, al lado del hijo del guardés en los banales de Benfica, mirando las aspas del molino que se mueven sin prisa por encima de las acacias.

—No viajé con ellos —cuchicheó el Hombre, avergonzado, enrollándose en el dedo mayor una punta de la chaqueta—, pero eché una semana de vacaciones en el empleo, le avisé al Banquero que le daba la razón, que le pedía disculpas, que puedes quedarte tranquilo que me corrijo, que estaba dispuesto a la autocrítica, que iba fuera unos días, con su bendición, a despejar la mente y leer a Marx, y a la mañana siguiente, con gafas oscuras en la nariz, escondido en la gabardina y en el sombrero de mi abuelo, bajé del autobús de línea, en Peniche, en un aterrizaje opresivo de neblina soplada por los vientos sin clemencia del mar, alquilé una habitación en una casita que una austriaca excéntrica, con una pipa entre los

dientes, había transformado en hotel, con un único cuarto de baño en cada piso y retratos de emperadores bigotudos, en calesas, en los rellanos de alfombras trenzadas, decorados con tiestos de mármol con rododendros y dalias.

La austriaca, contó el Hombre, paseaba en bicicleta por la villa, de compras, dándose humos de comodoro con un cestito de mimbre en el volante, y al cenar, debido a la débil luz descarnada de los apliques, se tropezaba con una decena de boxers extendidos aquí y allá en la alfombra árabe roída, de la que se desprendía el tufo amoniacal de los meados de perro. Con gafas oscuras, oculto tras la gabardina y el sombrero, yo salía de mañana y por la tarde, oblicuo como un espía, a rondar en círculos concéntricos, de oveja, desde las primeras casas hasta la playa y las escarpas del mar, buscando en las raras siluetas que la lluvia desvaría el bamboleo del Estudiante y el perfil del Artista, surgidos de repente de un café con un paquete de dinamita bajo el brazo, y acababa regresando al hotel, chorreando, empujando perros con las botas de goma mojadas, para calentarme en una chimenea de marco de loza esmaltada en la que se consumía sin calor, en una llamarada verde, una pequeña cruz de ramas de cerezo.

—Sabemos hoy de fuente segura que no encontró a nadie, por lo menos en ese punto, señor doctor, no nos está mintiendo —dijo el caballero con el lápiz al aire, siguiendo los párrafos del cuaderno—. Lo que nunca entendimos, allí en la Brigada, es qué habría hecho de haberlos visto, a mí nadie me saca de la cabeza que quería calmar su conciencia, poder dormir sin comprimidos, borrar de la memoria los gritos de Lagos, prevenir al vasco que huyese, y al pescador, asombradísimo, sin entender nada, mirándole la *toilette* lunática y sus gafas de inválido en el duro clima de nácar del otoño, ensordecido por los bramidos de las gaviotas.

—Te aseguro que sólo vi al pájaro después de que los tipos lo mataran —juró el Hombre al Juez de Instrucción que había abandonado sus débiles golpes, y ordenaba el filo de las carpetas siguiendo el reborde del escritorio—. La austriaca habló durante la comida de un extranjero degollado por vagabundos en las peñas, y yo, nerviosísimo, no acabé la sopa, pisé a uno de los boxers que reaccionó enseguida, en su siesta, para morderme los

tobillos, subí al cuarto, deprisa, para ponerme mis ropas de carnaval, colgadas de la única percha de un armario de hojalata entre un lavabo de esmalte y un grabado inglés con caballos, y corrí hacia la cima de los barrancos, debajo de un paraguas idéntico a un murciélago roto, pero te aseguro que sólo distinguí los humos del océano que crecían hacia mí en volutas estiradas, automóviles de la Judicial, plantados al azar en las jaras, una ambulancia en torno de la cual se fatigaban individuos de mono desenrollando una cuerda, grandes pájaros furibundos desapareciendo y reapareciendo entre protestas alteradas, y la bruma aprisionada en pequeñas gotas en los arbustos, disipando los contornos de los agentes, con fusil al hombro, que nos impedían avanzar.

—Exacto —asintió el caballero cerrando el cuaderno y guardando el lápiz en una especie de estuche que desapareció, con el mismo movimiento, en las profundidades de la chaqueta—. Como mucho su querido divisó a la víctima de lejos, ya en la camilla, evaporándose en la comba de la ambulancia, como mucho vio a uno o dos funcionarios de la Brigada rastreando entre los sauces llorones en busca de huellas, de objetos olvidados, de indicios. ¿Es verdad, a propósito de indicios, lo que pasó con la callista simpática del edificio de enfrente? No me diga que dio un portazo y emigró.

A la mañana siguiente, sin viento, que resplandecía con un sol inesperado, después de una noche evacuando los intestinos, con arcadas, mareado de vómitos, en un cuarto de baño arcaico con una infantería de hormigas que marchaban por los azulejos, el Hombre tomó el autocar de Lisboa en el terraplén donde lo dejara, con árboles lavados por las lluvias recientes, con gotas del tamaño de manzanas que temblaban, irisadas, en las ramas, y palomos que atildaban su cola en la cresta de los tejados. El mar se había reducido a un secreto inocente que parecía crecer en el interior de las orejas como el tañir distraído de los sueños, la austriaca, con guantes de cuero, cortaba las vainas de los arbustos con la tijera de podar. En Benfíca, adonde llegó en taxi guardando las gafas en un saco, una camioneta estacionada en el patio le llevaba los muebles a un almacén cualquiera, el guardés, inseguro en la cima de una escalera, clavaba en el muro los apoyos de alambre de una trepadora futura. Las habitaciones desiertas, ahora

gigantesca por la ausencia de muebles, le ampliaban la tos con reverberaciones de mina. El teléfono se estremeció en el asiento de una silla, calló, sonó de nuevo y volvió a enmudecer, definitivo. El Hombre pensó que sería el Banquero o alguien en lugar de él que le seguía los pasos, o los celos siempre despiertos de la mujer de los viejos, envidiosa de todo, diluyendo las frases en una blandura feroz, y acabó bajo el plátano, apoyado en la red de los periquitos del jardín, tirándoles casquijos para trastornarles su sosiego.

—Ajá, conque entonces en Vigo, trabajando de cocinero en el restaurancito del cuñado —se rió el Juez de Instrucción, con una burla crispada, con una de esas carcajadas cortas que son el preludio de las iras—. Tú en Vigo comiendo gazpacho, entregado a la buena vida, olvidándote de los desgraciados de Lagos y del pescador de Peniche, con un rastro de asesinatos inútiles de aquí a Galicia, y tu padre que se pudra y se muera de hambre tocando música en la vivienda abandonada, ¿no? Te pirabas de mala manera y ¿quién se hacía cargo de tu viejo, pedazo de animal? Suponte que abría la puerta e invitaba a entrar a mendigos.

Gitanos amontonados en lonas en el huerto, aventando hogueras con abanicos trenzados, un burro leproso pastando en los arbustos, niños descalzos, con el culo al aire, entretenidos con juguetes de caña, lisiados que arrellanaban las chepas en los sofás deshechos, pordioseros de escalinata de iglesia, con la boina en la mano, decenas de medallitas sujetas a la solapa de la chaqueta, beborroteando alcohol de farmacia en frascos de jarabe para la tos, la mujer que bracea tardes enteras en una buhardilla de la Avenida Grao Vasco, exhibiendo los pechos a los pequeños en babi de la escuela y, pensó el Ilustrísimo, alarmado, cerrando los párpados con fuerza como otrora, en la Beira, cuando conjuraba horribles pesadillas, viniendo del fondo de la memoria en un pandemonio de nieve y de aullidos de lobos, el loco en harapos que atravesaba el pasillo luchando contra las tempestades del invierno, irguiéndose entre bramidos que las fachadas de granito astillaban en fragmentos de mica:

—Yo soy Don Juan, emperador de todos los reinos del mundo.

—No, en serio, oiga, ¿qué se habrá hecho de la muchacha? —insistió el caballero, intrigado, señalando con el labio la ventana de la callista, a la

izquierda de un canalón, apagada y con los estores bajados como los ojos de los muertos—. Tal vez, fíjese casó o se mudó de casa y ahora trabaja, a porcentaje, en una peluquería de la Baixa.

El Hombre se sirvió más café y a pesar de haber olvidado el azúcar se quedó moviendo la cucharilla, un tiempo inmenso, en el vaso de plástico que se consumía en los dedos y hacía las veces de taza. Era aún de noche, las cuatro o las cinco como mucho, el halo de las farolas de la calle iba a agonizar al despacho, el mecanógrafo sustituía la página con el mentón en el teclado de la máquina, la sirena de las ambulancias se había vuelto más rara, el cuerpo le dolía del camastro de la prisión. Le apetecía una cama decente, sábanas lavadas, una funda almidonada, la certeza de un silencio calmo a su alrededor, sin goznes que chirriasen ni carraspeos pegados a su oreja que lo despertasen de repente, con sobresalto. Le apetecía acercarse al alféizar alto, con un tiesto de geranios, desprovistos de olor, que ocultaban el jardín, y permanecer mucho tiempo frente al cielo de junio mirando los rosales y los cabrahigos de la quinta, cerca del corral de los cerdos.

—No era nada de eso ¿lo ves? —mintió el Hombre al Juez de Instrucción comprobando, con la punta del meñique, la temperatura del café—. Metía a mi padre en el automóvil, aunque hiciese falta atarle pies y manos y llenarle la boca de pañuelos, y lo llevaba con nosotros a Vigo debajo de una montaña de maletas. Seguro que encontraba por ahí un caserón en ruinas, con crías de gatos vagabundos, un pedazo de matorral y una cerca derrumbada, para que el viejo se entretuviera de vez en cuando con sus vales idiotas.

—Y cuando tus abuelos te dijeron, en la mesa, que estaban pensando en internarte en un colegio, ¿tú respondiste a gritos que si hacían eso te matabas, subiste las escaleras corriendo, te encerraste en el cuarto, y te clavaste la punta del lapicero en el brazo? —preguntó el Juez de Instrucción mientras guardaba sobres, fotocopias y sumarios en una carpeta abierta sobre la mesa, mientras el mecanógrafo, con las manos en las rodillas, esperaba una señal del Ilustrísimo para continuar escribiendo—. Yo estaba ayudando a mi padre en el arriate de las dalias y oíamos a tu abuela golpear la puerta con los puños, Qué escena es ésta, abra inmediatamente, idiota, tú gritando, poseído, Ya he hecho lo que querían, verse libres de mí, me he metido el lapicero en una vena, tu abuelo que llamaba al chófer, entre grititos y sollozos de criadas, Derriba esa puerta, Ernesto, pasos a todo correr, un estruendo de maderas, Levántese de la cama, por qué se ha envuelto con la manta, qué idiotez, y tú, con un lamento moribundo, He perdido casi toda la sangre, siento que me desmayo, llévenme de prisa al hospital. Mi padre y yo, con las botas encima de los tallos, olvidados de las dalias, mirábamos fijamente las ventanas de la primera planta por donde asomaban cabezas preocupadas, la cocinera que dirigía una tropa de delantales, la laca platinada de la Señora de la que pendían, tintineantes, unos aros enormes, los gestos de mando del patrón, surgiendo ya en una vidriera ya en otra, telefoneando al dueño de la farmacia a cien metros de distancia para que tomase la tensión arterial del niño y lo untase con mercurio cromo, y tú al día siguiente, muy orgulloso del suicidio, explicando Me enterré el lapicero hasta el capuchón, no me he muerto de pura casualidad, despegaste la venda para mostrarme el tajo y apenas se notaba, en la corva del brazo, un rasguño de nada, del tamaño de un lunar a lo sumo, ya con una pequeña costra endurecida en la piel, que para que no se infectase te apresuraste en cubrir de nuevo con varias tiritas.

—Rasguño de nada una mierda —dijo el Hombre, despechado, desabrochándose el puño de la camisa—. Aún tengo aquí la cicatriz, ¿quieres verla?

—Pasado mañana, a más tardar, nuestro Guevara sale de la cárcel —previno el caballero apuntando el lapicero definitivo al Juez de Instrucción—. Allí tiene el plan con los próximos pasos, cójalo, quédese tranquilo que nos mantendremos en contacto a cada minuto: el señor doctor es el cebo ideal para que cacemos a esa banda.

—Fíjese, fíjese —pidió el Hombre al mecanógrafo, exhibiendo una piel blanca y blanda como el vientre de las ranas—. Mire bien, no le haga caso a este imbécil, ¿es verdad o no que se nota la cicatriz?

—¿Cebo, yo? —lo miró fijamente el Juez de Instrucción, sorprendido—. ¿Qué historia es ésa del cebo?

—Tal vez esa cosita ahí, entre los pelos —asintió el mecanógrafo abandonando la máquina e inclinándose ante el brazo—. Tampoco la luz del despacho ayuda y me he pasado toda la noche esforzando la vista con las letras.

—No se alarme porque lo tendremos siempre protegido —aseguró el caballero con una sonrisa amistosa, alisándose el pelo con los dedos demorados—. Claro que cebo es una palabra excesiva, la única maniobra que haremos es poner a su amigo a que convenza a la pandilla de montar una emboscada contra usted. Hemos infiltrado a agentes en la célula de ellos y hace semana, por lo menos, que los terroristas reciben fotocopias que prueban que el Gobierno ha nombrado al señor doctor para dismantelar su Movimiento, con la ayuda de uno o dos arrepentidos que confesaron en la cárcel a cambio de unos puestos en embajadas distantes. Casualmente uno de ellos apareció muerto ayer, con un tiro en la oreja, cerca de la carretera de la Arrábida.

—No sé si he entendido bien: ¿una cosita, ha dicho usted, una cosita? Ahora acérquese a la lámpara, no se quede ahí, y toque esta mancha, por favor —insistió el Hombre tirando del mecanógrafo, sujetándole el índice, obligándolo a palpar, a la fuerza, la textura de la piel—. ¿No siente un bulto, un nudo, una diferencia? Llamar cosita a un corte enorme, gilipueñas.



—¿Qué? —farfulló el Juez de Instrucción con dificultad, incrédulo, en busca de un vaso de agua en la mesita de los teléfonos—. ¿Usted está insinuando que la Organización me persigue, me vigila? Yo tengo mujer, oiga, tengo hijos, me faltan siete cuotas de la casa, no soy un escolar para que jueguen conmigo.

—Un nudo, vale, un nudo —asintió el mecanógrafo intentando librarse de la insistencia del otro para regresar en paz a su asiento—, nunca he sido muy ducho en cuchilladas.

—Tantos temores sin motivo, qué exageración, señor doctor, tenemos todo previsto, todo programado, todo prevenido, cálmese —prosiguió el caballero echando el humo del cigarrillo hacia el estuco del techo—. Por ahora quédese tranquilo, aún están discutiendo, deliberando, en espera, pero su amigo va a introducir en la banda, poco a poco, informaciones coincidentes con las que les hemos dado, y los terroristas comenzarán a alborotarse, a preocuparse, a vigilarlo, a hacerle la cama. Y nosotros, a partir de ahí, entramos con cautela a fin de lograr el mayor número posible de pruebas, a medida que buscamos la manera, como los perros de pastores, de cercar la manada, y antes de que los tipos empiecen a disparar, pumba. Con nuestra experiencia en estos casos, disculpe la inmodestia, eso para la Brigada es un juego de niños.

—No se trata de ser ducho en cuchilladas, sólo le pido un poco de imparcialidad, caramba —argumentó el Hombre remangándose más la camisa y acercando el brazo desnudo a la lámpara—. Que me parta un rayo si no es un agujero tremendo.

—¿Antes de que los tipos empiecen a disparar, dice usted? —preguntó el Juez temblando de pavor en la silla—. Hasta hoy, que yo sepa, sus policías llegan sistemáticamente tarde, bajan del coche ya con las víctimas difuntas, vacían sus cargadores en las sombras, con una eficiencia nunca vista. Gracias a sus métodos, sólo de los arrepentidos, por ejemplo, desaparecieron cinco, sin contar a aquel enfermero de Mafra que por mi parte nunca entendí lo que hacía. Y ahora sueltan a unos locos con ametralladoras detrás de mí y me avisan a último momento, qué bonito. Mañana por la mañana lo primero que hago es quejarme por escrito al

Secretario de Estado, no admito que me hagan jugar a los *cowboys* con la familia.

—Si el señor Marqués me asegura que la tensión arterial está bien —juró la abuela—, el chico no se libra de un par de azotes como mínimo.

—Intento ser imparcial, vaya historia, ¿para qué iba a mentirle? —se lamentó el mecanógrafo con la nariz indagadora en el codo del Hombre—. Ahora, para ser franco, perdóneme, notar una cicatriz no noto.

—Escriba lo que quiera, señor doctor —consintió amablemente el caballero estirándose para apagar el cigarrillo en una concha de cobre—. El autor de la idea fue el propio Secretario de Estado, como es de suponer no avanzamos un palmo sin la aprobación del Gobierno, en cuestiones delicadas hay que respetar las jerarquías, ¿no es así? En cuanto al enfermero de Mafra no era importante ni nos servía para nada, cantó lo que tenía que cantar y se acabó, ¿para qué protegerlo? Es bueno que se dé cuenta de que llegamos tarde cuando queremos: por un lado, comprenda, existen determinados individuos, absolutamente superfluos, que no nos interesan por este o aquel motivo, que no es su caso, y por otro nos conviene que los terroristas se sientan eficaces antes de que el grupúsculo se desmembre y se disperse en facciones sin importancia sobre las cuales no tenemos control y que de un momento a otro saltan a la palestra a envenenar el agua de las tuberías o a llenar la guardería de la Judicial con toneladas de dinamita: el señor doctor no se imagina hasta qué punto llega la inconsciencia humana. Pero tranquilícese que nadie le hará daño y dentro de tres meses despierta designado para un cargo importantísimo en Bruselas.

—Ojalá tuviera yo una tensión así que me librase de la dieta —suspiró el farmacéutico guardando la manga de lona del aparato—. Como no ha perdido sangre le pongo ahí una venda y listo, no hay chaval al que no le guste adornarse con tiritas.

—Una de dos —gruñó el Hombre sacudiendo al mecanógrafo por la chaqueta—: o es un subnormal o está ciego o ambas cosas a la vez, y si me vuelve con la tontería de que no nota nada le doy una patada en los huevos que lo deshago.

—Deja al pequeño en paz, Matilde, que le haces daño con las uñas, vete a representar tu teatro a otro lado —ordenó el abuelo con un tono helado—.

Ya es suficiente que te aguante burradas y poca vergüenza, no te extrañes si muy pronto la que recibe un par de azotes eres tú.

—¿Ajá? ¿Conque la idea fue del Secretario de Estado? —rumió el Juez de Instrucción, amargo, fermentando odios despechados—. Primero palmaditas en la espalda y a continuación una traición del zascandil. ¿También querría que me tragase esa patraña del puesto en Bruselas?

—Zé —gritó la mujer del guardés desde el palomar—, tráeme el maíz de los palomos, Zé.

—A veces las marcas desaparecen a medida que la gente crece —acotó el mecanógrafo preocupado por el nudo de la corbata, conciliador—. A mí, de pequeño, me abrieron una raja en la frente que se borró con los años, quizás le ha ocurrido lo mismo, no se exalte, mire que me descose el forro.

—Daría todo lo que tengo por una tensión arterial de niño —soñó el farmacéutico mientras le ponía el vendaje—. Veintitrés años privado de alcohol, comiendo y cenando sin sal, es un martirio.

—Zé —chilló la mujer del guardés que debía limpiar, de rodillas sobre el suelo de madera, con gran dispendio de jabón, las plumas sueltas y las cagarrutas de los pájaros—. ¿No te he dicho que trajeses el maíz, pasmarote?

—Por amor de Dios, señor doctor —se ofendió el caballero—, he puesto las cartas sobre la mesa, le he mostrado los triunfos, los ases, los comodines, ¿qué más quiere? Si le aseguro que hay protección es porque hay protección, vigilancia veinticuatro horas al día, conocimiento de las intenciones del enemigo, ningún riesgo. Y si le quedan dudas en lo que respecta a Bruselas, el Secretario de Estado se ocupa inmediatamente de los papeles y listo.

—Puede ser que en usted haya desaparecido con el tiempo —aceptó el Hombre sin soltar al mecanógrafo—, pero mi marca está ahí, sólo un mal intencionado no la ve. Mire cómo en este ángulo se dibuja perfectamente el contorno, forma una especie de gancho y todo.

El palomar, pensó el Juez de Instrucción a medida que el señor Marqués terminaba el vendaje y el caballero se deshacía en explicaciones y argumentos, En su casa de Miratejo procedemos de este modo, en el trayecto a la Judicial lo siguen cuatro coches no muy lejos del suyo, sin

contar con los puestos de intervención fijos a lo largo del recorrido, en el restaurante donde come la mitad de los empleados y de los clientes nos pertenece. El palomar, pensó él recordando un cubo de maderas pintadas de verde, por detrás de la punta en forma de sombrero del corral de las gallinas. Se trepaba una escalera a la que le faltaban escalones, y allí dentro, en la luz que se colaba por los pequeños ventanucos de la red, se suspendían, entre los aseladeros, las cajitas con virutas para incubar los huevos y las pupilas sin expresión, azules o rojas, de las aves. Olía a germinado y a tibio como los colchones de la infancia, y el Ilustrísimo, ahogado de alas, sacudido por un espasmo que lo obligaba a toser, acechaba los limoneros y los nísperos de la quinta viendo cómo las hojas disminuían al viento con las nubes de la tarde, cuando la tierra se eleva, trémula, al encuentro de las copas, con un suspiro de hierbas que cualquier estrella enciende. El palomar donde nadie los buscaba y donde el Hombre y él se masturbaban a escondidas después del baño de las criadas, bajo una fiebre de arrullos, acucillados en una alfombra de excrementos, recordando hombros desnudos por los que el agua se escurría.

—El palomar —dijo el Magistrado con una voz que se emparentaba con el eco de otra voz—, ¿cuánto hace que no entro en el palomar?

—¿Perdón? —preguntó el caballero inclinado con una afabilidad de tallo.

—Si yo no fumase tanto tal vez recobraría la salud —tosió el señor Marqués, desanimado—. Me paso las noches en blanco, con dolores de cabeza y el corazón que me falla, mi mujer, asustadísima, me pone el termómetro en la boca, y el médico que piensa en otra cosa, se ríe diciendo que no es nada, me da palmaditas en la espalda y me receta calmantes.

—El palomar —dijo el Juez de Instrucción—, los dos hemos pasado más de la mitad de nuestra vida de muchachos en el palomar. Deberíamos escondernos ambos por allí ahora, en pantalones cortos, en medio de los animales, con el retrato de una actriz desnuda para poder empalmarnos.

—No te imaginas lo que ocurrió ayer, no me he muerto sólo de milagro —dijo el Hombre sacando los fósforos de la cocina del bolsillo—. Los viejos querían internarme en un colegio y yo me clavé el lapicero en las

venas para acabar conmigo. Seguramente he perdido unos doce litros de sangre, por lo menos.

Los palomos salían y entraban, se demoraban rascándose las plumas en el aseladero, se desplazaban al sobrado, con la cola en levita, en espera de que el Ilustrísimo abriese la bolsa de plástico donde guardaba las cortezas, robadas a los cerdos, para conquistarles la estima. Fuera, las rosas desenvolvían los pétalos con un murmullo de campanitas de papel, la vivienda de la música desaparecía tras las trepadoras que impedían la flotación del violín, el dueño del mico, cojeando con su pierna tullida, cambiaba el agua de la escudilla del mono. El guardés escardaba en la quinta, resucitando verduras, con una botella en el canal del riego. El Juez de Instrucción, que tendría en esa época doce o trece años y era delgaducho y oscuro, con el pelo rapado, se sonó la nariz en la camiseta, echó una ojeada rápida al vendaje, y llamó al Hombre para que observase un nido de cigüeñas que se ovillaba como un tirabuzón en la chimenea del granero:

—Mañana por la mañana vamos allí —propuso él apartando una tórtola que le picaba el tobillo—, a ver si por casualidad ha nacido ya alguna. Con la escalera de mi padre es cosa fácil.

Pero la escalera sólo llegaba a la mitad de la pared cubierta de viña virgen, telas de araña y lagartijas, de modo que intentaron alcanzar el tejado del granero por dentro, un caserón enorme impregnado de un olor a heno húmedo, con latas de tinta y arcas antiguas, con tachas, en un rincón, y por encima una galería de marcos polvorientos, a la que se subía a través de escalones torcidos de hierro, que vibraban como cuernos bajo el peso de las vigas. El suelo de la galería, asentado en tornillos flojos, bailaba, descoyuntado, amenazando con venirse abajo.

—Por aquí podremos lograrlo —dijo el Hombre, distraído de las vendas, señalando una raja de la madera que se asemejaba a la aureola antigua, mugrienta de las imágenes piadosas—. Metemos la escalera en esta tabla y trepamos al tejado en un instante.

Caminaba a lo largo de una faja de peonías recién regadas, cerca del muro del granero, y una cigüeña se irguió desde la chimenea con su altivez de paquebote, rasó las acacias, con el pescuezo hecho un dardo, y partió finalmente, derecha al sol, hacia la parte de los tojos de las Pedralvas. En la

quinta, la mastina del guardés ladraba a un gato o a un conejo de monte, con las pupilas tímidas, orejudas, espiando desde la hierba.

—Sujeta esa punta —pidió el Hombre mientras arrastraba, aplastando flores, la escalera por el travesaño superior—. Este chisme pesa un montón, qué asco,

y el Juez de Instrucción se acordó del gorgoteo del agua en los estanques, del niño de barro que orinaba hacia el lago en el que los peces se movían muy al fondo, en una noche perpetua, bajo una capa de lodo, del silbido del molino y de la enceradora que una criada guiaba en el despacho, mientras las otras, con batas de rayas, armadas con raquetas de mimbre, golpeaban alfombras en las verandas. En Miratejo, pensó, sólo hay indias ordinarias, con melena grasosa, sacudiendo esteras hacia la calle, y la mujer acongojada en el sofá, entre libros jurídicos y chirimbolos cromados, en luto perpetuo por la perra obesa.

—Todos los días —dijo él en voz alta con una desilusión penosa—, tardo por lo menos cuarenta y cinco minutos en llegar a aquel infierno.

El puente, luces de barcos, la carretera de Setúbal en la cual toco la bocina de impaciencia, exaltado por el humo de los escapes, detrás de las luces de los autocares, el desvío hacia la izquierda en los surtidores de gasolina de la Galp, la flecha casi invisible que indica el barrio, y enseguida las fincas de negros donde vivo, contenedores de basura abollados para los restos de la cena, los baratos, chillones, horribles vestíbulos pretenciosos, la lata de sardinas del ascensor, puertas huecas, picaportes feísimos, mis hijos dándose golpes entre alaridos, y tú, indiferente y exhausta, sentada frente a la novela de la tele, con el frasco de los comprimidos para los nervios en el sofá, despegando en mi dirección, sin moverte, sin hablar, un párpado lloroso y moribundo.

—¿Cebo por qué no, en fin de cuentas? —concordó el Juez pensando en el hijo que partía la mesa de vidrio soplado con un tren de juguete, en el que le rayaba los discos al dar un codazo al brazo de la aguja con un grito ofendido, en el apartamento destruido por esos duendes perversos que manchaban la alfombra y las sábanas con tubos de aguada, que dibujaban trazos de lápices de color y pasaban las rebanadas de pan con mantequilla en el papel de las paredes, que a las tres de la madrugada exigían acostarse

en mi cama dándome puntapiés sin piedad, que rasgaban fotografías, que taponaban las espitas del gas con plastilina, que me enloquecían al alterar el orden de los objetos, que un domingo de carnaval lanzaron por la ventana todos los sumarios que encontraron, entonando al unísono Bien hecho bien hecho bien hecho, que atascaban el inodoro con cáscaras y huesos de frutas, que untaban la colcha con el betún de los zapatos, que esgrimían los cubiertos de pescado ante la indiferencia de la mujer en bata, que estrechaba el cajón vacío de las saudades de la perra en el regazo. ¿Cebo por qué no, en fin de cuentas?

—Espera, déjame descansar un poco —dijo el Hombre soltando la escalera, sacudiendo las muñecas—. Cómo lastima la madera, me parece que tengo una ampolla en este dedo.

Llegaron a la galería, en equilibrio en los escalones de hierro, después de un demorado esfuerzo de maniobras y de peonías pisadas. Las voces y los sonidos repercutían en las paredes musgosas del granero, la luz, más alta, revelaba ristas de cebollas, granos de cereales, el naufragio de una cómoda Imperio y de una escribanía sin linaje con paquetes de semillas encima, pilas de cestos de mimbre, unas crías de gatos siameses que chillaban, y el Juez de Instrucción temió que hubiese murciélagos durmiendo, con los hombros encogidos, suspendidos de la viga del techo, temió sus uñas largas y la crueldad acerada de los dientes, avistó a su padre con el faldón de la camisa fuera que cortaba, de puntillas, las ramas muertas del níspero. La enceradora calló y transportaron la escalera hacia debajo del agujero entre las vigas, en el cual el cielo de marzo parecía hormiguar de alegría.

—Si me permite una opinión personal, señor doctor, considero su anuencia como un acto profundamente patriótico —aprobó el caballero, aliviado, ofreciéndole un puro al Ilustrísimo—. Y puede estar seguro del reconocimiento del Gobierno por la forma con que desde el primer instante expresó su deseo de colaboración. El Secretario de Estado no dejará de tener eso en cuenta, por propuesta nuestra, en el informe que presentaremos al Consejo Superior de Defensa.

—Francamente no sé de quién heredó este enano el carácter endiablado que tiene —dijo la abuela al señor Marqués, comprobando sus pendientes

con los pulgares cautelosos—. A mi familia seguro que no sale.

Levantaron la escalera hasta las planchas de la galería y subieron uno tras otro hacia el tejado, desarticulando las tejas que les impedían pasar y rompiendo un eje de madera en el que nacía una pelusilla de líquenes. Desde esa altura el jardín, los árboles, los arriates, las pérgolas, los lagos que se achataban al sol, aparecían, como miniaturas, a una distancia vertiginosa que sólo el grito de un cuerpo en caída, trastornado de angustia, llenaría. Las aspas del molino giraban a la altura de los ojos, la rueda, insignificante, perdía su condición de acimut del viento, proclamando reumas en las bisagras sin aceite. Palomas y tórtolas nadaban en cardumen, más bajas que nuestros pies, escapándose en el sentido de la Amadora y de sus torres de cemento gótico, de un mal gusto feroz. Ninguna de las cigüeñas, ni la hembra ni el macho, se encontraban en el nido despeinado de ramas, heno, tierra, papeles, restos de higuera, basuras petrificadas, pedazos de caliza, un capullo decrepito segregado por picos pacientes. El Hombre se agarró a la chimenea y con el mentón al aire, a ciegas, como quien busca un objeto perdido en un bolsillo del equipaje, arqueó el brazo, tanteando, hacia el nido de los pájaros. Mi madre conversaba con las gallinas recogiendo los huevos en un cubo, mis hermanas vestían una muñeca, con cara de plástico y cuerpo de tela, en las viñas del parral.

—La estima del Secretario de Estado me deja muy complacido —dijo el Juez de Instrucción, sin ironía alguna, reviendo las fincas encabalgadas de Miratejo, los indios de túnicas extrañas que viajaban con él en el ascensor, el espejo del ropero que le mostraba un cuarentón desalentado y calvo, las voces brasileñas en el televisor de la sala, la expectativa, ya con los niños acostados, del aburrimiento sin cura de la noche, puntuado por los suspiros de la mujer—. En las condiciones actuales, sabe, servir de cebo, le doy la razón, es un deber.

—Cállate la boca, Matilde —silbó el abuelo, soltando chispas—, no hay quien no sepa que en tu familia son unos imbéciles.

—Zé —triunfó el Hombre a horcajadas sobre las tejas, vuelto hacia mí, con las manos en jarra, amparando a un animalito cartilaginoso y pelado, cuya garganta rosada piaba de ansiedad, intentando escapársele, agitando un



esbozo de alas, del temblor de los dedos—. Éste ya ha nacido, puede que haya uno o dos más en el nido.

Pero no reparé ni unos segundos en el bicho, preocupado como estaba con el vértigo que aún hoy me acomete si me asomo por una barandilla, y con el miedo de que una de las cigüeñas surgiese de repente, furiosa, a nuestras espaldas, con pistola ametralladora en el sobaco, y él o yo nos despeñásemos del granero, sin un sonido, con el peto de la camisa, arrugado, turbio de la sangre de las balas.

Arrancaba yo, después de comer, las alas a las moscas de entre la cortina y la vidriera, cuando advertí al muchacho en el jardín. No sé cuántos años tiene. No sé cuántos años tengo Tampoco sé los años de la que me trae la comida y me da órdenes. Tal vez doscientos. O trescientos. O mil. No pregunto. No digo nada. Bajo las escaleras si me llama, mastico lo que me da, aparto el plato, agarro el violín, me levanto. Le faltan dos cuerdas. Las que quedan son blancas como mi pelo. El del muchacho es castaño. Las voces que conversan conmigo son mucho más oscuras. A veces me mandan a dormir, Duerme, yo me pongo el pijama encima de la ropa, me quito los calcetines, me extiendo, las voces se callan, y me quedo mirando el sonido de los ratones en el revestimiento de las paredes, que devoran los ladrillos en un jadeo presuroso. No puedo matarlos porque las voces me lo prohíben. No puedo matar a la de la comida. Ni a las palabras. No puedo matar casi nada. No puedo arrancarles alas a las moscas y verlas pasear por la mesa de piedra palpando migajas con la trompa. No hace falta fuerza para arrancar alas. La tarde en que rompí las cuerdas del violín tuve que tirar mucho más.

Ésta es mi casa. El muchacho tiene otra. Grande. Y cerdos. Las voces odian a los cerdos. Me prometieron que cualquier día me dejan acercarme allí con un cuchillo y arrancarles una pata o dos. Es una cuestión de tiempo. Me siento en la mecedora de mi cuarto y espero. Entonces vienen las sombras, los muebles empiezan a crepitar, un aliento me susurra en la oreja Acuéstate, y enseguida viene la mañana y me despierto con el olmo que entra por la veranda como cuando fuimos en automóvil a Galicia, tú dijiste, abrazada a mí, Fíjate, y un ciclamor, estremecido de niebla, se arrimaba a las puertas para tocarnos los pies. Los empleados del hotel servían el desayuno en la cama, la azucarera, la tetera y la mantequera centelleaban, quitabas siempre la nata de la leche con la cuchara mientras yo enderezaba la almohada para oír las olas abajo en la playa, bajo la lluvia, los pájaros, el

largo ronquido de motor del agua. Las voces aseguran que arrastran el mar hacia aquí, las olas ahogarán a las farolas de la calle hasta el porche de la cocina y no tendré que comer, tocar el violín ni ocuparme de nada.

Un cura entró en la salita preguntando por el muchacho. No golpeó. Debe de tener una llave como la mujer de la tartera. Quería saber si yo lo había visto la última semana, en los últimos días, y que necesitaba una respuesta por un asunto importante. Se fue al poco rato, después de mirarme arrugando la frente. Las voces me avisaron que no podía matarlo y que la playa había comenzado a crecer en el jardín. Debía de esconderse bajo la hierba pero me topé luego con el muchacho paseando con las manos en los bolsillos, solo, en medio de las begonias. Las voces me aseguran que lo conozco. No es verdad. O es verdad y no lo sé. Poco interesa. Si quiero arrancarles las patas a los cerdos ¿quién me lo impide? En medio de las flores el muchacho miraba mi casa. Podía correr tras él, amenazarlo con el cuchillo. ¿Para qué? Me basta aquel campo de olivos, tu grito, el automóvil contra un árbol, personas que se acercaban entre gesticulaciones gritando frases en español. Las moscas no gritan. Ni tú. Ni las voces. Nunca. Yo abro la boca y no sale sonido alguno. Mis dientes se estremecen en silencio como la hierba. De cualquier modo hacía tiempo que el cura buscaba al que las voces dicen que es mi hijo. Yo también. Con todo sólo veía en el jardín al viejo con gorra y tijeras que regaba las flores. Y ahora allí estaba el muchacho. Delgado. Sin el mechón de costumbre en la frente. No me quedé contento. Ni triste. No he aprendido lo que es eso. Pero sé que allí hay alguien a quien puedo matar como se mata a una gallina cuando las voces me dejen.